RACHEL RP

GUÍA (NO AUTORIZADA)

de cómo conquistar a un

MAFIOSO



GUÍA (NO AUTORIZADA)
de cómo conquistar a un
MAFIOSO

RACHEL RP

COLECCIÓN milamores

Guía no autorizada de cómo conquistar a un mafioso

ISBN: 9791387832278
ISBN ebook: 9791387832704

Derechos reservados © 2026, por:

© del texto: Rachel RP
© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para todas las que creemos en la lealtad a la familia que hemos elegido.

⚠ ADVERTENCIAS
(DE LAS SUAVES, PROMETIDO)

Este no es un *dark romance* al uso.

No encontrarás escenas gráficas ni contenido que te haga cerrar el libro para respirar hondo (aunque puede que necesites abanico en algún momento 😌).

Sin embargo, sí encontrarás:

💥 Hombres de traje con demasiados secretos.

❤️‍⬛Miradas que valen más que mil palabras.

🖤 Lealtades, venganzas y promesas que duelen un poco.

🔥 Tensión contenida (de la que hace sonreír, no sudar).

🌹 Amor en lugares donde no debería florecer.

Y aunque hay disparos, amenazas y alguna escena intensa, **no hay crueldad gratuita, abuso ni sexo explícito (bueno un poquito sí).**

Este libro es un *pase seguro* al mundo de la mafia: una historia de amor, poder y redención… sin necesidad de cruzar ninguna línea roja.

Así que si te apetece probar un *mafia romance* sin sufrir por el camino, bienvenida a esta historia: la oscuridad aquí también tiene luz. ✨

#1

NO DEJES QUE TU PADRE DECIDA TU FUTURO

IRIDE

Con casi veintitrés años, somos unas ancianas en el círculo social en el que nos movemos porque no estamos casadas ni prometidas. Lo cual me parece una locura teniendo en cuenta que acabo de terminar mi grado de Enfermería, ¿por qué demonios iba a querer atarme a un hombre que no conozco y el cual no va a dejar que ejerza mi profesión? Ah, sí, porque soy una chica del Outfit y eso es lo que se hace por aquí.

—Ya estás poniendo otra vez cara de seta —dice Berenice a mi lado mientras se pinta las uñas de color rojo.

—Es que no entiendo cuál es la prisa por casarnos —replico enfadada.

Desde que nos mudamos a Chicago, este ha sido un tema recurrente con mis dos mejores amigas.

—Por más vueltas que le des, no tiene sentido —interviene Sella, y le sonrío por ponerse de mi parte—. Aunque tampoco tiene sentido el hecho de que saques este tema cada semana, tenemos que casarnos y punto.

Entrecierro los ojos para que vea que no me gusta su respuesta y ella me saca la lengua.

—Al menos, tú vas a poder elegir —se queja Berenice—, con los kilos que me sobran, con suerte, alguien querrá hacerme su esposa.

—A ver, idiota, no te sobra ningún kilo, solo tienes curvas en el lugar correcto —la corta Sella.

Bere es una mujer maravillosa e inteligente que cualquier hombre debería adorar, pero no está dentro de los cánones de belleza italianos, y eso hace que se coma la cabeza con estas cosas de vez en cuando.

—Eso díselo a los diseñadores de ropa que no hacen mi talla —insiste.

—Porque son una panda de estúpidos con la polla pequeña y por eso hacen tallas diminutas, para tener la sensación de que rellenan el paquete —le suelto, y las tres nos reímos.

Miro el reloj y veo que es hora de irme.

—Mi madre me ha pedido que hoy vuelva pronto a casa, y eso significa que vamos a tener una de esas charlas trascendentales de mujeres —anuncio, levantándome de la cama de Bere—. La última iba de guardar mi virginidad a mi esposo. Espero que esta no sea tan vergonzosa.

—Oh, sí, eso fue horrible —recuerda Sella, poniendo cara de asco.

—A mí me la dio mi padre, así que os gano —sentencia Bere, y volvemos a reírnos.

Sin estas mujeres, mi mundo sería mucho menos bonito y mi vida más difícil.

Me despido de ambas, que se quedan pintándose las uñas del mismo tono rojo, y salgo a la calle tras pasar por la cocina y darle un beso a la madre de Bere. Es una mujer tradicional italiana, como la mía, y me trata como si fuera una más de la familia. A mí y a Sella. Bueno, en realidad, nuestras tres familias son como familia entre ellos. No sé cómo explicarlo.

De camino a casa, a un par de manzanas, me viene a la mente el primer día que vi a Bere y a Sella. Ambas se conocen desde que nacieron, pero yo me mudé aquí cuando tenía diez años. Salí a dar una vuelta por el barrio y ellas jugaban en la calle con una cuerda atada a una valla. Me ofrecieron ser la valla, y desde entonces no nos hemos separado.

Subo los escalones hasta la casa que me ha visto hacerme mujer y al entrar huelo el delicioso aroma de la salsa de la *nonna* que tanto adoro.

Me acerco por detrás con un trozo de pan que robo de encima de la mesa y lo meto en la olla antes de que mi *nonna* se dé cuenta y me dé en la mano para evitar el robo.

—Está muy feo robar a tu familia —me acusa con una enorme sonrisa.

—Más feo está dejar a tu nieta favorita con hambre —contesto, y ella rueda los ojos.

Mamá dice que me parezco mucho a mi *nonna* cuando era joven. Ambas de pelo negro y ojos marrones oscuros como tierra mojada. *Nonno* decía que su mujer era igual que la actriz Maria Grazia Cucinotta y, por lo tanto, yo lo soy. Echo de menos a mi *nonno*.

—Por fin apareces —se queja mi madre al entrar en la cocina mientras toma asiento en la mesa y da una palmadita en el hueco de al lado para que haga lo mismo.

—¿De qué querías hablar, mamá?

—Creo que te lo imaginas.

Lo hago, pero no quiero decirlo en voz alta.

—¿Es sobre que me vais a dejar viajar por el mundo?

Mi *nonna* se ríe mientras sigue dándole vueltas a la salsa en la enorme olla.

—No, *cara mia*, es momento de hablar de matrimonio. —Frunzo los labios y mi madre me agarra la mano—. Tu padre permitió que estudiaras, pero ya has acabado, ahora toca seguir con tu futuro.

Respiro hondo y trato de no pagar con mi madre el hecho de que es una mierda ser una mujer en la mafia italiana. Incluso si esa mafia está en Chicago.

—No quiero que un hombre al que no conozco me toque —le confieso, y no es mentira. El solo pensamiento de que eso pase hace que se me revuelva el estómago.

—Lo conocerás, tu padre te adora y no va a permitir que cualquiera sea tu esposo —me aclara mi madre.

Pasamos el siguiente rato hablando sobre lo que me gustaría, dentro de lo que cabe, y tratando de llegar a un acuerdo. Sé que soy una moneda de cambio. No porque mis padres no me quieran, sé que me aman como yo a ellos, pero papá es un soldado raso y soy

la oportunidad de mi hermano de llegar a ser algo más dentro de la organización.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con que comencemos a buscarte marido? —pregunta mamá como si tuviera opcion a decir que no.

—Claro.

Tanto como que me peguen un tiro en el pie…

—Bien, la temporada de fiestas empieza ya y es perfecto para conocer posibles candidatos.

—*Yujuuu* —murmuro con sarcasmo, y mamá me da una mala mirada; no le gusta que suelte estas cosas así—. ¿Podré invitar a Bere y a Sella a esos bailes o los prometidos se asustan si vamos en manada?

—Iride —me reprende mi madre mientras escucho a *nonna* reírse por lo bajo—. No vas a tener que preocuparte de eso porque tus amigas están recibiendo esta misma charla hoy.

—Genial, podremos ir juntas cual ganado para que escojan —me burlo, y mi madre se levanta de la silla.

—Eres incorregible —se queja mamá—. Iride, te adoro, pero ya no eres tan joven, la mayoría, a tu edad, está casada o prometida, recuerda eso cuando empieces a espantar hombres.

Mamá sale de la cocina y yo apoyo mi cabeza en la mesa.

—Supongo que habrá que ir de compras —dice mi *nonna*, pasando su mano por mi cabeza.

—¿Crees que encontraré un buen hombre? —le pregunto, mirando hacia arriba.

Ella me sonríe sin dejar de pasar su mano por mi pelo.

—Oh, preciosa mía, lo que creo es que encontrarás la manera de ser feliz. Aunque eso signifique llevar la contraria a tu familia…

Nota 1

EL FUTURO SIEMPRE LO DECIDE OTRO, HASTA QUE APRENDES A ARREBATARLO

TIERO

Miro a mi hermanastro y aprieto el arma que tengo en la mano. Si no fuera porque le juré a mi madre que no lo iba a matar, Angelo estaría ya descomponiéndose bajo tierra.

—En serio, ¿por qué no puedo ser yo también jefe? —pregunta con su chirriante voz de niño malcriado con los huevos negros.

—Porque tú no eres parte del Outfit —le repito por enésima vez.

—Pero mamá dijo que debería ser uno más —sigue quejándose.

Respiro hondo y veo que tanto Franco como Salvatore quieren también pegarle un tiro. Y estoy muy a punto de dejarlos.

—Mi madre se casó con tu padre —le aclaro—, esa es toda la relación familiar que vamos a tener jamás.

—Soy mucho mejor que Doménico y Carlo —insiste, nombrando a mis primos.

—Lo dudo, solo se te pone dura con el poder y, además, ellos tienen algo que tu jamás tendrás.

—¿El qué? —inquiere como si eso no pudiera ser posible.

—Mi confianza.

Franco y Salvatore se ríen y eso hace que mi hermanastro hierva de rabia. Angelo saca un arma y apunta directamente a Franco, poniendo el cañón a unos centímetros de su cara.

—¿Ahora ya no te ríes? —pregunta Angelo como si fuera el gran mafioso malo.

Mi amigo y *consigliere* me mira aburrido. Si no fuera porque ellos también adoran a mi madre, hace tiempo que le hubieran pegado un tiro a Angelo.

—Baja el arma antes de que me olvide de la promesa a mi madre y deje que te den una paliza —murmuro en un tono bajo y amenazante que hace que mi hermanastro tiemble.

Puto marica.

Angelo nos mira a los tres y puede ver que aquí no hay ningún aliado. Finalmente, se guarda la pistola y sale del despacho cabreado y refunfuñando sobre llamar a mi madre para que me deje claro lo que puede o no puede hacer.

Cuando nos quedamos solos, Franco y Salvatore se sirven una copa y a mi otra y se sientan enfrente, al otro lado de la enorme mesa de despacho de cedro natural que tengo.

—¿Cuándo va a entender que no tiene cabida en el Outfit? —pregunta Franco, tomando un sorbo de *whisky*.

—No lo sé, pero es un puto dolor en el culo.

—Tu padre ya se hubiera deshecho de él —interviene Salvatore, y los tres asentimos.

Perdí a mi padre hace años, aún no tenía ni la mayoría de edad, pero ya me había enseñado lo que era el mundo en el que nos movemos y pude tomar su relevo sin que nadie dudara de mi capacidad. Lo echo de menos.

—Por cierto, Giulia me ha preguntado si para tu cumpleaños quieres algo en especial. Está buscando un regalo —dice Salvatore, cambiando de tema.

—Dile que solo la quiero a ella, que se divorcie de ti será mi regalo —me burlo, y mi amigo me tira una pluma estilográfica que tiene a su alcance.

Salvatore ama a su mujer desde el primer día que la vio. Llevan casi diez años casados y ni una sola vez lo he visto mirar a otra. Giulia es maravillosa, aunque no creo que yo encuentre a alguien que me fascine tanto como para reservar mi polla de forma exclusiva el resto de mi vida.

—Hablando de tu cumpleaños —comienza Salvatore, y por su tono de voz sé que me va a decir algo que no me va a gustar—, he visto

la lista de invitados y creo que…

Se calla y me dan ganas de tirarle un hielo. Es mi segundo al mando, el encargado de todo cuando yo no llego, pero también es un *Drama King* y necesita hacer de todo un espectáculo.

—Suéltalo ya —se queja Franco.

—Pues que me parece que tu madre se ha encargado, junto a las nuestras, de que tu fiesta sea también un baile de presentación de posibles candidatas.

—¿Candidatas a qué? —pregunto, terminando mi copa.

—A ser tu esposa.

Casi me atraganto y tengo que toser para recomponerme.

—¿Cómo dices?

—Por lo visto, han invitado a todas las mujeres del Outfit de Chicago en edad casadera, sin importar rango o fortuna.

—Oh, amigo, te has convertido en el príncipe azul —se burla Franco, y le tiro el vaso vacío mientras se ríe.

—Hablaré con mi madre. Solo tengo treinta y dos, joder, ¿qué necesidad hay? Esto es culpa tuya. —Señalo a Salvatore.

—Mía ¿por qué?

—Con tu mierda de amor verdadero y casarte joven has hecho que nuestras madres quieran lo mismo. Ni se te ocurra ponerte a tener hijos —le amenazo.

Salvatore se ríe, aunque veo en sus ojos una sombra que me dice que la he cagado. Sé que han intentado tenerlos, pero de momento no ha sido posible.

—Lo siento —me disculpo, él niega con la cabeza y sonríe—. Y tú no te rías, Franco, si yo caigo, caerás conmigo.

Franco se queda serio y es mi turno der reír.

Si hay alguien más alérgico que yo al compromiso ese es mi *consigliere*.

—Lo peor de estas fiestas es que no se puede follar —se queja Franco, y yo asiento.

Hacértelo con cualquiera que asista a algo así es prácticamente firmar tu compromiso.

—¿Tan malo sería casaros? —interviene Salvatore, y la mirada que ambos le damos hace que levante las manos—. Entendido, nada de

bodas. Vosotros os lo perdéis.

Marco el teléfono de mi madre y lo pongo sobre la mesa en altavoz. Descuelga al tercer tono.

—Hola, cariño —saluda con su enérgica voz, y los tres le contestamos—. Oh, hola, chicos, ¿todo bien?

—Sí, mamá, es solo que he revisado los invitados de mi fiesta de cumpleaños de la semana que viene y he visto que hay mucha gente a la que no conozco. Sobre todo, mujeres. Jóvenes. Solteras.

La risa de mi madre se escucha a través del teléfono antes de contestar.

—Cariño, es hora de que sientes la cabeza, y qué mejor momento que hacerlo por tu cumpleaños.

—Mamá, ya lo hemos hablado, no me apetece conocer a nadie y mucho menos atarme el resto de mi vida a ella.

—Hazlo por mí, no sé el tiempo que me queda.

Salvatore y Franco se ríen.

—¿Estás jugando la carta del cáncer de nuevo? —le pregunto, y casi puedo verla sonreír.

Hace tres años que le encontraron un bulto en el pecho. Tuvo quimio y cirugía, ya está dada de alta, gracias a Dios, pero puedo asegurar que nunca he estado más aterrorizado en mi vida.

—Ya sabes que puede volver en cualquier momento —dice en un tono dramático—. Lo único que quiero, antes de irme de este mundo, es saber que no te quedarás solo.

—Tengo a Salvatore y Franco —le corto.

—Pero ellos no pueden darte hijos.

Suspiro y niego con la cabeza. No sé por qué me empeño en llevarle la contraria si sé que al final va a salirse con la suya.

—Solo te pido que las conozcas. Hay varios eventos a lo largo del año a los que siempre acudes, simplemente tienes que ser amable y ver si alguna encaja para ti —insiste mi madre.

—Bien, pero si yo me caso, Franco también —le digo, y hago que Salvatore se ría y Franco gruña.

—Oh, cariño, por supuesto que eso va a pasar. Ya he hablado con su madre.

—Te voy a matar —sisea Franco, y no puedo evitar reírme.

—Bien, mamá, pero no voy a ser amable.

—Eres como tu padre —se queja con cariño—. Me vale con que no las eches.

Me despido de ella y me froto la cara, sabiendo lo que me espera.

—Bueno, creo que ya tenemos el diamante de la temporada —se burla Salvatore, haciendo alusión a una de nuestras series favoritas, que no vamos a confesar jamás que lo es—. Los diamantes —se corrige.

Franco y yo lo miramos con mala cara y nos resignamos. Por lo visto, es probable que la semana que viene conozca a la mujer de mi vida, aunque yo no quiera…

#2

SI TE CAES ENCIMA DE ÉL, SONRÍE COMO SI LO HUBIERAS PLANEADO

IRIDE

A ver, no soy bajita, pero alta no sería la palabra con la que me definirías, y menos cuando miras alrededor y solo ves a modelos de pasarela circular por toda la sala paseando unos vestidos dignos de la realeza.

—Déjalo ya —se queja Bere—, seguro que lo impresionas.

Se mira a sí misma y veo en sus ojos que se está comparando con las demás, pero no lo hace sintiendo lástima, al revés, si algo tiene Bere es autoestima, y se endereza, orgullosa de la maravillosa figura con curvas que posee.

—¿Sabeis si ha llegado ya? —pregunto mirando alrededor, y Sella niega con la cabeza.

El lugar es enorme, aquí se celebran bodas de trescientos invitados y todavía tienen sitio para la orquesta y la pista de baile. Se nota el dinero allá donde mires.

—No lo he visto —asegura, y frunzo los labios, haciendo un mohín.

Esta es la fiesta de cumpleaños del Don: Tiero Cavalçanti. Yo no estoy aquí por él, de hecho, no lo he visto en persona en mi vida, pero mi madre se emocionó al recibir la invitación. Mi familia, al igual que la de Bere y Sella, estamos en lo más bajo del Outfit. Nuestros padres son soldados y, aunque no pasamos hambre, tampoco estamos para tirar cohetes.

Hoy, supuestamente, el Don va a elegir esposa, por supuesto, ninguna de nosotras. Lo de Cenicienta está genial, pero seamos realistas, ¿quién va a querer casarse con una de nosotras pudiendo elegir a una de ellas?

Miro el grupo de mujeres frente a nosotras y he de reconocer que son un espectáculo. Sus joyas brillas casi cegando, y son de verdad, no como las nuestras, que las hemos comprado en una tienda de Halsted. Ni a baratija llegan, pero dan el pego bastante bien.

—Dicen que el Don es guapísimo, y que su *consigliere* y su *underboss* no se quedan atrás —murmura Bere.

No sabría decir si tiene razón, los he visto en foto y están para hacerles un traje de saliva, pero no suelo creerme las imágenes a menos que las compruebe con la realidad. Y, de momento, ninguno ha llegado, lo cual me parece descortés siendo su propia fiesta.

—Su consejero es de los que no saca la polla dos veces por la misma mujer, y su segundo al mando está casado —aclara Sella, que es la que se entera de todas estas cosas.

—Sinceramente, me da igual, yo estoy aquí para conocer a Enrico. Mamá me ha dicho que, por lo visto, se ha interesado en mí.

—Viene de buena familia y le darías acceso a tu hermano a una mejor posición cuando se una a los *made man* —comenta Bere, y yo asiento.

Mi hermano lleva años haciendo trabajos para el Outfit, pero todavía no es miembro de pleno derecho. Si yo me caso bien, él podría llegar a ser algo más que un soldado. Por lo que sé, Enrico es muy amigo del hermanastro del Don. Es el candidato ideal.

—¿Y si no siento nada por él cuando lo vea? —pregunto, inquieta por la posibilidad de que eso ocurra.

Siempre he sabido que mi matrimonio sería por conveniencia. El hecho de que me dejaran estudiar Enfermería fue solo para conseguir un mejor hombre. Al fin y al cabo, siempre hace falta gente que sepa curar sin preguntar. Sin embargo, el ser consciente de ello no lo hace mejor ni más facil.

—Mamá no se enamoró de mi padre hasta que se quedó embarazada —me cuenta Sella—. Siempre me ha dicho que papá

era un hombre frío y distante, hasta que se enteró de que yo estaba en camino y entonces se volvió todo un osito.

Bere y yo nos reímos porque su padre es aterrador, nunca lo calificaría de «osito». Aunque, para ser sinceras, ninguno de nuestros padres podría llamarse así, al menos, de puertas de casa para afuera. Dentro de nuestro hogar es otra cosa.

Y eso es lo que yo quiero. No me importa que sea cruel y despiadado en su trabajo, para mí es como si fuera un oficinista, pero cuando llegue a casa, quiero un marido que me haga sentir su mundo y que adore a los hijos que tengamos.

Una chica se acerca a hablar con Bere, creo que la prima de una amiga de una tía que tiene. No sé, le dice algo por lo bajo, nos mira, se ríe, Bere le da las gracias y la chica desaparece.

—Me acaban de chivar que Enrico ha llegado. Está fuera y no tardará en entrar.

Mi corazón se acelera. En breve voy a conocer al que podría ser mi futuro esposo, y eso hace que me ponga nerviosa.

—No sé si puedo hacer esto —susurro, y voy hacia el lado opuesto de la entrada principal de la sala de fiesta.

Mis amigas me siguen, y cuando llego a la pared, me apoyo y respiro hondo. Coloco una mano en mi pecho y trato de tranquilizarme.

—Iride, estás preciosa, seguro que él va a caer rendido a tus pies —me asegura Bere.

—¿Y si no me gusta? ¿Y si no puedo disimular que no me gusta? —les digo, aterrada por la idea de cabrear a alguien y que las consecuencias las paguen mi padre y mi hermano. O peor, que se me note que no estoy de acuerdo con casarme solo porque es lo que toca.

Sella mira alrededor y sonríe.

—Mira, allí hay un pasillo con sillas, puedes subirte a una y verlo entrar sin que nadie se dé cuenta.

Echo un vistazo al recoveco que me dice y creo que podría ser una buena idea. Si cierro un poco las puertas, nadie me verá.

—Nosotras distraeremos a tu madre para que no te busque —me asegura Bere, y por un momento siento algo de calma.

Mi madre aparece cerca de donde estamos, buscándome con la mirada. Me escabullo antes de que pueda localizarme y mis amigas la dirigen hacia el otro lado de la sala.

Llego hasta el pasillo y me meto con disimulo. Es amplio y tiene unas puertas entornadas que me dan algo de privacidad. Acerco una silla mullida a la puerta para subirme y poder sujetarme porque necesito la altura que me dan los tacones para lograr ver por encima de todos.

Trato de no romperme la cabeza, logrando un equilibrio algo frágil sobre la silla. Mi vestido es demasiado ajustado y no me deja moverme con libertad. Aun así, consigo mi objetivo y puedo ver la entrada principal desde donde estoy.

Localizo a Bere y a Sella. Me hacen un gesto con la cabeza, disimulado, y mi madre se gira; casi me ve, pero me escondo a tiempo. Mi corazón martillea fuerte contra mi pecho y me quedo aguardando mientras veo cómo los jefes de mi padre entran en la sala. Entre ellos debe estar Enrico. Lo busco y no me percato de que no estoy sola hasta que escucho un carraspeo detrás de mí.

Me giro y pierdo el equilibrio a la vez que me doy cuenta de que a quien tengo detrás es al mismísimo Tiero Cavalçanti, y lo que es peor, me estoy desplomando sobre él.

No me da tiempo a hacer nada más que agarrarme a su cuerpo mientras caemos ambos al suelo y quedamos en una posición algo embarazosa con mis labios sobre los suyos.

Nota 2

SI ALGUIEN SE ME CAE ENCIMA, LO APARTO…, EXCEPTO A ELLA

TIERO

No me da tiempo a reaccionar y acabo en el suelo, con una mujer sobre mí y con sus labios sobre los míos.

—Vaya, pensaba que serían más disimuladas —se burla Franco, y le gruño.

La chica se tensa y trata de levantarse, pero, por lo visto, el vestido que lleva no le permite hacerlo todo lo rápido que quiere.

—Déjame ayudarte —le dice Salvatore, tendiéndole la mano como el caballero que es. Qué asco da.

—¿Y a mí nadie me ayuda? —me quejo desde el suelo, y ninguno de mis dos amigos me hace caso.

Franco está evaluando a la chica y Salvatore comprobando que no se ha hecho daño.

Me pongo en pie, me recompongo el traje y me doy cuenta de que mi asaltante no puede ni mirarme a la cara; eso me hace sonreír.

—¿Se puede saber qué hacías ahí subida? —pregunto, señalando la silla acolchada roja desde la que se ha caído.

—Revisaba cómo se ve mi futuro —balbucea, y eso no tiene ningún sentido.

Miro a Franco y a Salvatore y ambos tiene cara de no tener idea de qué está hablando.

—Lo siento, Don, no quería hacerle daño —se disculpa, y alzo las cejas, divertido.

Levanto su cara, poniendo mi mano en su barbilla para obligarla a que me mire. Unos ojos marrones me devuelven la mirada y debo

reconocer que el tono que poseen es diferente a lo que he visto jamás. Al igual que la mancha en forma de corazón que tiene en la zona blanca.

—No podrías hacerme daño ni aunque te hubieras caído sobre mí con un cuchillo en las manos. ¿Quién es tu padre? —le pregunto, curioso por saber más de ella.

—Francesco Marchesano —contesta, y miro a Salvatore, esperando a que me diga quién es.

—Es uno de nuestros soldados. Se trasladó aquí desde California hace años y su hijo aún no es parte de nosotros. Aunque está en camino de serlo.

—Y es muy bueno en su trabajo —agrega ella, como si habláramos de repartir *pizza*—. Perdón, no quería interrumpir.

—Sí querías hacerlo —le digo, tratando de avergonzarla.

No sé por qué, en realidad no es que disfrute con ello, sin embargo, la forma en la que se comporta y en la que me mira me dice que no hace lo que realmente quiere, sino que finge. Y no me gusta que finjan a mi alrededor.

Si las miradas mataran, ahora mismo tendría un agujero en mi cabeza, y eso me hace sonreír.

—Tiero. —Escucho la voz de mi prima llamarme desde la puerta y la chica aprovecha para escabullirse sin decir adiós.

—Vaya, parece que has asustado a alguien —se burla Franco, y no contesto, pero me da la sensación de que esa chica no me tiene miedo.

—Primo, al fin apareces —dice Tessandra, llegando hasta mí antes de que pueda salir a la sala. Está claro que me estaba esperando.

—Si es mi fiesta no puedo llegar tarde, ¿no?

Mi prima sonríe como si le hubiera hecho una broma, nada más lejos. No es que me caiga mal, pero es la típica mujer que quiere controlarte, piensa que podrá casarse con Franco y que yo lo haré con su amiga Isidora. Ha sido así por años.

—Hola —saluda Isidora detrás de ella.

Respiro hondo y trato de poner buena cara. Aunque no me apetece hablar con ninguna de ellas dos.

Las saludamos lo más corteses que podemos y enseguida las dejo en el pasillo por el que he tratado de entrar de forma disimulada para evitar precisamente ser asaltado de esta manera.

No puedo evitar sonreír al recordar a la mujer que literalmente se me ha tirado encima y la busco en la sala.

—Se llama Iride —susurra Salvatore a mi lado cuando mis ojos se fijan en la joven a la vez que saludo a todos los que se acercan a felicitarme.

Franco se pierde, como siempre, y deambula entre los grupos. Espero que no cometa el error de sacar su polla en esta fiesta. Si se acuesta con alguna de estas mujeres, va a ser jodidamente difícil no acabar casado con ella.

Paso el rato estrechando manos y conociendo a mujeres. Casi todas preciosas y con un montón de habilidades, las cuales no han dudado en hacérmelo saber. Incluso una me ha dejado claro que tiene las caderas adecuadas para tener hijos varones, ¿cómo demonios se sabe eso?

En fin. Cuando necesito un respiro, le pido a Salvatore que me cubra y me dirijo hacia una terraza privada que tiene seguridad contratada. Allí hay algunas mujeres descansando que enseguida se ponen en pie y se contonean hacia mí.

Saco mi móvil y finjo hablar con alguien y que necesito privacidad, lo hago hasta quedarme a solas. Respiro hondo, me siento en un banco de mármol blanco y disfruto del cielo, que está poniéndose naranja antes de quedar completamente a oscuras.

—Cariño, aquí estás. —La voz de mi madre llega un instante antes de notar un beso en mi cabeza.

—Necesitaba un poco de aire.

Ella asiente y sonríe. Sabe que no me gusta estar con tanta gente.

—Gracias —dice mientras apoya la cabeza en mi hombro, y sé que se refiere al hecho de no haberme largado de esta horrible fiesta/encerrona.

Nos quedamos en silencio un momento hasta que oigo a una mujer hablar; espero que no venga a interrumpirme porque cuando estoy con mi madre es sagrado.

—Os lo digo de verdad, no he sentido nada. Cero. Como si tocara un cactus.

Sonrío al reconocer esa voz.

Mi madre me mira y frunce el ceño.

—¿Sabes quién es la que está armando ese escándalo? —pregunta curiosa.

Asiento y le contesto mientras miro en la dirección que he escuchado su voz, dándome cuenta de que me apetece verla.

—Es una ladrona de besos.

#3

LOS BESOS ROBADOS CUENTAN

IRIDE

Bere y Sella me siguen por la terraza que hemos encontrado. Necesitaba respirar después de conocer a Enrico. Joder, no me gusta nada, tiene pinta de salido asqueroso, de esos a los que no te acercas ni con un palito a tocarlos. Lo que llamamos un Babas.

—Os lo digo en serio —repito, caminando hacia atrás con los tacones en la mano—. No me ha gustado nada, he sentido lo mismo que una estatua.

Ellas se ríen, pero a mí no me hace ni pizca de gracia. Enrico parece un pervertido de esos que miran videos de TikTok de adolescentes para pajearse.

—Bueno, quizás cambies de opinión cuando lo conozcas mejor —trata de calmarme Bere.

—No quiero conocerlo. Es horrible, en serio, ¿por qué dejamos que nos casen con tipos así solo porque al Don le parece que son buenos *made man*? ¿Qué tipo de educación recibió? —pregunto, y veo que Sella está blanca.

Giro la cara hacia Bere y ella está mirando por encima de mi hombro. Y entonces lo sé.

—El Don está justo detrás, ¿verdad? —inquiero, y ambas asienten.

Me giro lentamente y trato de poner mi mejor cara, aunque me cuesta cuando veo que no está solo, sino que lo acompaña su madre, ni más ni menos. Mierda, he ofendido al Presidente y a la Primera Dama del Outfit en la misma frase.

—He de decir que traté de educarlo bien, pero no puedo olvidar que es hijo de su padre también —suelta la señora Cavalçanti, y yo

sigo sonriendo como si me faltaran dos primaveras, esperando a que su hijo no me pegue un tiro.

—Me robas mi primer beso y después me insultas, no sé si debería hablar con tu padre —me dice el Don muy serio, y se me para el corazón.

—¿Cómo que te ha robado tu primer beso? —sondea su madre mirando entre ambos, y yo niego con la cabeza.

—Es una cosa entre nosotros —murmura con la diversión pintando su cara—. Será mejor que volvamos dentro antes de que alguna ataque a Franco por un anillo de compromiso.

Lo dice como si despreciara el hecho de que él pudiera elegir. Le doy una mala mirada, sé que no debo, que es el jefe, del jefe, del jefe del máximo jefe de mi padre. Aun así, no tiene ni idea de lo que es estar en este lado.

Pasa por mi izquierda, y al hacerlo, baja su cabeza hasta que sus labios casi rozan mi oreja y me susurra:

—No robes más primeros besos o tendré que tomar cartas en el asunto. Y ponte los zapatos, esta no es ese tipo de fiesta.

Dicho esto, se larga y me deja con cara de idiota, a mí y a mis dos amigas. Estoy tentada a tirarle los tacones a la cabeza, pero no lo hago porque mi cerebro está en *shock*.

Tardamos unos segundos en digerir lo que acaba de pasar, o al menos en darnos cuenta de que ha sido real.

—¿Alguien me explica qué demonios acaba de ocurrir? —pregunta Bere, poniéndose delante de mí; Sella hace lo mismo.

—¿Lo conoces? ¿Qué es eso de que le has robado su primer beso? —me interroga Sella, y me encojo de hombros.

Les cuento lo que ha pasado. Se lo iba a contar igualmente, solo que el hecho de conocer a Enrico ha provocado que todo en mí se paralice al pensar en que tengo que pasar el resto de mi vida con ese tipo. Y eso que no puedo decir que no sea guapo, atractivo más bien, pero me da tanta grima que es algo que borra todo lo demás.

—¿Has besado al Don? —alucina Bere, y yo le tapo la boca para que nadie más lo oiga.

—¿No has escuchado lo que te he dicho? No le he besado, me he caído encima de él y he acabado contra sus labios.

—Esa es la definición de besar —interviene Sella, y le gruño.

Es una mala costumbre mía. Mi hermano dice que soy como un perro callejero malhumorado.

—¿No habéis notado lo idiota que es? —pregunto en voz baja para que no me vuelva a pasar lo mismo.

—Yo solo he notado lo bueno que está. Y que tiene un tatuaje de un arcoíris en su muñeca izquierda, debajo del reloj —comenta Bere.

—¿Un arcoíris? —Dudo de que haya escuchado bien.

—Sí, es raro.

—No me he dado cuenta.

—Claro, estabas ocupada besándolo —se burla Sella, y le doy un puñetazo en el hombro.

—Lo que me parece raro es que haya dicho que le has robado su primer beso, claramente no es la primera vez que besa a nadie, ¿no? —interviene Bere.

—Es una tontería de él. Estoy harta de escuchar de mi hermano cómo nuestro Don y su *consigliere*, Franco, pasan las noches en los clubs del Outfit rodeados de mujeres de dudosa reputación.

—Es verdad, tu hermano lo venera como a un dios —comenta Sella, que ha estado presente cuando Lorenzo ha hablado de él.

—¿Y si le interesas? —divaga Bere, mirándome.

—¿A qué te refieres?

—A que puede que le gustes, al fin y al cabo, esta fiesta es para encontrarle esposa. Quizás podrías ser tú.

Sella y yo nos miramos y nos comenzamos a reír. Tanto que casi nos caemos al suelo.

—Sí, claro, voy a ser la próxima mujer del Don y criaré a la siguiente generación de Cavalçanti —me burlo entre risas, aunque me detengo cuando miro a Sella y veo que ya no se ríe.

—¿Por qué no? —pregunta ella seria—. Eres una mujer hermosa, además de inteligente y con una carrera necesaria dentro del Outfit. No sería descabellado que te considerara una opción. Está claro que le caes en gracia o no te hubiera dejado salir de aquí sin un mínimo castigo por lo que has dicho sobre él.

Me quedo pensando porque en eso tiene razón. Si por algo es conocido nuestro Don es por tener poca paciencia. No permite las

faltas de respeto y he oído historias que ponen los pelos de punta.

Miro hacia la puerta de entrada y me doy cuenta de que podría ser una opción a Enrico. No, la mejor opción, sin lugar a dudas. Eso haría que mi hermano y mi padre ascendieran. Mi familia se posicionaría dentro del Outfit y estarían protegidos. Ellos y mis amigas.

—¿De verdad creéis que podría lograrlo? —planteo seria, y ambas asienten.

—Habría que trazar un plan, allí dentro hay un montón de mujeres que quieren lograrlo —dice Bere, y Sella asiente.

—Sí, pero no he visto que con ninguna congenie. De hecho, Tiero Cavalçanti es conocido por lo serio que siempre se ve y, sin embargo, cuando has estado cerca, sonreía.

Me froto la barbilla y asiento. Creo que tienen razón, puede que solo sea un capricho pasajero, pero si logro atraparlo antes de que él se aburra, puedo hacer una diferencia en la vida de mi familia y amigas.

—Decidido, voy a conquistar al Don de la mafia de Chicago.

Nota 3

NO SABE CUÁNDO CALLAR. NI FALTA QUE LE HACE

TIERO

Termino de recoger los papeles que necesito llevar a la constructora y aviso a Franco de que ya voy a salir. La llamada de Angelo me ha retrasado; como siempre, no se saca nada bueno de él.

Mi hermanastro no para de darme problemas. Se ha juntado con uno de mis capos, Enrico, y ha decidido que quiere aprender el oficio. Por supuesto, mi madre cree que es una gran idea y que así veré el potencial que tiene. Sé que lo único que voy a descubrir es que es potencialmente más idiota de lo que ya creo que es.

En fin, al menos, el marido de mi madre no mete las narices, es un buen tipo; no sé cómo ha podido tener un hijo así.

Salgo del ático y nos dirigimos hacia Canaryville. Es un barrio al sur, de clase obrera tirando a baja. Allí los terrenos son más económicos y tengo pensado echar a todo el mundo para construir y volver la zona de clase alta.

—¿A qué hora hemos quedado con los arquitectos? —le pregunto a Franco mientras gira por la calle Halsted, antes de llegar a nuestro destino.

—En una hora más o menos. Llegamos con tiempo.

—Espero que esta vez no se pongan intensos con el hecho de que el terreno todavía no es nuestro —gruño.

En la anterior reconversión que hicimos en un barrio, el estudio de arquitectura con el que trabajamos nos dijo que no podían desempeñar su tarea hasta que el terreno fuera nuestro.

Solo hubo que agregar un cero a la cuenta y sacar a pasear mi semiautomática para que entendieran que el que manda soy yo. Por muchos títulos universitarios de la Ivy League que coleccionaran en las paredes.

—Ya he hablado con Harrelson y no hay problema. Buscarán la forma de hacer las mediciones para poder empezar con los presupuestos.

—Bien. Quiero que Canaryville sea nuestro en cinco años.

—Lo será, el plan está en marcha y, tal y como ha funcionado en otros barrios, este no será diferente.

Lo que hacemos es algo ilegal y de dudosa moralidad. Compramos casas y apartamentos en la zona que nos interesa, metemos a gente indeseable y esperamos a que los vecinos decidan largarse. Sé que son clase obrera, por lo que les ofrecemos un cambio de vivienda en unas condiciones similares en otro lugar de Chicago. A la mayoría le parece bien, solo hemos tenido un par de casos en los que se negaban a abandonar la vivienda. Personas mayores con raíces profundas. No es un problema. El tiempo se encargó de ello y sus herederos firmaron sin problema.

Soy el jefe del Outfit de Chicago, pero si algo tengo claro es que no me voy a enriquecer a costa de hundir la vida de buenas personas.

Nos reunimos con el cabecilla de los que van a entrar a vivir allí. Es un barrio que está en declive. Ya no es seguro pasear de noche por allí y eso no me gusta. Quiero una ciudad próspera sobre la que gobernar, no un atajo de vagos que se mueren por las calles debido a las drogas y las malas decisiones.

—Creo que en cinco años podremos tener el barrio totalmente despejado y será nuestro para construir —comenta Franco, volviendo al coche—. Mira, ya están ahí Doménico y Carlo.

Los saludo. Están en un Escalade negro a unos metros de nosotros. Ambos son mis primos, pero también mis capos de confianza. Ellos serán los encargados de vigilar que todo siga un ritmo normal y natural; por ello, los quiero en la junta con los arquitectos.

Me subo al coche y nos dirigimos hacia Halsted para ir a la reunión. En uno de los semáforos, Franco mira por el retrovisor varias veces y frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunto, girándome para mirar en la misma dirección.

—Juraría que la del alboroto es tu ladrona de besos.

Vuelvo a girarme y me doy cuenta de que hay un corrillo en una de las aceras.

—Da la vuelta.

Franco se mete por una calle que nos da la posibilidad de pasar de nuevo por el mismo punto. Como iba mirando el móvil, no me he dado cuenta de nada.

—Detente —le pido, y bajo la ventanilla.

Estamos lo suficientemente cerca como para escuchar lo que ocurre, pero ocultos tras unos cubos para no ser vistos por quienes están en la acera. Mis primos aparcan justo detrás. Les llamo.

—Necesito que os bajéis y me digáis qué está pasando.

—Enseguida.

Veo que ambos salen del coche y van hacia la gente que se acumula alrededor de la chica. Hablan con alguien y después me devuelven la llamada.

—Por lo visto, unos matones han parado a un anciano en medio de la calle para exigirle que les diera el dinero que les debe, le han empujado y la chica lo ha visto y se ha metido a defenderlo.

—¿Lo conoce? —pregunta Franco a mi lado.

Vemos que le preguntan a la misma de antes de responder.

—No, es un hombre mayor que se ha mudado recientemente, aunque, por lo visto, la chica es muy de meterse donde no la llaman.

—Bien, permaneced cerca y actuad si es necesario. La chica está bajo mi protección.

—Ok —contestan al unísono.

Cuelgo y Franco me mira.

—¿Qué?

—¿Te gusta?

—Es una niña, no me gusta, pero tampoco creo que merezca una paliza por bocazas. Sobre todo, si está defendiendo a una persona mayor.

—Ajá.

—Franco, no es coña. No la veo de esa manera, no podría, créeme. —Él no lo sabe, pero es así—. La cuestión es que es la única que veo que ha hecho algo en contra de una injusticia y no me gusta dejar solas a ese tipo de personas. Ya casi no quedan.

—En eso tienes razón.

Observo la escena que ocurre en la acera. La ladrona de besos no para de decir burradas a dos tipos que le doblan el tamaño y ellos solo se ríen.

—*Si el viejo no quiere un par de huesos rotos, entonces que pague* —gruñe uno de ellos.

—*Os ha dicho que va a pagar, tiene a su mujer enferma y el coste de hospitales y medicinas es muy caro. Solo pide una semana. ¿Con una semana está bien?* —le pregunta la chica al anciano, y este asiente—. *¿Veis? Creo que no es tan difícil esperar siete días.*

—*El plazo acababa hoy, si quiere una prórroga, tendrá que saber que se van a aumentar los «gastos de gestión»* —se burla el otro matón—. *Eso o podemos romperle los dedos de la mano y obtendrá cinco días más extra. Uno por cada hueso.*

—*Acércate a él y será lo último que hagas* —lo amenaza la chica, acercándose hasta quedar casi cara con cara. Salvo porque el tipo le saca una cabeza.

—Joder, sí que los tiene bien puestos —murmura Franco.

Asiento de acuerdo. Aunque me preocupa que acabe recibiendo un puñetazo de alguno de esos dos imbéciles.

El matón más grande le pregunta al viejo si va a querer ese tiempo extra y el hombre asiente, temblando, y ofreciendo su mano izquierda. El matón se acerca dispuesto a cumplir su promesa y entonces ocurre algo que no esperaba. Mi ladrona de besos le da un rodillazo que lo tira al suelo. Cuando el otro matón va a por ella, agarro la maneta dispuesto a salir, pero veo que Carlo y Doménico intervienen y se hacen cargo de la situación.

Llamo a Carlo.

—Lleváoslos al almacén y dejadles claro que no quiero ese tipo de mierdas en mi calle. Averiguad quién es el jefe y que venga a verme. La deuda del hombre queda perdonada, y en cuanto a la chica ya sabéis.

—Sí, jefe, es intocable.

—Eso es. Os veo en la reunión, no lleguéis tarde.

Cuelgo y veo que Franco sonríe.

—Creo que me compraré palomitas —dice mi *consigliere*.

—¿Por?

—Porque esto pinta a que se va a volver interesante.

Franco arranca de nuevo y veo por el retrovisor a la chica caminar como si no hubiera pasado nada. Respiro hondo y le contesto a mi amigo.

—Es posible.

#4

SI UN MAFIOSO TE MIRA COMO A UNA CRÍA, HABLA COMO UNA MUJER

IRIDE

Una de las cosas que más me aburren de ser una buena chica de la mafia son las reuniones de caridad. Básicamente porque aquí podrían gastar menos en aparentar y más en ayudar. Al menos, esta lo organiza la madre de Bere y sé que la comida estará buena.

—¿Cómo va tu plan de conquistar al jefe? —pregunta Sella mientras se sienta a mi lado en una de las mesitas junto al *buffet*.

—Shhh, no quiero que te oiga nadie.

—¿Por? —inquiere, metiéndose un trozo de tarta de fresa a la boca.

Ruedo los ojos en respuesta. Solo ella no vería lógico que decir algo así en público fuera normal. Sella es la persona más sincera que conozco. A veces, demasiado.

—¿Y tú qué tal con el chico que conociste? —Le cambio de tema para evitar que alguien más escuche mi plan.

A decir verdad, es algo patético de mi parte. Sobre todo, porque no lo he vuelto a ver, no nos mezclamos con la misma gente ni vamos por los mismos lugares. Así que, más que conquistarlo, es más una cacería Pokemon Gold, sabes que está en algún lugar, pero no vas a poder llegar a él.

—Bueno, Michael es majo, aunque parece un poco tonto.

—¿En qué sentido?

—En que no le da para más. De los que para sumar dos más dos sacan la calculadora.

La respuesta de Sella me hace soltar una carcajada y varias mujeres me miran. Sí, señoras, me río en voz alta, qué descaro, ¿eh?

—Me pregunto cómo será sentarse con un palo metido en el culo todo el día —murmuro.

—Pues depende de si el palo es de madera o de goma —contesta Bere, riéndose y sentándose a mi otro lado—. ¿Todo bien por aquí?

—Las tartas de tu madre cada vez son mejores —le digo, metiéndome un trozo de tarta de arándanos a la boca.

—Dímelo a mí —suelta Bere agarrándose su tripa, y las tres no reímos.

El salón que han alquilado está repleto de mujeres. Estos actos rara vez son para hombres, lo cual me parece de lo más sexista. Sin embargo, esta vez es diferente porque a la madre de Bere se le ocurrió que los maridos podrían también colaborar a través de apuestas. Así que ellos están en la parte trasera viendo peleas de gallos y todo el dinero apostado se recaudará para la causa.

Odio el sufrimiento animal, pero, al menos en esta ocasión, va a ayudar a que niñas huérfanas puedan acceder a estudios superiores.

—Bere, cariño, dile a tu padre que lo necesito —irrumpe la madre de mi amiga—. Oh, hola, chicas, ¿qué tal lo estáis pasando? ¿Todo bien?

—Maravilloso, señora B —contesta Sella.

—Me tendrás que dar la receta de esto, debe tener un ingrediente secreto para que sea tan espectacular, ¡las de YouTube no salen así! —le digo, y ella se sonroja.

Sabina Balconte es una excelente cocinera y una madre maravillosa para mi amiga.

—Oh, aduladoras. Aunque de regalo de bodas os enseñaré a cada una a hacer una de ellas —nos asegura, y las tres sonreímos como si eso fuera genial—. Cariño, no tardes en ir a por tu padre, que venga a la zona donde están los del *catering*.

—Sí, mamá —responde Bere, y su madre se va a saludar a otra señora que acaba de llegar—. Odio ver las peleas de gallos, me dan ganas de vomitar.

—Si quieres, voy yo —me ofrezco, y mi amiga me abraza.

—Eres la mejor.

Me levanto, terminándome la tarta antes de ir a por el señor Balconte. Bere no soporta el sufrimiento animal y Sella simplemente es que no quiere dejar de comer tarta. Así que cruzo la sala y voy hacia una carpa que han montado fuera, donde los gritos de emoción apenas dejan oír a los pobres animales agredirse hasta la muerte.

—La cara de asco que tienes deja claro lo que opinas de este acto de caridad —escucho a mis espaldas antes de entrar al recinto de peleas.

Me giro y veo a Tiero Cavalçanti apoyado en la pared de ladrillo que hay a mi derecha. Está un poco escondido de todo, aunque él puede ver perfectamente quién entra y sale de la carpa del edificio.

—No es la caridad lo que me da asco, sino la sangre que se derrama para conseguirla —le contesto, y él sonríe de medio lado.

—En nuestro mundo, la sangre suele ser parte de todo.

—Y no por ello está bien.

—¿Eres de las que reniega de los métodos de trabajo de su padre? —pregunta, avanzando hacia mí.

Si alguien saliera, es posible que no nos viera porque un enorme matorral nos tapa parcialmente.

—Nunca renegaría de nada relacionado con mi familia —le aclaro.

—Entonces, ¿es la sangre lo que no te gusta?

—Difícilmente sería eso, teniendo en cuenta que soy enfermera titulada.

Le sorprende mi respuesta, lo cual me dice que no le intereso en lo absoluto si no sabe algo tan básico de mí como es esto.

—Me han dicho que tuviste un pequeño encontronazo con unos usureros el otro día en Halsted —suelta, y eso me descoloca. Aunque una vez me dijo Bere que tiene una red de chivatos en el barrio que le cuentan todo por un módico precio.

La cuestión es: ¿lo sabe por casualidad o ha preguntado por mí? Será lo primero, ni siquiera tengo claro que sepa mi nombre.

—Cada día hay peor gente.

—No deberías meterte con hombres más grandes que tú.

Da un paso hacia mí, y no sé si es una amenaza o una advertencia.

—No deberías dejar que hombres más grandes que yo intimiden en medio de la calle. Y menos a una persona mayor.

—Él pidió dinero, y sabía que tenía que devolverlo.

—Las circunstancias se le complicaron —replico enfadada.

Ahora soy yo quien da un paso hacia él.

—Eso me suena a excusa, ¿eres de las que busca excusas para sus errores, ladrona de besos? —pregunta divertido.

—No me llames así, no te he robado tu primer beso, ni siquiera lo del otro día se considera beso —contesto enfadada. Puede que para él sea divertido, pero puede arruinar mi reputación—. Y no, no es una excusa. La vida puede complicarse y no por ello debes ser castigado.

—Interesante —murmura medio sonriendo.

No sé, creo que este tío está tarado.

—Iride —escucho, y veo a Sella buscarme. Se mete a la carpa y recuerdo que he salido con una misión.

—Mierda, tengo que irme —me despido sin siquiera haber intentado coquetear con él.

Joder, esto se me da fatal. Lo miro y pestañeo rápidamente con una dulce sonrisa, como hacen en las pelis.

—¿Se te ha metido algo en los ojos? —inquiere frunciendo el ceño, y yo ruedo los ojos.

—Da igual, déjalo, tengo que irme.

—Ladrona de besos —me llama cuando doy unos pasaos alejándome.

Me vuelvo, gruño y él se ríe. Se ríe. Gruño de nuevo.

—¿Qué?

—Ten cuidado cuando vas por la calle.

—Y tú gasta el dinero en algo importante que no sea comprar chismes de vieja —le suelto, y me largo de allí.

Definitivamente, lo mío no es conquistar a un mafioso.

Nota 4

NO LE TIEMBLA EL PULSO. NI SIQUIERA ANTE MÍ

TIERO

Mientras el limpiacristales deja impolutas las ventanas de mi edificio, reviso los papeles que me ofrece Salvatore una y otra vez porque no puedo concentrarme en ellos. Son informes del padre de la pequeña ladrona de besos y el tipo es leal, pero mediocre. Lo cual no impide que mi mente vuelva al jardín junto a la carpa de pelea de gallos, donde tuvo el total descaro de enfrentarme.

Sonrío. Salvatore frunce el ceño. Se lo contaría, pero no lo va a entender.

—¿Se puede saber en qué piensas? —me pregunta, extrañado por mi comportamiento.

—En que este tipo es bastante mediocre, ¿su hijo estará a la altura para entrar en el Outfit?

—Doménico dice que sí, parece ser bastante mejor que su padre.

—¿Qué dicen los demás? —insisto.

—Por lo que sé, ha tenido una adolescencia complicada. Era el típico gordito con granos, ¿sabes a qué me refiero?

Asiento. Lo sé de sobra. Ambos lo hacemos. Yo fui así. Por más que cuidara lo que comía, que hiciera ejercicio y que me echara cremas que dejaban mi piel seca como el desierto del Mojave, no había forma de que eso cambiara. Hasta que un día simplemente pasó.

Hasta entonces nadie se metía conmigo a la cara, Salvatore y Franco les hubieran roto todos los huesos, aparte de que era el hijo del jefe. Pero los que son como yo no son vistos, así que escuchaba

conversaciones en las que decían cosas realmente crueles sin importar que yo apenas fuera un adolescente.

Cuando cumplí los diecisiete comenzó mi cambio, y las chicas que se reían de mí, ahora me buscaban. Ellas lo pagaron, las usé como quise y después no les di una segunda mirada. Muchas acabaron deshonradas de la familia y no tengo idea de qué habrá sido de ellas.

A los hombres también los puse en mi lista negra y uno a uno fui sacando sus secretos vergonzosos a luz para que su perfecta fachada quedara reducida a escombros.

Es curioso cómo los que más deberían callar son los que más hablan.

Salvatore revisa su móvil por cuarta vez, y eso es extraño.

—¿Y a ti qué te ocurre?

Respira hondo y niega con la cabeza. Está serio. Cuando eso ocurre suele ser porque algo le preocupa, y a Salvatore lo que más le preocupa es su mujer.

—¿Es por Giulia? —pregunto, y sus ojos contestan antes de que él lo haga.

—Está rara. No sé, siento que me oculta algo, pero no sé qué es.

—¿Has puesto a alguien para que la siga?

—No, eso sería violar nuestra confianza. Y es solo un presentimiento.

—¿Crees que te engaña? —le pregunto directamente.

Aunque lo dudo. Giulia y él se adoran, no la veo engañándolo con otro, igual que no lo veo a él acostándose con otra mujer. Ni siquiera mirándola dos veces.

—Dios, no. No creo —duda—. No. Ella no nos haría algo así.

—Pues si lo tienes claro, entonces no le des más vueltas. Yo tampoco creo que hiciera algo de eso. En breve haceis diez años de casados, no tendría sentido nada así. Seguramente son cosas tuyas.

Salvatore me mira y asiente.

—Creo que no ha sido buena idea volver a ver esa temporada de *Los Bridgerton* —murmura, y sonrío.

—Pero te encanta Lady Whistledown —le recuerdo.

—Seahhh.

El móvil de Salvatore suena y esta vez es Franco el que llama. Pone el altavoz y lo deja sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —pregunta Salvatore.

—¿Estás con Tiero?

—Sí, lo estoy.

—Bueno, pues te paso a ti el marrón. Hemos tenido que llevar a uno de los soldados a la clínica, pero el médico no está, tiene Covid, y la enfermera está aterrada por que la Policía aparezca y no hace más que tirar todo al suelo —se queja Franco—. Ni de puta coña dejo que cosa a uno de los nuestros con ese pulso de robar panderetas que tiene ahora mismo.

—¿De dónde ha salido la chica? —pregunto cabreado.

—Es una recomendada del doctor —responde Salvatore.

—No sé en qué momento pensé que tener a una civil aquí sería buena idea —farfulla Franco.

—Porque está buena —contestamos Salvatore y yo a la vez.

Y es así. Ambos le dijimos que no era buena idea, pero él insistió en que sí, solo porque la quería ver con el uniforme puesto y, de paso, quitárselo. Por lo visto, teníamos razón y esa chica sola no va a poder enfrentar algo tan simple como una herida de arma blanca sin el doctor respaldándola.

—Vas a hablar con la chica y a darle dinero, que va a salir de tu bolsillo, para que se largue y no hable con nadie de esto —le ordeno.

—Bien, pero ¿qué hago con este? No para de sangrar.

—¿No hay nadie disponible? —interviene Salvatore.

—Ahora mismo no, ya he intentado con varias opciones —asegura Franco.

—Esto no puede seguir así, necesitamos personal permanente en la clínica, tenemos que hacer que ese lugar sea un punto de referencia para cualquiera del Outfit que tenga una herida —gruño.

Estoy cabreado porque es algo que debería haber hecho hace mucho. Teníamos algo así cuando mi padre vivía, pero poco a poco se han ido jubilando y he ido colocando parches, reemplazos que se han largado o que simplemente he echado. Pero no podemos

continuar de esta forma, hay que tener una clínica a la que derivar cualquier cosa que no puede pasar por un hospital civil.

—¿En qué clínica estás? —comento, tratando de buscar una solución.

Tenemos varias en el área de Chicago entre las cuales se mueve el doctor. Aunque ninguna base fija.

—En la que está cerca de Halsted —informa Franco, y se me ocurre una idea.

—Creo que podría tener la solución. Ahora vamos para allí, ¿aguantará? —tanteo.

—Sí, es un poco llorón, pero no va a morir en las próximas horas —se burla Franco—. No tardes porque es probable que le pegue un tiro si se queja demasiado. Me está dando dolor de cabeza.

Salvatore cuelga y se levanta, esperando que le dé instrucciones.

—Hace unos días alguien me dijo que era enfermera titulada —comento mientras me pongo la americana—. La hija del mediocre.

Salvatore alza una ceja y sonríe.

—La ladrona de besos —afirma.

—La misma.

Su mirada me dice que ve corazones alrededor de mí; no tiene idea de que simplemente es poco más que una cría que me hace gracia.

—Dame un segundo para ver si está en casa —me pide Salvatore mientras cierro el ordenador.

Por lo que oigo, ha debido de llamar al padre de la chica.

Cojo la cartera y el móvil del primer cajón del escritorio y salgo hacia la recepción. La secretaria nos saluda mientras sigue con su trabajo. Salvatore está al teléfono y cuelga una vez que cogemos el ascensor.

—Está en su casa —me informa.

Sonrío y asiento.

—Entonces, vayamos en busca de la ladrona de besos.

#5

APRENDE A COCINAR UNA BUENA TARTA DE MANZANA

IRIDE

Mi madre me ha puesto a hacer tarta de manzana. Odio hacer tarta de manzana. Se me da bien, mejor que bien, mi tarta de manzana es épica, pero no me gusta hacerla.

—Vamos, *cara mia*, que la cocina refleja nuestros sentimientos —me reprende mi madre cuando me ve amasar con cara de asco.

Fuerzo una sonrisa falsa en mi cara y ella me da un beso en la mejilla, complacida.

—Odio hacer tarta de manzana —murmuro cuando se va.

Mi *nonna* se ha ido de viaje con las amigas. Es increíble que a su edad esté haciendo lo que a mí se me niega a la mía. Me da muchísima envidia. Además, si estuviera aquí, seguro que conseguía que cocinar fuera más divertido.

Paso la siguiente hora pelando manzanas, cortándolas en láminas de diferentes grosores, haciendo el azúcar derretido, amasando y mil cosas más que, por si no lo he dicho, hacen que odie la tarta de manzana.

Mi móvil suena y veo que es Sella. Iba a venir a estar conmigo, pero le ha surgido algo. Creo que ese algo tiene forma de hombre y que le gusta más de lo que quiere admitir. Mi amiga no suele esconderme nada, ni a mí ni a Bere, por lo que el hecho de que ahora ande tan parca en palabras me hace sospechar que la cosa va en serio.

Lo cual es una putada porque nosotras no elegimos con quién nos casamos, solo de quién nos enamoramos. Y, para nuestra desgracia,

no suelen ser la misma persona.

Qué maravilla ser una buena chica italiana en Chicago.

—¿Qué has hecho, Iride? —pregunta mi madre, entrando en la cocina y sobresaltándome de paso.

—No lo sé —contesto totalmente confundida por la situación.

—Acaba de llamar tu padre, el segundo al mando del señor Cavalçanti ha llamado preguntando que dónde estabas —me explica.

—Pues no sé, querrá que le enseñe a hacer tarta de manzana.

Mamá me da una de sus miradas de «No sé qué voy a hacer contigo» y yo me encojo de hombros.

—¿Has hecho o dicho algo que no deberías delante de alguien?

Me quedo pensativa y a mi mente vienen varias frases:

«No quiero conocerlo. Es horrible, en serio, ¿por qué dejamos que nos casen con tipos así solo porque al Don le parece que son buenos *made man*? ¿Qué tipo de educación recibió?».

«Y tú gasta el dinero en algo importante que no sea comprar chismes de vieja».

Ambas se las dije al jefe de cualquier jefe que tenga mi padre.

—No, no tengo idea de qué podría querer el *underboss* del señor Cavalçanti.

Al menos, eso último no es mentira. No sé por qué necesita saber dónde estoy, ni siquiera nos han presentado. Sé quién es, por supuesto, y sé que estaba cuando supuestamente le robé el primer beso al jefe de jefes, pero nada más allá de eso.

—¿Será por algo de tu boda? —murmura, y mi corazón da un vuelco.

—¿Qué boda?

—Ninguna, puesto que saliste corriendo nada más que Enrico te estrechó la mano —se queja mamá—. No hemos sabido más de él desde entonces, quizás estaba esperando a hablar con el señor Cavalçanti.

A mi madre le dije que me dio vergüenza. En realidad, me asustó el hecho de que no sintiera nada con él.

—Bueno, sube a peinarte al menos, llegará en breve —corta mi madre mis pensamientos.

—¿Quién?

—¡El *underboss*! De verdad, Iride, uno de estos días te dejarás la cabeza en el armario antes de salir de casa.

Mi madre acaba empujándome fuera de la cocina para que suba a peinarme, y cuando termino de apañar lo encrespado que está mi pelo y de ponerme un vestido que nadie se creería que llevaba estando en casa, la puerta de abajo suena. Salgo y espero en lo alto de las escaleras, poniendo la oreja para escuchar qué pasa.

—Iride —llama mi madre, sabiendo perfectamente que estoy ahí; me conoce demasiado bien.

Bajo con la gracia y soltura con la que nos enseñaron en las clases de «Ser una señorita con un palo metido en el culo y sonreír». Aunque casi tropiezo en los últimos escalones cuando veo que en la entrada de casa no está solo el segundo al mando de Tiero Cavalçanti, sino que está el mismísimo Tiero Cavalçanti mirándome justo al lado de la foto de familia en la que estoy sacándome un moco de la nariz.

Sí, yo tampoco sé por qué demonios mi madre puso esa cosa ahí para que todo el mundo la viera al entrar.

—Es un placer tenerlos aquí —dice mi madre mientras me acerco.

Un placer, mi culo. Está asustada por si la he cagado. Que, si es por lo que le dije, pues sí, lo he hecho, pero mandaría ovarios que viniera ahora a reclamarme.

—Tiene una casa preciosa, señora Marchesano —dice el jefe de jefes, y mi madre se sonroja.

Alzo las cejas y lo miro porque, comparado con donde debe vivir, esto es poco más que una caja de zapatos.

—Ha dicho mi padre que habéis preguntado por mí —intervengo, intentando averiguar qué demonios quieren estos dos.

—Sí, necesitamos que vengas con nosotros —contesta Salvatore Berissi.

—¿Puedo negarme? —suelto de pronto, y mi madre me mira horrorizada.

A ver, si la idea es asesinarme o algo así, pues casi que paso de ir.

—No, señorita Marchesano, no puedes —contesta el señor Cavalçanti.

—Había que intentarlo —murmuro, y juro ver un leve destello de sonrisa en el hombre al que supuestamente tengo que conquistar.

Mierda, se me ha vuelto a olvidar lo de ser dulce y delicada para lograrlo.

—¿Puedo saber para qué necesitan a mi hija? —media mi madre, y ambos asienten.

—Sabemos que es enfermera titulada y necesitamos que nos ayude en un tema del Outfit. Se le pagará, por supuesto —contesta Salvatore.

Mi madre suelta un suspiro de alivio y yo ruedo los ojos. A ver, que no soy tan idiota de hacer algo que cabree al jefe de jefes. Creo.

—Bien, entonces dejadme que me cambie —les pido.

—Por supuesto, pero no tardes —me ordena, sí, ordena, el jefe de jefes.

—Vengan por aquí, ¿quieren un trozo de tarta? —pregunta mi madre, tratando de hacerlo pasar; cuando ninguno mira, le saco la lengua.

Solo que el jefe de jefes elige ese momento para girarse y me pilla de pleno. Salgo corriendo escaleras arriba y rezo por que le parezca divertido mi comportamiento.

—Así no voy a poder casarme con él en la vida. A este paso, acabo con Enrico el Babas.

Nota 5

ESA FAMILIA NO LLEGARÁ LEJOS…, PERO ELLA PODRÍA

TIERO

Salvatore me observa por el retrovisor. Nunca me siento atrás cuando vamos juntos, sin embargo, me ha parecido lo correcto cuando Iride se ha subido al coche.

Huele a tarta de manzana, odio la tarta de manzana. Aunque voy a admitir que olerla en ella me gusta.

—Espero que tu madre no se disguste por no probar su tarta —le digo para romper el silencio incomodo que reina en el coche desde que hemos subido.

—En realidad, es mía.

Vaya, eso me sorprende.

—¿Te gusta cocinar?

Me mira un instante antes de contestar con una sonrisa dulce, una muy fingida que me hace gracia.

—Oh, sí, lo adoro, la tarta de mi manzana es mi postre favorito —asegura, y, por el tono que usa, no sé si está burlándose de mí o es sincera.

Llegamos a la calle donde está la clínica y Salvatore estaciona en el callejón. Justo frente a la puerta trasera por la que solemos acceder cuando tenemos que hacer uso de este lugar.

—Vamos —le digo a Iride, abriendo su puerta.

Hay algo en esta chica que me produce ternura, ganas de protegerla. Supongo que se debe a lo joven que es.

Entramos con la llave que tiene Salvatore y subimos al primer piso. Iride nos sigue de cerca, mirando las paredes. Hay alguna mancha

de sangre antigua. La verdad es que el lugar es un poco deprimente.

Escucho la voz de Franco en una de las salas y nos dirigimos hacia allí. Al entrar, veo al doctor Rossi tambaleándose frente a uno de mis soldados, que está sentado en la camilla.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto al médico, que apenas se tiene en pie. Tiene verdadera mala cara.

—Mi trabajo, ya que habéis asustado a mi enfermera. Tranquilos, llevo guantes y doble mascarilla para no contagiar a nadie —asegura.

—¿Y qué hacemos cuando te caigas redondo por la fiebre? —pregunta Franco, que me mira como si estuviera lidiando con un niño de cinco años.

—Métete en la cama, hemos traído a alguien que nos puede ayudar —le explico al doctor Rossi.

Doy un paso a un lado y dejo a Iride al descubierto, hasta ese momento he notado su presencia tras de mí, escondiéndose como un pajarillo asustado.

—¡La ladrona de besos! —se sorprende Franco, y la escucho gruñir.

Sonrío. La chica gruñe. Increíble.

—Me llamo Iride Mascherano —le aclara, y se acerca al doctor—. Encantada.

El médico le tiende la mano y, al tomarla, ella automáticamente pone la suya en su frente.

—Doctor Rossi —se presenta.

—Estás ardiendo, ¿has tomado algo?

—Justo antes de venir.

—Franco, acompáñalo a casa y vuelve —le ordeno, y asiente.

Vive a una manzana de aquí, pero no está en condiciones de ir solo.

—¿Vas a trabajar a partir de ahora aquí? —le pregunta el médico, y ella me mira, esperando la respuesta.

—Todo depende de cómo salga lo de hoy —contesto, e Iride se endereza con orgullo, como si tuviera claro que esto es un mero trámite.

Una vez que el doctor Rossi le indica dónde está todo, se marcha con Franco. Iride se coloca unos guantes y busca lo que necesita

para coser a mi soldado, que la mira como si fuera algún tipo de diosa.

—Compórtate —le gruño, y no hace falta que le diga a qué me refiero; el cabrón está empalmado.

Iride deja una bandeja sobre la camilla y le examina el brazo. Lo hace con una delicadeza que me sorprende. Sus dedos rozan la piel alrededor y la sangre no parece molestarle. Ni el hecho de estar sola con tres hombres armados.

—Tengo que ponerte anestesia local —comenta Iride, y mi soldado se tensa.

No es el primero al que veo que le dan miedo las agujas. Al menos, ha dejado de lloriquear.

—¿Va a doler? —pregunta asustado.

Marica.

—Te prometo que no lo vas a notar. Mírame.

Iride comienza a cantarle una canción infantil mientras le da pequeños toques en el brazo con la aguja. Solo lo toca un poco. Sube y baja y veo que mi soldado se va relajando. Salvatore observa desde el otro lado de la sala en silencio. Ambos tenemos el ceño fruncido. Esta chica le está cantando una canción infantil a un tipo que es como dos veces ella y que podría matarla solo envolviendo su mano alrededor del cuello.

En un momento dado, la canción se corta y le pide que mire arriba, abajo, a la izquierda y, antes de decir a la derecha, le ha puesto la anestesia.

Mi soldado ni se ha enterado.

—Cásate conmigo —suelta de pronto, y ella se ríe.

Pero no lo hace de forma fingida, no, es una risa real. Y me molesta que sea por el idiota asustado que tengo delante.

—Ya te he dicho que no lo ibas a notar.

Se gira para coger la aguja y el hilo mientras le explica que la anestesia le está haciendo efecto; para cuando comienza a coser, el tipo no siente nada más que devoción por ella. Es lo que veo en sus ojos.

Una vez que acaba, le da una serie de indicaciones sobre cómo tratar la herida y después recoge todo, limpiando el lugar como una

profesional.

—Quédate con él —le digo a Salvatore mientras le ordeno a Iride que me siga.

Se despide de mis hombres y bajamos nuevamente las escaleras. Mientras lo hacemos, le pido un taxi. Al salir a la calle respiro hondo, nunca me ha gustado el olor a hospital.

—¿He pasado la prueba? —pregunta, pestañeando otra vez como si tuviera algo metido en el ojo.

—Deberías ir al oculista —le comento, y ella suelta un bufido.

—No has respondido.

—¿Tanto necesitas el trabajo?

Se encoge de hombros.

Sonrío, lo hago mucho a su alrededor.

—Sí, has pasado la prueba. De hecho, quiero hacer una clínica mayor. Tenemos un par de locales vistos, este se va a quedar pequeño. Lo aprovisionaré de lo necesario para hacer cirugías. ¿Conoces a alguien que pueda ayudar?

—Mis amigas, Bere y Sella, ambas son enfermeras como yo.

—¿Son de fiar?

—Sin duda, pondría mi vida en sus manos.

El taxi que he pedido entra por el callejón y se detiene a unos metros de nosotros.

—Ya está pagado —le comento, mirando el vehículo—. Te haré llegar todo lo que necesitas saber mañana. —Meto la mano en el bolsillo de la americana y saco una tarjeta—. Cualquier cosa que precises, llama a este número.

—¿Es el tuyo?

—No, nunca doy mi número personal.

Veo algo de desilusión en sus ojos.

—Bien, entonces, gracias por el trabajo y que tenga un bonito día, señor Cavalçanti —se despide, y se sube al taxi.

Pasa por delante de mí mientras Franco llega hasta donde estoy.

—¿Ya se ha ido la ladrona de besos? —pregunta, y asiento.

—Va a trabajar en la clínica. Abriremos una mejor, esta es una mierda.

—Veremos si aguanta —se burla, y asiento.

Veo el taxi girar al final del callejón y desaparecer, y de pronto una pregunta viene a mi cabeza: «¿y si por trabajar para mí resulta herida?».

No me gusta la ira que siento, así que la descarto. Ella es solo una más de las personas que trabajan bajo mi mando.

Al menos, eso me repito hasta que volvemos con Salvatore y comenzamos a pensar en la nueva clínica que he decidido que necesito abrir para no meter a Iride en un tugurio como este.

#6

SI TE DAN UN NÚMERO DE EMERGENCIA, ÚSALO

IRIDE

Lorenzo me mira con recelo. No entiende que me guste estar aquí, pero la verdad es que lo disfruto. Mi hermano puede ser inteligente cuando quiere, aunque cuando se trata del tema de mujeres, es demasiado arcaico.

—¿En serio te gusta trabajar aquí? —insiste por tercera vez en lo que va de tarde.

—Sí, me he formado para esto y el hecho de ayudar a los demás me gusta. Además, el dinero siempre va bien y, por otro lado, a ti te han mandado hacer algunas cosas más importantes, ¿no?

Lorenzo asiente.

Hace dos semanas que vengo a la clínica del doctor Rossi. Están montando otra, pero de momento no sé la ubicación ni nada más allá de que van traer material nuevo y tecnología en condiciones. Aquí los rayos X aún van con dinamo. El señor Cavalçanti no se ha vuelto a pasar, así que mis progresos en cuanto a ser su esposa van retrocediendo más que avanzando.

El móvil de mi hermano suena mientras yo termino de limpiar el estante de las gasas. Me he propuesto hacer una puesta a punto de este lugar hasta que nos vayamos. El doctor dice que no es necesario, que con tener esterilizado el material es suficiente, pero a mí, eso de que se te peguen los zapatos al andar, como que me da un poco de asquito.

—¿Te queda mucho? —pregunta Lorenzo una vez acaba su llamada.

—Un rato.

Mi hermano ha estado acompañándome en la clínica en su tiempo libre. Dice que no le gusta el barrio y que no siente que esté segura. Menos mal que yo soy la mayor.

Lorenzo mira el reloj y la puerta tres veces en los siguientes cinco minutos.

—¿Tienes que irte? —le pregunto finalmente, y él suspira.

—Doménico me ha llamado para un tema. Tengo que estar en otro lado en media hora —me explica de forma críptica. No puede ser de otra manera debido a su trabajo.

—Bueno, pues vete ya, en cuanto acabe, me voy directa a casa.

—No me gusta que te quedes sola tan tarde.

Miro el reloj y son las diez pasadas. Ni me había dado cuenta de que ya era de noche. Aquí en el almacén no hay ventanas.

—Llamaré un taxi. Bajaré solo cuando esté fuera esperando —le aseguro.

Y es lo que pienso hacer. No soy idiota.

—¿No pueden venir Sella o Bere? —insiste.

—Ambas hicieron ayer un turno doble cosiendo a tus compañeros después de hacer Dios sabe qué. Así que no, no las voy a llamar para que me lleven a casa. De verdad, Lorenzo, este lugar es seguro. Nadie en su sano juicio atacaría al señor Cavalçanti.

Mi respuesta le hace dudar y finalmente asiente, aceptando que soy una adulta que sabe cuidar de sí misma. Más o menos.

—Bien, pero cierra en cuanto salga. Y mándame un mensaje cuando llegues a casa —me ordena como si estuviera bajo su mando, y sonrío.

Mi hermanito se ha convertido en todo un hombre.

Le doy un beso en la mejilla y lo acompaño hasta la puerta. Cierro en cuando sale y me dirijo de nuevo al almacén. Ya casi no me queda trabajo, lo podría dejar para mañana, pero la verdad es que necesito distraerme. No se lo he dicho a Bere ni a Sella, pero Enrico el Babas ha preguntado por mí. Por lo visto, está interesado, y el hecho de que un capo pueda casarse conmigo hace que mi madre se haga ilusiones y le queden preciosas.

Reviso el móvil y lo meto en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Una hora más tarde y tres estantes que no debería haber limpiado reluciendo como el oro, decido que es momento de irme a casa. Llamo a la compañía de taxis y me dicen que tardaran una media hora. Así que comienzo con la revisión de las fechas de caducidad de los medicamentos.

Mi madre me llama histérica para saber por qué no he vuelto aún. Según ella, podría estar en una cuneta o siendo descuartizada. En fin. Consigo que entienda que soy mayor de edad y que no es tan tarde, pero cuando cuelgo, escucho un ruido en la puerta de fuera. La que da a las escaleras. La que está cerrada con llave.

Me acerco despacio y veo que se zarandea ligeramente. Alguien está tratando de abrirla.

Mierda. Me van a descuartizar y tendré que darle a razón a mi madre.

Mi corazón se acelera y miro a mi alrededor, buscando una salida que no hay. Las embestidas de la puerta son más fuertes. Quien quiera que haya al otro lado está dispuesto a entrar.

Decido ir a la cocina que hay en la clínica y saco la bolsa de basura del contenedor de deshechos quirúrgicos. Es donde tiramos el material que no puede ir a una basura normal y es lo bastante grande como para que pueda meterme dentro. Al menos, la bolsa está vacía, así que apago la luz con el interruptor que está justo a mi lado, me meto dentro y coloco la bolsa encima antes de dar un golpecito a la tapa para cerrarla.

Si algo me ha enseñado mi padre es que hay que saber esconderse bien si quieres salir con vida.

Un par de minutos después, escucho cómo la puerta se abre de golpe. Seguramente de una patada por como suena.

Oigo voces masculinas, dos si no me equivoco. Aprieto el móvil contra mi cuerpo y lo pongo en silencio. Las pelis de miedo nos han enseñado que así es como suele morir la amiga tonta.

Siento que se mueven por las salas de la clínica abriendo armarios y cerrando de golpe. Entran en la cocina, pero salen enseguida. Espero que no noten que la luz del almacén está encendida.

—Sí, ¡aquí están! —grita uno.

—No tan alto —contesta el otro.

Sea lo que sea que buscaban, lo han encontrado.

No puedo llamar a Lorenzo, cuando está en misión nunca atiende el teléfono, simplemente lo apaga. Aun así, pruebo, y en cuanto la operadora me confirma que está fuera de servicio, cuelgo. Con mi padre ocurre lo mismo, seguramente estén juntos. Decido usar el número de la tarjeta que me dio el señor Cavalçanti. Lo guardé en la memoria del teléfono, gracias a Dios.

Marco y espero que dé tono, al cuarto lo cogen y el sonido de una voz masculina me contesta.

—¿Por qué tienes este número?

—Soy Iride Marchesano —susurro—. El señor Cavalçanti me dio este teléfono, no sé si está bien que haya llamado, pero necesito ayuda.

—¿Por qué susurras?

—Hay unos hombres en la clínica del señor Rossi, yo me he escondido, pero no sé qué puedo hacer. ¿Puedes avisar a alguien que se pase por aquí? —pregunto.

—Joder, eres Iride Marchesano, ¿y estás sola en la clínica con unos hombres que han entrado a robar?

—Bueno, no sé si a eso…

—Vamos para allí.

—¿Vamos? —pregunto, pero ya me ha colgado.

Me acurruco y espero a que todo pase. Ni diez minutos después entiendo a quién se refería ese hombre con «vamos».

—Buscad a la chica —escucho a Tiero Cavalçanti rugir—. Si alguien la ha tocado, traédmelo vivo. Me gusta que sangren cuando los torturo.

Joder…

Nota 6

ELLA ES PARTE DEL OUTFIT Y POR ESO LA PROTEJO

TIERO

Entro buscando a Iride en el almacén, pero lo único que encuentro es a dos putos yonquis con los bolsillos llenos de pastillas. Mi primo Carlo los tiene encañonados.

—¿Dónde está la chica? —les pregunto, y ambos se miran confundidos.

—No había nadie —tartamudea uno.

El otro se mea en los pantalones.

Joder, qué asco.

—¡Aquí! —escucho a uno de mis hombres gritar, y me dirijo hacia la cocina.

Cuando llego, veo a Iride metida en un cubo de basura en el que sabe Dios cómo ha entrado.

—Estaba debajo de la bolsa, si ella no llega a hablar no la hubiera encontrado nunca —comenta el soldado, divertido.

La miro y respiro aliviado.

—Déjame ayudarte —le aviso antes de rodear su cintura y levantarla para que salga de ese cubo—. ¿Estás bien?

Le doy un vistazo de arriba abajo mientras ella asiente.

—Sí, ni siquiera he visto a nadie, ¿aún siguen aquí?

—Están en el almacén —le aclaro.

—¿Qué querían?

—Robar, tienen pinta de yonquis.

Ahora la que respira aliviada es ella. Lo que me hace pensar que igual estoy llevando a una chica inocente a un mundo turbio en el

que un drogadicto podría ser el menor de sus problemas.

—¿Necesitas que te revisen? —insisto a pesar de que parece estar tranquila y sin ningún rasguño.

—No, me voy ya. Mi taxi ha llegado y no quiero que mi madre me haga darle la razón con eso de que podría estar descuartizada en una cuneta —responde, y me quedo un poco confundido—. ¿Necesitas algo más de mí, señor Cavalçanti?

—No —contesto, y la veo ir hacia la puerta—. Iride.

Ella se gira, colocándose el abrigo.

—¿Sí?

Lo pienso un instante y niego con la cabeza.

—Nada.

—Ok, mañana vuelvo, ¿llamo a alguien para que se ocupe de la puerta?

—Deja eso en mis manos.

Sonríe, se despide y se larga como si no hubiera pasado nada.

Me asomo por la ventana que da al callejón y veo que se sube a un taxi mientras escribe en su móvil. Es una chica muy rara.

Carlo, mi primo y jefe de grupo, se acerca mientras veo a otro de sus soldados comenzar a revisar la puerta rota.

—¿Qué hacemos con ellos?

—Llévalos al aeropuerto.

Mi orden es clara. No hay ningún aeropuerto, pero nunca sabes quién está escuchando.

Suena mi teléfono y veo que es Salvatore.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nada más descolgar.

Se lo explico y él guarda silencio.

—¿Los llevan al aeropuerto?

Me conoce demasiado bien.

—Sí, no me gusta que haya personas que me faltan el respeto en mi territorio.

—¿Iride está bien?

—Ni siquiera la encontraron. Se metió en el cubo de deshechos médicos, debajo de la bolsa.

La carcajada de mi amigo hace que aleje un poco el móvil de la oreja,

—Esa chica es divertida. Y tú pareces estar muy interesado en ella —insiste.

—Me preocupa, es demasiado joven para meterla en este mundo.

—Es la hija de un soldado, ha nacido en él. Además, a su edad, ya debería estar, como poco, casada, así que no es tan joven.

Sus palabras me hacen pensar, sin embargo, no puedo evitar sentir que es poco más que una niña a la que me gusta proteger porque parece ser diferente al resto de mujeres con las que me he criado. Aunque debería asegurarme de que va al oculista, siempre que nos vemos pestañea de forma muy rara.

Terminamos en la clínica y vuelvo al local de copas en el que estaba reunido con los rusos cuando mi primo ha recibido la llamada. Está cerca, y espero que no se molesten por haberlos dejado. Al menos lo he hecho abandonándolos con unas mujeres hermosas deseosas de probar las pollas de la madre patria.

—¿Dónde están? —le pregunto a Franco cuando llego al reservado, y justo entra Vasili Volkor, jefe de la Bratva.

—Mis chicos están disfrutando de tu hospitalidad, así podemos hablar con más calma.

Este hombre no tiene miedo a que le raje la garganta o a que esto sea algún tipo de trampa. Llevamos años de conocernos y tenemos una tensa confianza que no pienso romper, nos beneficia económicamente demasiado como para hacerlo.

—Cuéntame, Vasili, ¿en qué puedo ayudarte?

Franco se acomoda frente a nosotros.

—Estoy viendo a unos inversores en Greenwood.

—Eso está por Indianapolis, ¿no? —interrumpe Franco, y el ruso asiente.

—Es territorio Bratva y hay demasiada chusma. Queremos recalificar, si sabes a lo que me refiero.

—Totalmente —contesto.

Está intentado hacer lo mismo que hago yo aquí.

Le explico el plan que debe llevar a cabo. Por lo que me cuenta, el barrio es pequeño, así que en un par de años podría tenerlo ya libre. No sé si tendrá pensado ayudar a realojar a los residentes decentes de la zona. Es algo en lo que no me voy a meter.

Después de dos horas de charla, decidimos pasar a algo más trivial y para cuando son casi las cuatro de la mañana me despido mientras él va a visitar a una de las chicas que ha salido a menearse al escenario. Le encantan las bailarinas de Pole Dance.

Cuando entro en el *parking* de mi edificio, estoy a punto de quedarme dormido conduciendo. Llego al ascensor y acerco mi reloj, es uno de los que tienen el acceso integrado en el mecanismo. Subo al ático y no me molesto en encender las luces, con las de cortesía me valen. Me quito la ropa y me meto en la cama solo con el calzoncillo. A pesar de que empieza a notarse el frío jamás lo sentiré, en casa me gusta el calor.

Un momento antes de dormirme, miro el tatuaje de un arcoíris que llevo en la muñeca, es demasiado femenino, sin embargo, me lo hice por una chica que conocí cuando era un adolescente y a la que no quiero olvidar. El recuerdo de ese día en el lago me hace sonreír antes de quedarme totalmente dormido.

#7

SI TROPIEZAS DOS VECES CON EL MISMO JEFE, PREGUNTA POR QUÉ

IRIDE

Bere y Sella están en la planta de arriba mientras termino de ajustar las sábanas de las habitaciones de la primera planta. Hace dos semanas que nos trasladamos a la clínica nueva y todavía no tenemos todo bien organizado. Este lugar es enorme. El edificio tiene tres plantas. Hay dos quirófanos, tres salas de UCI y más de veinte camas. El barrio no es el mejor, pero supongo que de esta forma se aseguran de que no venga la Policía demasiado por aquí.

—¿Has terminado? —pregunta Bere, asomando la cabeza por la puerta de la sala, y asiento.

—¿Comemos? —agrega Sella a su lado.

—Sí, me muero de hambre. ¿Qué teneis vosotras?

—Hoy he traído *rigatoni* carbonara —dice Sella mientras se engancha a mi brazo cuando salgo de la sala de camillas.

—Yo hoy voy con ensalada, necesito entrar en el traje de nochevieja —comenta Bere poco emocionada.

Sacamos la comida de la nevera y nos sentamos en la mesa redonda del centro después de calentarla. Todas vamos con nuestro uniforme blanco y seguramente todas acabemos con el mismo manchado porque, seamos sinceros, se nos da fatal esto de ser unas señoritas.

Para cuando hemos terminado, recogemos todo y nos ponemos con el café. Como buenas italianas, la cafetera que tenemos es de las

que muele el grano ahí mismo y lo tomamos solo. Ni siquiera echamos azúcar.

—¿Qué tal con tu chico? —le pregunto a Sella, y ella sonríe.

Lleva unas semanas viendo a Michael y nunca la he visto tan feliz.

—Pues queremos escaparnos este fin de semana al lago —contesta risueña.

Bere y yo nos miramos.

—¿Te estás enamorando? —me atrevo a preguntar.

—Claro que no —responde casi indignada—, es solo diversión sana. Ya sabes que nosotras no nos casamos por amor.

Bere me vuelve a mirar y ambas pensamos lo mismo: eso no se lo cree ni ella.

Con suerte, en cuanto descubra quién es la familia de Sella, huirá como lo han hecho todos los hombres de nuestra vida.

—Hola.

Las tres gritamos y la risa de Franco Neviani inunda la cocina. Ha sido el encargado de todo desde que esta clínica abrió y aparece casi todos los días. Alguna vez con Salvatore Berissi, pero nunca con el señor Cavalçanti.

—¿Alguien me prepara un café? —pregunta, poniendo esa cara de niño bueno que debe abrirle todas las puertas… Y las piernas.

—¿Ves tus codos? —le contesta Bere, y él los mira confundido—. Pues más abajo tienes las manos, úsalas y háztelo tú mismo.

Sella y yo nos reímos. Cuando lo conocimos, estábamos un poco asustadas, no, asustadas no, nunca nos han hecho sentir así ninguno de los hombres de Cavalçanti, más como precavidas. Pero ahora nos ha dado la confianza de poder hablar con él de esta manera sin que haya consecuencias por una posible falta de respeto. Bere es la que más lo mantiene a raya.

—¿Ves mis manos? —inquiere de vuelta—. Pues más abajo tengo mi…

—Si acabas esa frase, te sedaremos y te la cortaremos —le amenaza Bere mientras Sella y yo asentimos, tratando de no reírnos.

—¿Dónde está el doctor Rossi? —pregunta Franco, haciéndose el café.

—En la sala dos, ha llegado un niño con un buen chichón —le contesto.

Viendo que la clínica era demasiado grande como para solo usarla en casos de emergencia mafiosa, le propuse a Franco que las familias del Outfit pudieran hacer uso de ella. Por lo que sé, han montado algo así como un seguro privado y se están desgravando impuestos. El cómo lo han logrado en tan poco tiempo prefiero no saberlo.

—Carolo llegará por la tarde —añade Sella, y Franco sonríe.

Desde el primer día se ha metido con el médico por su nombre. Bere lo defiende y no sé yo si es que le gusta un poco. Hay que decir que está bueno. De esos que van al gimnasio y pueden tener una vida *fitness* en Instagram. Aunque, para mi gusto, es un poco serio y demasiado pesado con eso de contar carbohidratos. ¡Somos italianas! Los carbohidratos forman parte de nuestro ADN.

El teléfono de Franco suena y, como siempre, sale a contestarlo fuera del alcance de nuestros oídos.

—Es un idiota —se queja Bere en cuanto lo perdemos de vista.

—Es divertido —la refuto.

A Sella no le da tiempo a contestar porque Franco entra de nuevo.

—Van a llegar varios coches, heridos de bala, preparadlo todo —nos ordena, y las tres volamos hacia la sala de curas.

No nos ha dicho nada más así que no sabemos cómo de grave es la cosa. En menos de cinco minutos tenemos todo listo y salimos a la entrada de ambulancias para recibirlos, tenemos preparadas varias camillas y Carolo ya está de camino para ayudar al doctor Rossi. No queda nadie en la sala en la que se atiende con seguro médico. No quieren testigos, por mucho que pertenezcan a nuestro mundo.

—Ahí están —murmura Franco cuando vemos el primer coche entrar por la calle.

Viene seguido de dos más. Los tres van como alma que lleva el diablo.

El primero que para es conducido por Tiero Cavalçanti. Se baja y yo abro la puerta de atrás, sobre el asiento está Salvatore Berissi, su segundo al mano.

—¿Qué ha pasado? —pregunto sin esperar a que me contesten más allá de lo imprescindible.

—Tengo un disparo en el hombro —dice Berissi.

Siento la presencia del señor Cavalçanti a mi lado y, después de examinarlo, le pido que me ayude a sacarlo.

—¡Iride! —escucho mi nombre, Bere me llama desde el tercer coche—. ¡Es tu hermano!

El mundo bajo mis pies se tambalea.

—Llévalo dentro —le ordeno al jefe de jefes sin pararme a pensar demasiado en ello.

Corro hacia donde está mi amiga, rezando por que mi hermano esté todo lo bien que se puede estar en estos casos.

Al llegar lo veo tendido, blanco, sujetando algo contra su costado. Mierda.

—Nos pillaron desprevenidos —me explica como si necesitara saberlo—. No hemos podido hacer nada.

—Tranquilo, yo me encargo, ¿sí? Vas a estar bien.

Necesito que lo esté.

Me levanto mientras busco con la mirada quien pueda ayudarme a sacarlo y colocarlo en la camilla que Bere ha acercado al coche. Mis ojos se cruzan con los del señor Cavalçanti al mismo tiempo que un chirrido de ruedas se escucha y, antes de que pueda procesarlo, una lluvia de balas cae sobre nosotros.

Nota 7

UNA CHICA LISTA EN UN MUNDO DE IDIOTAS. MALA COMBINACIÓN

TIERO

Saco mi arma y me agacho sin perder de vista donde acabo de ver a Iride. Franco está a mi lado y Salvatore también ha salido, el hombro herido es el izquierdo, así que no hay mayor problema para apuntar y disparar.

El coche desde el que nos disparan se ha detenido enfrente y sus ocupantes ahora están ocultos, enviando ráfagas de balas mientras trato de llegar al tercer coche. Uno de mis soldados está en el suelo, tumbado boca abajo. Iride forcejea tratando de sacar a su hermano del coche, su amiga la ayuda, pero es un tipo demasiado grande.

—Id dentro —les ordeno, y la mirada que me da la ladrona de besos me dice que no tiene intención de hacerme caso.

—No lo voy a dejar —me aclara por si tenía alguna duda.

—Os cubro —dice Franco, que ha llegado a mi lado y trata de que la chica, Berenice si no me equivoco, se ponga a cubierto.

Salvatore sigue disparando desde su posición junto con mis soldados para ofrecernos fuego de cobertura. En breve llegarán más de mis hombres, hasta entonces, deberíamos aguantar.

—No nos vamos sin él —insiste Iride, y su amiga asiente.

—Joder —gruño, y miro a Franco, que entiende la situación.

Asiente y comienza a disparar mientras trato de sacar al hermano de Iride del coche. Lo logro y lo coloco en la camilla que hay a

nuestro lado. El chico ha perdido el conocimiento. Eso o está muerto.

Las cubro para que vuelvan a entrar al edificio. Por lo que escucho, solo quedan un par de tiradores.

—¿Y nuestros hombres? —pregunto a Salvatore, que está a mi lado.

—En dos minutos los tenemos aquí.

—Quiero a uno vivo al menos. —Asiente porque sé que él también quiere su parte de diversión.

Un movimiento a mi derecha hace que me gire, apuntando, y veo a Iride salir de nuevo con la camilla en dirección al soldado boca abajo. La agarro del brazo y la meto detrás de mí.

—¿Dónde cojones te crees que vas?

—No se deja a nadie atrás —contesta cabreada, y se suelta de un tirón.

Llega hasta el hombre mientras Salvatore, Franco y yo seguimos disparando.

Hay un alto el fuego y me doy cuenta de que hemos debido acabar con todos porque ya no hay balas viniendo hacia nosotros.

—Voy a revisar —dice Franco mientras Salvatore se apoya en la pared y se desliza hasta estar sentado. Está muy pálido.

—¡Si te digo que te quedes dentro, te quedas dentro! —le grito mientras ayudo a colocar el cuerpo del soldado.

—Tiene pulso —murmura, tocando su cuello e ignorándome—. Es una suerte que no me dijeras que lo hiciera.

Lo dice mirándome a los ojos mientras recoge y coloca el arma del soldado en una bandeja debajo de la camilla. Creo que a esta chica la han enseñado bien: no dejar rastro, una de las principales normas del Outfit.

—Tú y yo vamos a hablar —le aseguro, y ella empieza a empujar, pero se atasca.

Respira hondo y se agacha para ver qué ocurre. Un instante después, vuelve a ponerse de pie, con un arma en la mano y apuntando en mi dirección, a mi pecho.

—¡Agáchate! —grita, y lo hago un segundo antes de que dispare.

Me giro y un tipo cae de rodillas. Franco le pega un tiro en la nuca un momento después.

La miro, aún tratando de asimilar lo que ha ocurrido, mientras ella coloca el arma de nuevo en la bandeja inferior de la camilla.

—Aparta o este no sobrevive.

Le hago caso mientras veo un par de coches de mis hombres llegar hasta donde estamos. Cuando Enrico se baja, voy directo hacia él.

—Como uno de mis capos, deberías haber llegado antes, ¿qué cojones estabas haciendo?

—Estábamos en…

—Sigue hablando y te pego un tiro aquí mismo —lo amenazo, poniendo mi arma en su sien.

El idiota se queda callado y yo trato de respirar muy hondo para no cargármelo. Es amigo de mi hermanastro y un imbécil total, pero también es el hijo de alguien a quien prefiero tener de mi lado. Por eso, y solo por eso, sigue con vida.

Vuelvo dentro y veo que Berenice está cosiendo a Salvatore con Franco respirándole encima del hombro.

—¿Necesitas algo? —le pregunto, y ella mira a Franco cabreada.

—Ata a tu perro —contesta enfadada, y me hace sonreír.

—Franco, sal, déjala trabajar, ¿todo bien?

Esta vez la pregunta es para mi amigo.

—Sí, solo necesito descansar un poco, he perdido algo de sangre.

—Algo de sangre es lo que te queda —murmura la enfermera, y entiendo que sea amiga de Iride, parecen ser mujeres de carácter.

Voy hacia la sala para que alguien me dé el parte de cómo está la cosa. El doctor Rossi sale de quirófano y viene hasta mí.

—El chico se va a salvar, aunque el otro no lo tengo tan claro.

Miro por encima del hombro y veo que con «chico» se refiere al hermano de Iride. Siento cierto alivio de que no tenga que enterrarlo, al menos de momento.

La otra amiga y enfermera sale de quirófano empujando la camilla. Pasa entre nosotros y miro a mi alrededor.

—Está en el otro quirófano, con el doctor Cabezabolo —me cuenta Franco.

Me conoce demasiado bien.

—Se llama Carolo Bonifacci, no Cabezabolo.

Mi amigo se encoge de hombros y sonrío. Incluso en estas situaciones, Franco no es capaz de ponerse serio.

Nos asomamos al quirófano para ver cómo va la cosa, aunque no tengo ni idea de medicina y Franco mucho menos. Veo al médico sacar una bala y a Iride ayudarle con la sutura. También ella controla las constantes y vigila la anestesia.

—Joder, esta mujer sabe hacer de todo —murmuro.

Franco se gira y me mira con una sonrisa de medio lado.

—¿Qué? —le pregunto, sin entender a qué viene su cara.

—Es la primera vez que la llamas «mujer».

Me quedo pensativo y creo que tiene razón. Hasta el momento siempre he pensado en ella como una chica, pero después de ver cómo corría entre las balas, cómo disparaba a un hombre salvándome la vida y que ahora está ahí dentro haciendo lo mismo con uno de mis soldados, definitivamente no puedo verla como a una chica. Es una mujer.

Me giro y la observo de nuevo, viendo cómo la niña que me robó un beso se ha convertido en mujer delante de mis ojos.

Joder, no creo que esto acabe bien.

#8

NO PROVOQUES… SALVO QUE NECESITES UNA RESPUESTA

IRIDE

Michael, el novio de Sella, nos invita a un chocolate caliente con nubes, y ya solo con eso se ha ganado a Bere. También a mí.

Es un chico simpático, de esos que llaman Golden Retriever en los libros. Siempre atento, le trae flores y se le ve en los ojos que ya está enamorado. Y parece ser que Sella también, lo que me preocupa porque no creo que tarde en estar comprometida con otro. A menos que yo logre casarme con el jefe de jefes y pueda hacer algo por ella.

Suelto un suspiro porque ¿a quién quiero engañar? Casarme con el jefe de jefes es igual de probable que posar para que hagan una réplica mía para sustituir la Estatua de la Libertad.

—¿Suspiráis, princesa? —inquiere Bere divertida.

—No, me quedo.

Las tres nos reímos por las tonterías que suelto de vez en cuando mientras Michael trata de pillar la broma. A ver, he dicho que es majo, pero listo, listo, pues digamos que no llegó entre los diez primeros espermas.

—¿Ya tenéis todo preparado para la fiesta de esta noche? —les pregunto, y las dos asienten.

—Qué pena no poder ir —se queja Michael, y Sella apoya la cabeza en su hombro.

—Es solo para la familia —suelta Bere.

Sella se nos queda mirando y sé que va a soltar una bomba.

—Él ya sabe todo —medio susurra.

Me cuesta un momento entenderlo, Bere es más rápida que yo.

—Define todo.

—Que somos parte del Outfit —aclara Sella, y creo que me dan como tres infartos.

A ver, que no es un secreto, que si alguien indaga un poco lo va a saber, pero una cosa es averiguarlo por rumores y otra que una persona te confirme que pertenece a una organización criminal.

—¿Estás loca? —le pregunto directamente.

Ahora mismo no tengo tiempo de pensar en los sentimientos de Michael.

—La quiero, me da igual de dónde venga —dice él, tratando de mediar entre nosotras.

—Quédate fuera de esto —le pido, y parece que no le gusta, lo cual me importa más bien nada.

—¿Por qué se lo has dicho? —tantea Bere.

—Porque nos queremos, esto es algo serio y voy a tratar de que pertenezca al Outfit —contesta con total tranquilidad.

Creo que ahora mismo voy a volverme loca. Si no fuera porque estamos en un lugar público, le gritaría lo idiota que es.

—¿Cómo vas a hacer eso? —la interrogo, tratando de entender en qué momento mi amiga se ha vuelto gilipollas.

No es que sea algo que no haya pasado antes, pero son casos muy puntuales, que siempre llegan de hombres que están jodidos de la cabeza y que normalmente acaban muertos. Jamás porque una mujer proponga a un soldado lo han aceptado. Es que ni siquiera conozco que se haya dado el caso de plantearlo.

—Él está solo, no tiene familia y podríamos ser la suya —contesta como si eso solucionara todo.

El Golden Retriever que tiene al lado le besa la mano y ella sonríe. Madre mía, esto se nos ha ido de las manos.

—¿Y si se cansa de ti? ¿O tú de él? —interviene Bere, y yo hago un gesto con las manos para que vea que estoy pensando en la misma cuestión.

—Eso no va a pasar, nos amamos de verdad.

Joder, alguien le ha lavado el cerebro a mi amiga y lo ha cagado, porque esto no es normal.

—Lleváis como treinta segundos juntos —digo, tratando de que entiendan que es bonito eso del amor, pero que no pueden hablar de un «para toda la vida» cuando yo he pasado más tiempo haciendo tartas de manzana que ellos conociéndose.

—Iride, tú puedes pensar que casarte sin amor con el Don es lo mejor de tu vida, pero yo quiero algo más, quiero sentir, quiero esas mariposas en mi estómago y lo quiero a él.

Dicho esto, se levanta y se va. Michael la sigue como el buen perrito que es.

—No duraría ni un día —murmura Bere, mirándolos salir de la cafetería.

—¿Y si hace alguna estupidez? —me preocupo.

—Es Sella, es intensa, pero entrará en razón. En cuanto vea que no es posible la relación, se empezará a enfriar.

Miro hacia la puerta y rezo porque así sea. Es triste que lo que ha dicho sea verdad, que para mí lo mejor que puedo hacer en la vida es casarme con el jefe de jefes, pero en mi caso no tengo intención de enamorarme, no creo en los cuentos de hadas, así que soy práctica. Ya que voy a tener que formar una familia, al menos que sea con alguien que puede ayudar a mis padres a mejorar.

—¿No te parece que hemos ascendido algo así como de categoría desde que trabajamos en la clínica? —Cambia de tema Bere, y dejo que lo haga porque el anterior tampoco da para más.

—¿A qué te refieres?

—A la fiesta de esta noche. Normalmente no estaríamos invitadas, no vivimos en el barrio de la gente a la que invitan.

—No me había parado a pensarlo, pero tienes razón. Últimamente mamá ha sido invitada a eventos a los que antes no —comento pensativa.

—¿Será porque el señor Cavalçanti se ha fijado en ti?

—Ojalá, pero no, ni siquiera ha preguntado por Lorenzo.

Hace tres días que estuvimos en medio de la lluvia de balas y mi hermano casi no lo cuenta. Por suerte, solo necesita reposo para curar bien.

—¿No te dio miedo usar el arma? —pregunta Bere, tratando de que confiese que me siento mal por herir a un hombre.

Pero la verdad es que no, en ese instante ni siquiera lo pensé. No es que sepa disparar ni nada de eso. Mi padre me ha llevado algunas veces a aprender a manejar una pistola, pero solo por si en algún momento necesitaba hacer uso de ella. En casa tenemos varias escondidas. Nada más allá de eso. Me siento rara por no volverme loca por ello, sin embargo, no siento nada, es como si eso no fuera más reseñable que el hecho de que un día llueva en otoño.

Mi respuesta es encogerme de hombros. Bere quería estudiar Psicología, pero lo máximo que consiguió es ser enfermera porque es algo que les viene bien en el Outfit.

Terminamos el chocolate y miro el móvil antes de ponerme la chaqueta. No me gusta que Sella se haya ido enfadada, supongo que debería haber planteado las cosas de otra manera. Bueno, esta noche lo hablaremos.

—Oh, no, lo siento, Iride —dice Bere a mi lado en un tono triste mientras me enseña la pantalla de su móvil y el grupo que tenemos de cotilleos del Outfit.

Mientras lo leo, Bere me lo dice en voz alta:

—Tiero Cavalçanti se ha comprometido con una italiana.

Nota 8

NO SÉ CUÁNDO DEJÓ DE PARECERME UNA NIÑA

TIERO

Termino de ajustarme la pajarita delante del espejo de casa de mi madre. Ella y su marido están de viaje y he tenido que venir a echar un ojo a un par de documentos de mi padre. A pesar de que hace años que murió, no he movido nada de su despacho, prefiero venir a consultarlo aquí y, por un rato, sentir que todavía podría entrar por la puerta.

—El grupo de WhatsApp está que arde —entra diciendo Franco, seguido de Salvatore.

—Me parece increíble que hayas aceptado la propuesta de matrimonio —declara Giulia, entrando después de su marido y dándome un beso en la mejilla—. Hola, ven, déjame que te ayude.

Me giro para que me coloque bien este elemento de tortura mientras Salvatore y Franco leen el chat de grupo en el que está metido Franco, infiltrado como si fuera una mujer más.

—¿Era necesario que soltaras la bomba por mensaje? —me quejo, y mi amigo sonríe.

Franco es una vieja del visillo atrapada en el cuerpo de un asesino.

—Definitivamente sí, necesito algo divertido esta noche o moriré de aburrimiento —contesta el cabrón.

Me está usando para ser el payaso de su circo.

—Me parece increíble que te hayas comprometido —murmura Salvatore, mirándome, y necesito todo de mí para no ir a por mi hermanastro y matarlo.

Porque sí, es por su culpa que yo estoy en esta mierda. Mi madre me llamó llorando hace menos de veinticuatro horas, pidiéndome ayuda porque Angelo había matado a la persona equivocada. Y, para hacer corta la historia, pues me he tenido que comprometer con la hija de Rossetti y así evitar una puta guerra que traería consecuencias desastrosas para mi negocio. Joder.

—Bueno, estoy comprometido, pero no casado, voy a buscar la forma de librarme de esta mierda —les aclaro, aunque ya lo saben.

Me conocen demasiado como para pensar que me voy a conformar con casarme por obligación. Y menos con una mujer a la que he visto por primera vez en una foto de móvil después de aceptar el contrato matrimonial.

—¿Para qué es lo de esta noche? —inquiere Franco mientras envía *emojis* al grupo de WhatsApp de mujeres del Outfit en el que está infiltrado.

—Es una gala benéfica para recaudar fondos para los manatíes y sus crías en época de apareamiento —le contesta Giulia.

—¿Por qué cojones nos importa dónde meten la polla los manatíes? —pregunto, y todos se ríen.

—Esta es la excusa —aclara Giulia—. La verdad es que Valentino va a sacar colección nueva y vamos a ver vestidos y zapatos que aún no están en tienda, pero sí que las mujeres más influyentes han conseguido antes que nadie.

—¿Tú vestido es Valentino? —duda Salvatore, y ella niega.

—Mi vestido es de una tienda del sur de Chicago, una mujer los hace a medida.

—Pues dile a la mujer que te ha dejado preciosa —comento sonriendo, y Salvatore me da un puñetazo en el hombro haciéndose daño en el suyo, que todavía se resiente por la bala.

—Ella es preciosa siempre —me corrige.

—Me voy a ir adelantando, necesitaban ayuda con una cosa del *catering* y me ofrecí, nos vemos allí —se despide Giulia.

Le da un beso a Salvatore y se larga mientras Franco le pone los morritos por si también lo besa. Lo único que consigue es que Salvatore le dé una colleja.

—Parece que todo bien, ¿no? —pregunto una vez que estamos solos.

—Sí y no —contesta Salvatore—. Sigue estando rara cuando estamos solos.

—Seguro que son imaginaciones tuyas —interviene Franco—. Si se ha podido resistir a este caramelito que soy, seguro que no hay otro.

Salvatore y yo rodamos los ojos. Espero de verdad que no lo esté engañando, eso hundiría a mi amigo en un pozo del que no tengo claro que pudiera salir.

—Vayamos a la fiesta —comento, y los tres salimos hacia el lugar donde se celebra.

Cuando llegamos, el lugar ya está lleno. El aparcacoches se lleva una buena propina. No es que sea de esos que mueren por sus coches, pero no me gusta que los jodan por ser torpes.

Subimos las escaleras que dan al gran hotel y nos dirigimos a la sala. Cuando entramos, todos se van girando a nuestro paso. Saludo a varios hombres y miro a mi alrededor. La decoración es de buen gusto. Recargada, por supuesto. Hay un montón de fotos gigantes de manatíes alrededor de las mesas donde fluye champán de cuatrocientos dólares la botella. Todo es luminoso y veo corros de mujeres alabando el buen gusto por la ropa que llevan o preguntando si lo que visten es de la colección nueva de Valentino. Miro a Salvatore, recordando a su mujer, y ambos sonreímos.

Paso la velada firmando cheques, anotando cantidades para subastas silenciosas y esperando a que termine esto pronto. De momento nadie ha preguntado por mi compromiso; aunque es un secreto a voces, yo no lo he anunciado formalmente y saben que deben mantenerse al margen hasta que lo haga.

Llegado un momento, me duele tanto la cabeza que decido que me largo sin despedirme. Aviso a Franco y a Salvatore y salgo por la parte trasera de la sala. Atravieso unas cocinas que están terminando de limpiarse y nadie me impide el paso. Básicamente porque este lugar es mío.

Cuando por fin salgo al aparcamiento, busco mi coche en la zona en la que suelen dejarlo cuando vengo aquí. Está algo oscuro, necesito hablar con el de mantenimiento para que cambie las putas

bombillas. No puedo tener un hotel de seiscientos dólares la noche y que las farolas del aparcamiento titilen o directamente no funcionen.

—*Mierda, las llaves las tiene el aparcacoches* —escucho una voz femenina y me doy cuenta de que estoy en la misma situación.

—*Esta noche va de mal en peor* —se queja otra mujer, y reconozco quién es enseguida.

La ladrona de besos.

Sonrío y me meto tras una pared para poder escuchar sin ser visto.

—*Aún no puedo creerme que Sella no haya venido, ni siquiera nos contesta los mensajes* —continua Berenice, ahora que la veo mejor desde donde estoy.

—*Está enamorada* —contesta Iride con sorna—. *En serio, espero que la cosa no vaya a más porque dudo que el señor Cavalçanti acepte a su novio en el Outfit.*

Interesante.

—*Hablando de él, ¿qué vas a hacer ahora que se casa con otra?*

Frunzo el ceño, confundido por lo que acabo de oír, ¿qué más le da que me case?

—*Pues está claro que escribir una guía de cómo conquistar a un mafioso no.* —Se ríe—*. Bueno, buscaré a otro, puede que Franco sea una opción.*

—*Ese es idiota, de verdad, descártalo* —se burla Berenice.

Esto no tiene ningún sentido.

—*Necesito casarme, y hacerlo bien, no quiero a mi padre jubilado como soldado y que mi hermano se quede en ese puesto toda la vida. Es peligroso.*

Me he informado y el chico está bien, aunque entiendo lo que dice, los soldados son los primeros en caer.

Espera, ahora lo entiendo, tenía la idea de casarse conmigo para que su familia ascendiera en el Outfit. Tengo que contener una carcajada porque, de verdad, si las veces que nos hemos visto ha intentado hacerlo, es una conquistadora pésima.

—*Menuda rozadura llevas en los pies. Quédate aquí, ya voy yo a por las llaves* —dice Berenice.

Veo que la chica con curvas desaparece y me acerco hasta donde está Iride, apoyada en el maletero de un suburban.

—Buenas noches —le digo a la vez que ella da un grito.

—Joder, ¿quieres matarme de un susto? —me gruñe, y la miro divertido, metiendo mis manos en los bolsillos del pantalón.

—Para nada, no me gustaría quedarme viudo antes de tiempo.

#9

SI TE ACUSA DE LADRONA, DEVUÉLVELE LO ROBADO

IRIDE

Me cuesta unos momentos reaccionar a lo que acaba de decir y, cuando lo hago, veo que tiene una enorme sonrisa que dice que me está tomando el pelo.

—¿Cuánto has escuchado? —lo interrogo.

—Lo suficiente como para advertir a Franco de que tenga cuidado con su honra a tu alrededor.

—Eres imbécil —suelto, y me tapo la boca al instante—. Lo siento.

—No lo haces.

Lo dice en un tono casual, no enfadado, parece que me está dando la confianza que se requiere para este tipo de conversación, supongo que porque estamos solos, y yo la acepto.

—Pues no, no lo hago. Las conversaciones privadas son eso, privadas —trato de explicarle, enfadada.

—Pues entonces te voy a dar un consejo: si quieres tener una conversación privada, no la tengas en un aparcamiento en el que literalmente cualquier te puede oír sin ser visto.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que con lo alto que es no podría no haberlo visto. Reviso y veo una pared a unos metros. Me acerco, queriendo morir por las rozaduras que llevo en los pies con cada paso que doy, pero necesitando respuestas.

El señor Cavalçanti me sigue con las manos aún en sus bolsillos.

—¿De verdad estabas aquí escondido escuchando la conversación de dos mujeres? —pregunta, y la cara de «pillado» que pone me da la respuesta.

Se encoge de hombros y me enfurece.

—¿Por qué tanta necesidad de casarte? —inquiere como si tuviera derecho a hacerlo—. ¿Estudiaste solo para cazar a un mejor marido?

Lo que dice me hace gruñir, literalmente. Y no me avergüenzo de ello.

—Puede que, para ti, como jefe y hombre, el matrimonio sea solo un lugar donde meterla en caliente las noches que no te apetezca salir, pero para mí es la única manera que tengo de ayudar a mi familia.

—¿Y el amor?

—¿En serio me estás preguntado por el amor? Eso está bien para Disney, para los libros y las pelis o las series con vampiros. Seamos realistas, el amor es una putada y no tengo intención de que me suceda.

—Joder, no me lo esperaba.

—Claro que no, esperabas que, porque he intentado conquistarte, fuese porque estoy loca por tus huesos y no podría vivir sin ti. Y que esperaría junto al fuego de la chimenea cada noche para masajearte los pies y la polla después de un duro día de trabajo.

—Eso suena bien.

—Que te jodan, señor Cavalçanti —suelto más que furiosa.

Me mira con una intensidad que juro que veo llamas en sus ojos, pero no retrocedo; ya vale de tanta tontería machista en el mundo en el que vivimos.

—Si vas a mandarme a la mierda, lo menos que puedes hacer es llamarme Tiero, al fin y al cabo, ya me tuteas.

Me quedo pensativa y puede que tenga razón, siempre lo he llamado señor Cavalçanti, pero no tengo claro que el resto de mis palabras fueran acordes a su rango.

—¿Algo más, Tiero? —le pregunto, quitándome finalmente los zapatos. Si me va a asesinar por la falta de respeto, no quiero caminar el resto de mi eternidad como fantasma con estas torturas de diseño.

—Nada más, Ladrona de besos —se burla, y le gruño de nuevo.

—Yo no te he robado nada. —me defiendo.

—Oh, sí, lo hiciste, quizás yo también te robe algo para estar a la par —me amenaza divertido.

—Róbate una bici y te largas de aquí.

Una carcajada brota de su garganta y tiene que sujetarse a la pared tras la que me ha espiado para no caerse en unos matorrales.

—Eres divertida, Ladrona de besos.

No lo pienso, llego hasta él, me subo a un bloque de hormigón que hay a su lado y delimita la plaza de aparcamiento de la zona para los peatones y lo beso. Nada tierno ni dulce, ni siquiera hay lengua. Solo estampo mis labios contra los suyos al igual que pasó cuando me caí sobre él.

Siento una descarga eléctrica por todo mi cuerpo, nunca antes había notado algo así y mi corazón late tan rápido que podría reventar un tensiómetro ahora mismo.

—Ahí lo tienes —le digo, separándome algo aturdida por todo lo que he sentido en un instante—, el beso que te robé te lo he devuelto.

—¡Ya las tengo! —escucho a Bere a la vez que aparece por la esquina del aparcamiento.

Miro a Tiero, que está en el mismo sitio, con su pulgar rozando sus labios y una promesa en sus ojos que no sé si me asusta o me excita.

Voy hacia el coche de mi padre a esperar a que Bere llegue para cambiarme los zapatos e ignoro deliberadamente a Tiero.

Para cuando llega mi amiga estoy sola en el *parking*, y si no fuera por el hormigueo de mis labios pensaría que lo acaba de ocurrir lo he soñado.

¿En qué demonios estaba pensando?

Nota 9

¿ME LO HA DEVUELTO O ME HA ROBADO OTRO?

TIERO

Llevo tres putos días pensando en el beso que me dio Iride: Fue torpe y sin gracia, sin embargo, una corriente eléctrica atravesó mi cuerpo, como si me hubiera alcanzado un rayo. Y eso es algo que no me ha sucedido jamás.

¿Qué cojones me pasa? Es una cría, debería sentirme un pederasta por besar a una niña. Sin embargo, desde que la vi disparar a ese hombre algo ha cambiado en mi forma de mirarla.

Cojo el puño americano negro y me lo coloco en la mano derecha. Sin aviso, le doy un puñetazo al tipo que tengo atado en la silla delante de mí.

—Bien, empecemos de nuevo, ¿Quién ordenó el ataque a mis hombres? —le pregunto al tipo, que ahora mismo apenas puede respirar porque tiene su nariz rota y hundida.

Es uno de los cabecillas del tiroteo en la clínica, sin embargo, este tipo no es a quien busco, sé que tiene un jefe y ese es a quien quiero descuartizar.

—No va a hablar, putas ratas leales —se queja Franco, que está sentado en la mesa donde tengo el instrumental de tortura mientras se mensajea como una adolescente.

—¿Se puede saber con quién hablas? —pregunto, dándole otro puñetazo y rompiendo la piel del pómulo del deshecho humano que tengo aquí.

—Con Bere. Estoy sacándola de quicio, me encanta hacerlo.

Frunzo el ceño porque el hecho de que él esté mensajeándose con una mujer creo que no ha pasado jamás, a menos que se la quisiera follar y preparara el terreno, o lo hubiera hecho ya y estuviera despidiéndose del terreno.

—¿Te las has follado? —le pregunto abiertamente, y él hace una mueca, como si le hubiera preguntado si mete su polla en la tarta de manzana recién hecha.

—No, y no tengo intención de que eso ocurra. Somos amigos.

—Amigos —repito incrédulo.

—Sí, eso que son dos adultos con la ropa puesta.

—Tú no tienes amigas.

—Por lo visto, ahora sí.

—¿Te interesa? —insisto.

—No, a ver, es muy maja, pero no es mi tipo, si sabes a lo que me refiero.

Lo sé, su tipo son de las que no comen más de una vez a la semana y tienen las tetas recauchutadas.

Mejor, no me gustaría enfadar a Iride. Joder, ¿qué me importa a mí que se enfade?

Vuelvo a lo que estoy haciendo y cojo uno de mis cuchillos favoritos. Esta vez comienzo a rasgar el párpado y el tipo grita como un gorrino en matanza. No me detengo, la imagen de Iride de pie, apuntando con un arma y después salvándome la vida se mete en mi cabeza, seguida de otra en la que es herida en el fuego cruzado, y el solo imaginármelo hace que le clave el cuchillo en el ojo.

—Tiero, eres un torturador horrible, te lo has cargado —comenta Franco en tono de burla mientras de un saltito se baja y llega hasta donde estoy.

—No iba a decir nada y tengo prisa. Sofía llega en una hora.

—Ah, sí, la futura señora Cavalçanti viene a conocer su reino —dice divertido, y cojo otro cuchillo para lanzárselo, pero me conoce y sale de la sala riéndose.

Salgo de allí y voy a la habitación que tengo aún en casa de mi madre. Me guardo aquí algunos trajes. Cuando entro, mi hermanastro está sentado en la cama y directamente saco mi arma

y le pego un tiro, solo que el muy cabrón me ha visto y se ha levantado a tiempo.

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre, irrumpiendo al oír el disparo.

—Sácalo de aquí, te lo dije, no lo quiero ver. Cuando yo esté en casa, que se esconda porque tengo una bala con su nombre —gruño, tratando de no alterarme demasiado y faltarle el respeto a mi madre en el proceso.

—Tiero —murmura mi madre, y la mirada que le doy le deja claro que no estoy de broma.

—Algún día vas a caer —farfulla Angelo sin tener los huevos de decírmelo a la cara.

—Seguramente, pero antes de eso te habré enterrado. Recuérdalo.

Mi madre lo saca antes de que me olvide de la promesa que le hice y me lo lleve por delante.

Voy a la ducha para quitarme los restos del tipo al que acabo de asesinar; es de mal gusto conocer a tu prometida manchado de la sangre de otro.

Prometida, me parece mentira, joder, qué puta situación de mierda.

Sinceramente, esperaba un compromiso largo en el que no tuviera ni que conocerla, pero por lo visto a la princesa de la mafia le apetecía viajar y ahora la tengo alojada en casa de mi madre hasta que a ella le apetezca.

Bajo cuando me avisan de que ha llegado y me dirijo hacia la sala. Allí sé que mi madre ha preparado un almuerzo y puedo escuchar que ya están conversando con un tono amigable.

Si hay algo que quiere en la vida mi madre es tener niños correteando por la casa y que la llamen *nonna*.

—Buenos días —saludo al entrar, y mi prometida se levanta del sofá mientras que mi madre se queda sentada.

Miro a Sofía Rossetti por primera vez en persona y he de reconocer que es una mujer hermosa. De esas a las que se les nota la clase y con una belleza que no pasa de moda ni es gracias a un bisturí.

—Hola —me saluda tendiendo su mano, y yo la beso.

Puedo ser un imbécil, pero mi madre me ha educado bien.

—Espero que hayas tenido un buen viaje.

—Sí, he estado leyendo todo el camino, así que se me ha hecho relativamente corto.

Noto movimiento a mi derecha y cuando me giro veo a un hombre un poco más bajo que yo, pero mucho más ancho. Armario empotrado de tres puertas podría llamarlo. Lleva un pinganillo de esos en la oreja y me mira como si le debiera dinero.

—Él es Piero, mi guardaespaldas —me presenta Sofía, y asiento.

—Le estaba contando acerca de la clínica que habéis abierto, que no solo es para nuestros soldados, sino que también la pueden usar las familias como un servicio médico privado —me comenta mi madre.

La imagen de Iride me viene a la mente, más en concreto el momento en que se sube a un bloque de hormigón y estampa sus labios contra los míos.

—Sí, fue idea de una de las enfermeras que trabajan allí. Ahora, gracias a ella, el Outfit tiene una nueva fuente de ingresos legal y muy lucrativa —le explico, y Sofía sonríe tímidamente.

Lleva un vestido ajustado, de esos que la hacen parecer una estrella de cine antiguo y con el cual se ha de sentar un poco ladeada porque no le permite mucho más movimiento.

—Me encantaría conocer el lugar, siempre he querido ser enfermera, pero en mi caso no era posible —nos cuenta con naturalidad.

La hija de un soldado puede darse el lujo de estudiar, la hija del capo solo puede esperar a que otros decidan su futuro. Si alguna vez tengo una hija, ni de puta coña la voy a educar para que otros tomen las riendas de su vida. Es un sistema arcaico que voy a erradicar, pero eso lleva años, y tanto Franco como Salvatore como yo sabemos que los de la vieja escuela deben morir para que podamos educar a las nuevas generaciones en ese aspecto.

—Pues no se diga más, después de comer nos pasaremos por allí, ¿qué te parece? —me pregunta mi madre, y sonrío.

—Una idea magnifica —contesto mientras pienso en lo divertido que va a ser que mi ladrona de besos conozca a mi prometida.

#10

SONRÍE PRIMERO, ENTIENDE DESPUÉS

IRIDE

Sella sigue sin hablarnos y esto es cada vez más incómodo, teniendo en cuenta que trabajamos juntas.

Tengo a Carolo rondando por la clínica. Según Bere, quiere algo conmigo, pero me da igual, no me interesa ni me atrae.

Reviso que todos los pacientes que tenemos ahora mismo estén bien atendidos y miro la hora. Solo llevo cincuenta y siete minutos de mi jornada. Hoy va a ser un día largo.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta Carolo, acercándose demasiado para mi gusto.

Huele a *aftershave*, pero no de esos que salen en los libros, sino al de Old Spice cutre que venden en el súper.

—No, está todo controlado.

—Quizás puedas ayudarme entonces en la consulta —me sugiere, y cada vez es más evidente su intento de coqueteo.

Y digo «intento» porque empieza a resultar patético. Lo intentó con Bere y no dudo que con Sella también. ¿Por qué un hombre ve un uniforme de enfermera y se le pone dura al instante?

—Hoy le toca a Bere, le encanta estar contigo en consulta —suelto, y me apunto regalarle a mi amiga una caja de bombones por lanzarla a los lobos.

Pero es que ahora mismo no tengo la cabeza para mucho. Bueno, desde hace tres días no la tengo, y es que ese beso que le devolví…

—Hola, doctor Cabezabolo —escucho tras de mí, y sonrío.

Franco aparece y el médico se retira, alegando que tiene pacientes que atender.

—No deberías llamarlo así, es ofensivo.

—Oye, que fueron sus padres lo que empezaron poniéndole ese nombre tan feo. Si no querían hijos, que no los hubieran tenido. Además, los insultos son como el semen —suelta, y me deja con el cerebro frito tratando de entenderlo—: es mejor a la cara.

Las ocurrencias de Franco me hacen reír.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunto mientras recojo algunas sábanas para mandar a lavar.

—Soy la avanzadilla, el jefe viene en un rato a hacer una especie de visita oficial y quería asegurarme de que por aquí está todo bien.

—Y que no haya nada que pueda avergonzar al gran jefe, ¿no?

Asiente y ruedo los ojos.

Siento los nervios en mi estómago al darme cuenta de que nos vamos a volver a ver después de mi arrebato besucón y me tropiezo con la pata de una silla. Casi me caigo de bruces si no llega a ser porque Franco me sujeta del brazo a tiempo.

—Deja de acosar a mi amiga —le gruñe Bere desde la puerta y, acto seguido, desaparece.

Franco va detrás de ella.

Esos dos son como el perro y el gato, no pueden estar sin molestarse el uno al otro.

Decido revisar todo para que Tiero no pueda decir que la clínica no está impecable. También lo hago para mantenerme distraída porque ahora mismo, si me paro a pensar que va a venir, me tiembla la mano.

Hay dos celadores que nos ayudan y que se van turnando, ambos son de mi barrio, de la edad de mi hermano, pero ninguno se ha interesado por ser soldado, sino que han aportado al Outfit de esta manera.

Casi una hora después, escucho de uno de ellos que Tiero ha llegado y no lo hace solo. Junto a él van su madre y otra mujer. Supongo que será alguna de sus primas, tiene un montón por lo que me dijo mi *nonna* una vez.

Bajo a la zona de boxes y me distraigo colocando botes de medicación por orden alfabético. Después de media hora, me queda claro que no van a venir aquí, seguramente esté enseñándole los quirófanos que son de última generación, así que me relajo. Y me escondo un poco más, yendo a la sala de curas que hay detrás.

Sí, puede que sea un poco cobarde de mi parte hacer eso, pero es que no me apetece tener que pasar la vergüenza de mirarlo a los ojos. Mejor hacer como que el elefante rosa de la habitación no está.

—Y esta es la sala de curas —escucho a Franco a mis espaldas mientras entran unas cuantas personas hasta donde estoy.

Mierda.

Me giro y sonrío como toda una profesional, sin mirarlo a los ojos, por supuesto.

—Hola —saludo con educación.

—Tú me suenas —murmura la madre de Tiero, y espero que no se acuerde de que insulté su forma de criarlo.

—Sí, madre, ella es la ladrona de…

—De tartas —corto a Tiero, y juro que, si no fuera el jefe, ahora mismo lo estrangularía.

Franco y él sonríen porque saben perfectamente de qué va todo esto, ¿le ha contado a su amigo mi momento de locura?

—¿De tartas? —pregunta una mujer que podría ser hermana de Isabella Rosellini.

—Sí, de niña, pero ya no lo hago —me excuso, tratando de que no se note la mentira.

—Qué divertido. —Sonríe la chica con dulzura—. Soy Sofía Rosetti —se presenta—, la prometida de Tiero Cavalçanti.

Oh, mierda, tierra trágame.

Nota 10

ESA SONRISA FUE LA ADVERTENCIA QUE NO SUPE LEER

TIERO

Doy un paso atrás para que no vean la sonrisa que tengo ahora en la cara, a diferencia de Iride, que ha pintado una en la suya, pero sus ojos dicen que quiere que se abra la tierra, se la trague y la escupa en Asia.

—Encantada, yo soy Iride Mascherano, una de las enfermeras del lugar —se presenta.

—Iride os acompañará a dar un paseo por la clínica, nadie mejor que ella para enseñárosla, ¿verdad? —suelto, y si pudiera matarme, sé que ahora mismo lo estaría haciendo.

En cambio, yo disfruto de presionarla solo para que mi cabeza deje de dar vueltas sobre el beso que me robó, o el que me devolvió. Aún no lo tengo claro.

—Yo también voy —dice Franco—, no quiero que el doctor Cabezabolo las pille desprevenidas.

Mi madre y mi prometida se ríen. «Mi prometida», suena demasiado extraño, supongo que tendré que acostumbrarme hasta que encuentre la forma de salir de esta.

—Más te vale que avises antes de entrar a la consulta o Bere tendrá tus pelotas en una mano —le advierte Iride, y se tapa la boca de golpe al darse cuenta de sus palabras—. Lo siento, normalmente no soy tan…

—Soez —se burla Franco con retintín, y ella lo fulmina con la mirada.

—Sincera —concluye, y es mi turno de sonreír de nuevo—. Pero sí, estaré encantada de mostraros todo.

Deja que Franco las guie y yo me quedo rezagado, esperando a que se mueva. Observo a Piero, el guardaespaldas de mi prometida. No le quita ojo a Iride y no me gusta la forma en que la mira. Tampoco que se tome la libertad de poner la mano en la espalda baja de Sofía ni que lo haga con tanta familiaridad, dejándome ver que no es la primera vez que la toca.

—¿Vienes? —pregunta Iride sosteniendo la puerta para mí, y niego con la cabeza.

—Me da miedo que me lleves a un lugar a oscuras y trates de abusar de mí —suelto, y ella me gruñe.

Joder, me encanta que ella me gruña.

—Que tengas un buen día entonces.

Se larga y me deja ahí tirado, como si no valiera nada. Creo que es la primera vez en mi vida de adulto que alguien me trata así, y sonrío.

Decido que es momento de retirarme y así evitar pasar el resto del día con mi futura mujer. Me voy a mi ático y reviso los planos de las obras. Veo que las últimas fases están a un par de calles de donde vive Iride y me siento en la mesa del despacho un instante, recordando cómo me sacó la lengua el día que la fuimos a buscar a su casa. El sonido del timbre de la casa me saca de mis pensamientos.

El mensajero me entrega un tubo casi tan alto como yo, le firmo y se larga. En cuanto estoy solo, abro la tapa y saco el plano mientras vuelvo al despacho.

Pego el mapa que me han traído en la cristalera, la lateral, y me quedo mirando todo el conjunto. Es el momento de comenzar y, como si me leyera la mente, Salvatore llama para hablar de ello.

—¿Has visto el plano? —dice sin saludar.

—Lo tengo delante. Manzana a manzana. —Toco los bordes con los nudillos—. Vamos a levantarlo todo sin hacer ruido, nuestro plan de

tres puntos. Uno: comprar silencio. Dos: mover piezas. Tres: cerrar la partida.

—Siempre tan poético, Tiero —se ríe—. Te recuerdo que esto no es un poema. Es un barrio con gente dentro.

—Lo sé. Por eso va a funcionar. La poesía mantiene la sangre fría. ¿Tienes los listados?

—Sí. Propietarios morosos, edificios con multas, locales a punto de caducar licencias. Hay material. Y hay otros… —Guarda silencio—. Los de siempre. Los que se creen dueños de la calle porque nadie les ha dicho lo contrario.

—Se lo diremos —respondo—, pero no nosotros.

Camino hacia la pared de vidrio. La ciudad se extiende como un tablero eléctrico. Me veo reflejado: traje sin corbata, camisa remangada y un par de botones abierta. Parezco alguien normal. A veces lo soy.

—Hablé con los Hamilton —sigo—. Pueden limpiar tres manzanas en el primer año. Nada sucio que se pueda rastrear, nada espectacular. Simple desuso. Las cosas dejan de funcionar, los clientes dejan de venir, los proveedores se aburren, el ruido se ahoga. Un barrio puede morirse por falta de eco.

—Y cuando muera, compramos barato —acota Salvatore—. ¿Te das cuenta de que me haces sonar como un contable?

—Eres un contable con pistola —digo, y él se ríe otra vez—. Fase uno: compra estratégica. Fase dos: reubicación. A los que llevan ahí toda la vida, les daremos una salida digna. Nueva hipoteca, mudanza pagada, una plaza de trabajo en las obras. Quiero esa lista para la próxima semana: los que merecen quedarse cerca y los que pueden empezar de cero en mejores calles.

—Los viejos, las madres solas, los que no deben nada —recita él—. Lo sé. ¿Y los otros?

—Para los otros contratamos a la gente adecuada —respondo—. Inquilinos temporales. Malas personas con contratos buenos. Vivirán ahí, pagarán a tiempo, se quejarán más alto. Acabarán con la paciencia de los que no queremos y salvarán a los que sí.

Hay una pausa en el teléfono. Sé qué viene.

—¿Y la línea, Tiero? —pregunta Salvatore—. ¿Dónde la pones? Porque yo puedo caminar por el borde, pero quiero saber dónde me voy a resbalar.

Aprieto el lápiz entre los dedos.

—La línea está en el daño irreparable. Nadie toca a los niños. Nadie rompe huesos. Nadie enciende fuego. Hacemos presión, sí. Forzamos procesos. Pero si alguien cruza, lo saco del tablero. Con o sin contrato.

—Bien —dice—. Sabes que te sigo, pero me gusta oírte decirlo.

—Hay que ver cómo replicar esto en Indianapolis —añado—. Los rusos quieren replicarlo en Greenwood.

—Me llamaron esta mañana. Están dispuestos a pagar por nuestra hoja de ruta —dice Salvatore—. Y quieren reunirnos con Vasili de nuevo. Dice que tú le caes bien. Y ya sabes lo que significa que un ruso diga que le caes bien.

Sonrío sin voluntad.

—Significa que me está midiendo. Está bien. Pero no vendemos el alma, Salvatore. Les damos el esqueleto del plan, no la sangre. Les mostraremos el orden, el calendario, los indicadores. Nada de nombres, nada de manos.

—Hablando de calendario —replica—. Dame las fechas.

Me siento, cojo el rotulador y trazo cinco columnas en un papel aparte.

—Año uno: silencios. Licencias que caducan, inspecciones que tardan, ofertas de compra «por si acaso». Infraestructura mínima prometida al ayuntamiento si nos dan vía verde. Sembramos expectativa.

—Puedo con eso —dice—. Tengo al abogado listo para bailar con los funcionarios.

—Año dos: ancla. Abrimos un par de locales «modelo» en las esquinas clave: café con pan artesano, tienda de bicicletas, estudio de yoga. Luz larga, vitrinas limpias. Las nuevas caras atraen a otras caras. —Me escucho y sé lo que soy: un cirujano con flores en el bolsillo.

—Los Hamilton ponen gente «amable» en esas esquinas —responde—. Parejas jóvenes, perros pequeños, carritos de bebé.

—Exacto. Año tres: depuración. Se acaban los alquileres de favor, suben los seguros, bajan los ruidos. Se van los que viven de romper y entran los que pagan por cuidar.

—Y los que no quieran irse… —deja la frase en el aire.

—Encontraremos su precio. Todos lo tienen. A veces es dinero. A veces es miedo. A veces es orgullo. Para cada uno un tipo de llave.

Otra pausa más corta. Salvatore no pregunta el cómo. Sabe que el cómo no se escribe.

—Año cuatro: obra mayor. Lo que hoy son cascarones, los volvemos hogares. Dos edificios piloto y un parque que huela a madera nueva. El colegio tendrá ventanas que den al espacio verde del barrio. Sin grafitis en la primera semana, sin patrullas largas. Esa imagen es la que venderá el resto del barrio.

—Y año cinco —completa él—: consolidación. El mercado canta y nosotros cobramos. Vendemos, alquilamos, dejamos que los periódicos nos hagan fotos de filántropos.

—No me hace falta la foto —digo—. Me basta con el silencio. Un barrio que por fin duerma sin gritar.

Escucho a Salvatore beber un trago.

—¿Y ella? —pregunta de repente, como si cambiara de carril sin intermitente—. ¿Va a entrar en el plan?

Tardo un segundo en responder.

—No hay «ella» en este plan —aclaro—. No me voy a casar.

—Tendrás que salir de esa boda sin provocar una guerra.

—Lo sé, estoy pensando en ello. Lograremos salir de ese compromiso y no acabar a tiros con su familia.

—Orden a tu manera —comenta con una sonrisa que puedo escuchar—. Te admiro cuando hablas así, Tiero. Haces que todo parezca posible.

Me pongo de pie otra vez. Doy la vuelta a la mesa, marco dos puntos más en el plano. Me gusta la sensación de que las cosas encajan porque las empujamos hasta que lo hacen.

—No es que parezca posible —respondo—. Es preferible. Eso es diferente.

—Para ti siempre lo es —dice—. Bien. Mañana me siento con los de licencias. Y llamo a los del sindicato de limpieza. En el papel de

héroes anónimos quedan estupendos.

—Cierra también con los camiones de mudanza —añado—. Quiero tres empresas trabajando en exclusiva con nosotros. Mudanzas rápidas, discretas, sin pérdidas. Dignidad en cajas.

—La cosa elegante —asiente.

—No quiero pelear sucio. Quiero que parezca que no hubo pelea.

Aunque sé que eso es imposible.

—Demasiado tarde para eso, hermano —contesta con un ronquido de risa—. Pero entiendo el gesto. Tranquilo, yo me encargo de que las manos se vean limpias. Al menos, en la foto.

—Hay una farola rota en la esquina de Marsh con Hollow —le digo —. Que la arreglen pasado mañana. Justo después de la visita de la inspectora. Quiero que ella sienta que nos adelanta, no que la empujamos.

—Apuntado —responde—. ¿Algo más?

—Eso es todo de momento.

Cinco años. Pongo la mano abierta sobre el plano plegado, como si pudiera jurarle algo a un papel. Este es uno de mis proyectos más ambiciosos.

Apago las luces del despacho y salgo a la terraza. Desde allí veo toda la ciudad, pero mis ojos miran hacia una dirección donde trabaja cierta mujer que no deja de hacerme sonreír.

¿Qué es lo que me estás haciendo, Iride?

#11

SI ACTÚA RARO, SOSPECHA

IRIDE

El turno de mañanas es agotador, sobre todo, cuando empiezas teniendo que atender a soldados que acaban de volver de una salida de las suyas. Al menos esta vez Lorenzo no es uno de ellos, ya se ha recuperado del disparo y no me puedo quitar de mi cabeza que casi lo pierdo. Mi hermano casi murió y sé que, si eso hubiera pasado, mi familia se habría roto.

Miro mi móvil y reviso el Instagram de la prometida de Tiero. Sí, puede ser sociópata de mi parte, pero es la primera vez que una mujer tan perfecta en las redes lo es tambien en persona.

—Deja de *stalkear* a la pobre chica —se burla Bere, entrando a la sala de curas para ayudarme a limpiar.

—Es que, no me jodas, ¿tiene que ser tan perfecta? De verdad, guapa, inteligente y simpática. Es que así no hay manera de que te caiga mal.

—¿Y por qué quieres que te caiga mal? —pregunta mi amiga, curiosa.

Me doy cuenta de que quizás he hablado más de la cuenta y cambio el tema rápido.

—¿Has sabido algo más de Sella?

—No, sigue sin querer coger el teléfono y su madre me pide que le dé tiempo —contesta en un tono triste.

Somos amigas desde hace demasiados años como para que un hombre sea el motivo de nuestra separación. Voy a ir a hablar con ella quiera o no.

—¿Crees que el novio la está poniendo en nuestra contra? —divago mientras meto las gasas limpias que han sobrado en el armario.

—No sé qué pensar. No parecía mal tipo, pero no me gusta el hecho de que estuviera siempre preguntando cosas sobre el Outfit —responde Bere, y asiento.

—Sí, demasiado curioso para nuestro mundo.

Y es así. Entiendo que, si quiere entrar en él, tenga dudas que quiera resolver, pero es la forma en la que preguntaba. Como si diera por hecho que somos gilipollas y vamos a abrir el libro de la mafia para explicarle las reglas punto por punto.

La puerta se abre y entra Franco, sonriendo, como siempre.

—Buenos días, preciosas —saluda, y ruedo los ojos mientras Bere sonríe.

Frunzo el ceño.

—Ber, ¿puedes venir un momento? —le pide Franco, y los miro a ambos algo confundida por esa familiaridad tan repentina.

¿Ber? ¿De dónde ha salido ese nombre?

—Claro, vuelvo en un minuto —me dice mi amiga sin dar más explicaciones.

No vuelve ni en un minuto ni en cinco. Termino y me voy a la consulta del doctor Carolo, que me recibe con una sonrisa, como siempre.

—¿Lista para empezar el día?

Asiento y me pasa la hoja. Veo cuatro nombres y salgo a llamar a la primera. La mujer ha tenido una caída en casa y le duele la rodilla.

Mientras la examina, permanezco cerca por si necesita algo y el médico me roza accidentalmente la mano.

Luego lo hace con el brazo.

Con el siguiente paciente, su pierna toca la mía mientras estamos sentados escuchando, y para cuando el tercero sale por la puerta estoy a punto de clavarle un boli en el ojo.

—¿Vienes a almorzar? —pregunta Bere al verme salir de la consulta para llamar al cuarto.

—Creo que no hay más pacientes de momento. En cuanto salga, voy para allí, prepárame algo con mucho azúcar.

Frunce el ceño y le hago un gesto con la mano para que sepa que luego le cuento. Vuelvo dentro y esta vez me sitúo en la otra parte

de la consulta, lejos del doctor Manos Largas.

Para cuando consigo escaparme a por mi dosis de azúcar, mi estómago ruge de hambre. Entro en la cocina y veo a Bere tecleando en el móvil con una estúpida sonrisa en la cara.

—¿Con quién hablas? —le pregunto mientras cojo el bizcocho, que espero que sea para mí, de la encimera.

—Con Franco.

Su respuesta la suelta sin pensar, y lo sé porque levanta la vista y me mira con cara de «me has pillado». Es mi turno de sonreír, le doy unas palmaditas al asiento de mi lado, ella bloquea el móvil y se deja caer en la silla.

—¿Me lo vas a contar? —le pregunto, y ella asiente.

—Franco me ha pedido una cita.

—Vale, eso no me lo esperaba. ¿No decías que era gilipollas?

—Lo es.

—¿Pero?

—Pero no es solo eso —contesta a modo de explicación.

Y la entiendo. A veces no somos blanco o negro, somos cincuenta tonos de cada color.

—¿Te gusta?

Soy directa, con ella puedo serlo; sé que, si no quiere contestar, no lo hará y yo lo respetaré.

—Sí, pero me da miedo.

—¿Por?

—No soy su tipo —responde, mirándose hacia abajo.

—Eres el tipo de cualquier hombre con polla.

—Te quiero, pero sabes a lo que me refiero. Es de los que las prefiere tres tallas menos que la que yo uso.

—¿Y si se ha dado cuenta de que eso no es lo importante?

¿Y si no lo hace?, pienso para mí. Yo sé lo que mi amiga vale, y es mucho más que una talla de pantalón, pero no quiero que le hagan daño porque no tenga un cuerpo, ¿cómo lo llaman? Ah, sí, normativo.

Me come los huevos por debajo lo normativo.

—Supongo que lo averiguaremos esta noche —contesta sonriendo, y no pienso ser la aguafiestas que le diga que tenga cuidado—. Y tú,

¿qué?

—¿Qué de qué?

No le he contado sobre lo que ha pasado entre Tiero y yo.

—¿Cómo va tu plan de conquistar al jefe?

—Pues lo he dejado a un lado. Al final era una tontería de adolescente y ya no tengo edad para eso.

—Hablas como mi madre. —Se ríe.

—Y como la mía. Pero es verdad. Además, como ya he dicho, su prometida es perfecta, ¿quién miraría a nadie más con esa mujer a su lado?

Bere choca su hombro contra el mío y la mirada que me da me hace pensar que puede que no sea tan ajena a lo que ha pasado con Tiero.

Mi teléfono suena y veo que es mi padre.

—¿Ha pasado algo? —le pregunto al segundo de contestar.

—No, está todo bien, pero esta noche iremos a casa de Enrico a cenar —me dice, y me quedo callada un instante.

—¿Por qué?

—Quiere conocerte más y puede que, después de esta noche, acabes siendo una mujer comprometida —me suelta como si eso fuera la ilusión de mi vida.

Debería serlo, supongo, es con lo que sueñan la mayoría de mujeres que conozco de la mafia, pero no es mi caso, y menos con el Babas.

—Muy bien, estaré en casa pronto para arreglarme. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelga y la cara de Bere me dice que lo ha escuchado todo. Mi padre es de los que no necesitas que pongas el altavoz porque grita al teléfono como si estuvieras sorda.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta mi amiga, poniendo su mano sobre la mía.

—Supongo que ponerme un vestido bonito y parecer la mujer más adorable de este mundo.

—Pero si no te gusta.

—Ya, pero de momento no tengo mucha más opción que esa.

Paso el resto de la mañana pensando en formas de librarme de Enrico. Si hubiera alguien más interesado en mí, sería mucho más sencillo. El médico no cuenta, primero porque, aunque es del Outfit, no tiene un rango que ayudara a mi hermano a llegar a nada. Y segundo, pero más importante, no me gusta que sea tan sobón. Al menos, Enrico solo me parece un baboso, este está demostrando serlo.

Después de comer, me despido de Bere y veo a Sella entrar para el siguiente turno. Los ha cambiado para no coincidir con nosotras.

Espero a quedarme a solas con ella en las taquillas y me decido a hablar sin tapujos.

—Creo que eres idiota —le suelto, y ella me mira enfadada, poniéndose el uniforme.

—Y yo que eres una malcriada.

Sus palabras no me afectan. Sé que no lo piensa, tampoco lo soy.

—¿De verdad es más importante ese tío que tus amigas?

—No lo puedes entender, no has estado nunca enamorada.

—En eso te doy la razón, no sé lo que es enamorarse, pero sí sé lo que es amar a alguien, a mis amigas, a las cuales no pienso dejar de lado por ningún hombre.

—Bien por ti. Supongo que tendrás una solitaria vejez y un montón de gatos a los que alimentar.

Cierra la taquilla y me da la espalda para dirigirse a la puerta. La cojo del brazo y la giro para encararla.

—Sella, no sé qué mierda te pasa, pero sé que esta no eres tú.

—No me conoces tanto —sisea.

—Lo hago, ambas lo sabemos. Así que te diré algo: puedes estar enfadada, insultarme o gritarme, pero voy a estar aquí. Recuérdalo, cuando todo se vaya a la mierda, puedes contar conmigo.

Mis palabras le afectan. Lo veo en sus ojos. Está a punto de decirme algo, pero el doctor Carolo irrumpe, sin llamar, en el vestuario.

—Menos mal que no te he pillado desnuda. —Se ríe como si fuera gracioso; si lo llega a hacer, le saco los ojos—. Han llamado, necesitan que vaya a atender a un herido a uno de los locales. Bere

ya se ha ido, así que ¿puedes acompañarme? —me pregunta, y asiento.

—Salgo en dos minutos.

Carolo sonríe y nos deja solas de nuevo.

Suelto a Sella y va hacia la salida.

—Recuérdalo, Sella, voy a estar aquí —le repito, y asiente sin girarse.

Una vez que me quedo sola, le doy una patada a la taquilla. No me gusta esta situación, y mucho menos me gusta tener que ir a casa de Enrico a desfilar como una buena vaca de cría.

Nota 11

TIENE AGALLAS, Y ESO, EN NUESTRO MUNDO, SE PAGA CARO

TIERO

Pasar la tarde en el club de *striptease* de los rusos no me hace ninguna gracia. Estoy en la planta de arriba, donde no llegan los clientes. Desde aquí se ve el salón entero, como si fuese un acuario lleno de tiburones con traje. Vasili está frente a mí con su vaso de vodka intacto. Habla despacio, arrastrando las palabras como si las pensara antes de soltarlas. Su manera de hablar siempre me ha recordado a una pistola con seguro: parece tranquila, pero sabes que no puedes confiarte.

—Greenwood va a cambiar, Tiero —dice, mirando los planos que he extendido sobre la mesa—. Pero no solo con ladrillos. Hay que cambiar las personas. La piel del barrio.

Asiento.

—Por eso estoy aquí. Yo me encargo de la piel. Tú del músculo. —Le señalo el mapa con el dedo—. La inversión inmobiliaria la disfrazo de renovación urbana. Tus hombres limpian lo que sobra. En pocos años, nadie recordará lo que fue.

Vasili sonríe con ese gesto de zorro viejo.

—Por eso me gusta trabajar contigo. Sabes hacer que la mierda huela a perfume.

—Y tú sabes ensuciarte sin dejar huellas —replico.

Ambos reímos, pero el sonido no llega al pecho.

A nuestra derecha, tres de mis hombres permanecen en silencio. Son parte del grupo de Enrico, aunque él no ha tenido la decencia de venir. Mejor. Su presencia suele arruinar la calma.

El más joven de los tres, Lorenzo, vigila el piso inferior desde la barandilla, me suena su cara, sé que es uno de los que van a jurar la lealtad en breve, por eso Marco lo ha traído. Está nervioso. Siempre lo están la primera vez que me acompañan. A su lado, Marco —el veterano— mantiene la postura rígida, atento a cada movimiento del personal ruso.

—¿Y tu hermanastro? —pregunta Vasili de pronto, con esa falsa curiosidad que usan los viejos lobos.

—Sigue respirando —respondo sin mirarlo—. Lamentablemente.

Él se ríe bajo.

—Enrico habla bien de él. Dicen que tiene visión para los negocios.

—Enrico habla demasiado —gruño, y bebo un trago de *whisky*.

No me gusta que lo mencionen. Ni a él ni al idiota de Enrico, que se cree el dueño del juego solo porque aprendió a mover las piezas sin mancharse los dedos. Yo prefiero el barro. El barro enseña. Y puede que tenga que darle a mi jefe de grupo una lección de tierra y agua.

Vasili gira el vaso en su mano y baja el tono.

—Tengo hombres en Greenwood ya, moviendo mercancía en la zona norte, pero quiero tu estructura. Tus camiones, tus licencias, tus nombres en los papeles. Si lo hacemos juntos, la ciudad se arrodillará sola.

—Entonces se hace juntos, pero a mi manera. —Doblo uno de los planos y se lo acerco—. Fase uno: presencia visible. Fase dos: presión. Fase tres: pureza.

—Pureza —repite, saboreando la palabra como si no le encajara en la boca.

—La gente tiene memoria corta. Dales jardines y luz y olvidan los cuerpos que tuvieron que irse para que cupieran los nuevos.

—Tú hablas como un político.

—Tú matas como uno —le contesto.

Ambos reímos de nuevo, y esta vez sí hay algo real en la risa. El respeto que se gana a base de crueldad también es respeto.

Abajo, el ruido cambia.

Una voz femenina se alza entre la música. No grita, pero se oye como un cristal partiéndose.

Miro hacia el salón: una de las chicas, rubia, se aparta de un cliente con una bandeja todavía en la mano. El tipo le dice algo que no entiendo y ella retrocede. Dos guardias rusos se acercan al mismo tiempo desde puntos diferentes del club.

—¿Problemas? —pregunta Vasili al ver que uno de mis soldados, que estaba esperando abajo, ahora es parte de esa pelea.

—Depende de quién los haya causado. —Le hago una seña a Lorenzo para que se acerque.

El chaval asiente y desaparece escaleras abajo.

Los rusos, atentos, no intervienen. Quieren ver cómo reaccionamos. Me molesta que siempre sea así, como si esperaran el espectáculo.

Desde arriba veo cómo Lorenzo se acerca a la camarera. Ella le dice algo en voz baja, pero el cliente se levanta de golpe, empujando la silla. Es uno de esos idiotas con dinero de mentira, traje caro y manos lentas. Lorenzo intenta calmarlo, gesticulando despacio, pero el tipo ya ha cruzado la línea invisible que separa la arrogancia del peligro.

Marco, que es más veterano, se adelanta unos pasos para cubrirlo, por si acaso.

Vasili ni se inmuta. Se limita a observar con una calma que me crispa.

El tipo agarra la botella por el cuello. Lorenzo levanta la mano, probablemente para apartarla, pero el golpe le llega antes de que pueda reaccionar.

El vidrio se estrella contra su cabeza.

El sonido es seco, un chasquido que corta la música y deja al club en un silencio antinatural.

—Mierda —susurro, poniéndome de pie.

La camarera grita, retrocede. Uno de los rusos se mueve, pero yo levanto la mano.

—Ni se te ocurra tocarlo —le advierto desde la barandilla.

Marco baja corriendo y aparta al cliente, que ahora balbucea excusas entre miedo y alcohol. La sangre le cae a Lorenzo por la

frente, tiñendo la camisa blanca de rojo. No parece grave, pero la furia me sube como un latigazo.

—Tus hombres son impulsivos —se burla Vasili.

—Los míos saben lo que es el deber —le contesto.

—Eso es un defecto.

—No si sabes usarlo bien.

Camino hasta las escaleras. Cada paso resuena más fuerte que la música que vuelve a subir, como si el DJ intentara enterrar el incidente bajo el volumen. Las chicas de las barras siguen moviéndose mientras tratan de no perderse nada de lo que ocurre.

Marco sostiene a Lorenzo, que intenta incorporarse.

—Estoy bien —dice, aunque el hilo de sangre contradice la frase.

El cliente intenta justificarse.

—¡Ella me golpeó primero! ¡Solo me defendí!

No me acerco demasiado. Solo lo miro. Un tipo que juega a ser valiente. Un cobarde con pretensiones.

—¿Sabes quién soy? —le pregunto.

El silencio que sigue es la respuesta. Lo sabe. Me basta con ver el temblor que le recorre el cuello.

—Sacadlo —ordeno.

Dos de los hombres de Vasili lo agarran y lo arrastran fuera como si fuera una bolsa de basura.

La camarera sigue allí, quieta, apretando la bandeja contra el pecho. Tiene la cara pálida, pero los ojos firmes. Me mira como si supiera que no soy un salvador, sino alguien que mantiene el orden porque le pertenece.

—Gracias —dice en un hilo de voz.

—No me des las gracias. —Señalo a Lorenzo —. Dáselas a él.

Ella asiente y se aleja entre el humo y las luces, desapareciendo como una sombra más del club.

Vasili desciende los escalones lentamente, con el vaso todavía en la mano.

—Así se mancha la reputación de un local, Tiero.

—Así se limpia el respeto —respondo.

Él me observa con esa calma suya que tanta fama le ha dado.

—Tu gente y la mía tendrán que aprender a convivir si queremos que Greenwood florezca.

—Florecerá —le digo—. Solo hay que regarlo con cuidado.

En ese momento, la puerta del fondo se abre con un golpe y entra Enrico, al menos, esta vez, no lo acompaña mi hermanastro.

—¿Me he perdido la fiesta? —pregunta, mirando a Lorenzo con una ceja levantada.

—Llegas tarde —respondo.

—O justo a tiempo para arreglarla —replica, dándole una palmada al ruso más cercano como si el club fuera suyo.

Vasili sonríe, divertido. Yo solo pienso en los pros y los contras de pegarle un tiro ahora mismo.

—Avisa a la clínica —ordeno—, que alguien venga a atender a Lorenzo.

Enrico saca su teléfono y marca. Por un momento estoy tentado a decirle que sea Iride la que venga, pero no voy a exponer mi interés por la ladrona de besos delante del ruso o de Enrico.

Subimos de nuevo para seguir hablando del plan que tiene para Greenwood. No sé hasta qué punto nos vamos a involucrar. Sé que el ruso quiere una alianza en firme, pero no tengo claro que eso sea bueno para nosotros.

Menos de veinte minutos después, la puerta del local se abre y aparecen el doctor Carolo y, tras él, mirando a su alrededor como un cervatillo las luces de un coche, entra Iride.

Vasili se ausenta para atender una llamada lejos de mí y yo disfruto del espectáculo desde las alturas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el doctor, y es un ruso el que contesta.

—Que este marica ha dejado que un idiota le rompa una botella en la cabeza —se burla, y pongo la mano en mi arma, dispuesto a pegarle un tiro por insultar a uno de mis hombres.

Aunque no me da tiempo. Iride se gira, coge una botella y se la rompe en la cabeza al tipo.

Joder.

#12

CUANDO ALGO PARECE DEMASIADO PERFECTO, REVISA LOS CIMIENTOS

IRIDE

Solo un segundo después de darle el botellazo, me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

Mierda.

—¿En qué cojones estás pensando? —pregunta Enrico a mi lado, que me agarra de la muñeca con demasiada fuerza.

—Lo siento, es solo que…

Me callo antes de decir nada sobre Lorenzo. Puede que sea mi hermano pequeño, pero si salgo a defenderlo delante de estos hombres, seguramente acabaré con su carrera antes de que siquiera comience.

—Suéltala —escucho tras de mí en un tono que hace que se me erice la piel.

—Señor —contesta Enrico, abriendo sus dedos para que pueda recuperar mi muñeca—, me encargaré de ella.

Lo dice como si yo fuera una mascota que se ha portado mal. No me gusta esta actitud y estoy empezando a pensar que, aunque sea la única opción que tenga, casarme con él será una autentica mierda.

—Yo lo haré —sentencia Tiero tras de mí. No me he girado aún para encararlo—. Ahora la traigo para que te ayude, doctor.

—No hay problema —murmura Carolo, claramente asustado.

—Sígueme.

Aun sin mirarlo sé que eso va por mí. Así que, cuando pasa por delante, lo sigo hasta una sala de esas donde te dan un privado las chicas que ahora están restregándose en la barra.

Entro y observo a mi alrededor. Nunca he estado en un sitio así y dudo que vuelva a tener otra oportunidad, así que mi yo curiosa se da un festín con los detalles que veo en este sitio.

—¿Quieres hacer fotos? —pregunta Tiero tras de mí, y me sobresalto.

¿En qué momento se ha situado ahí?

—¿Puedo? —contesto pensando en Bere y Sella, les va a encantar ver esto.

Sella. Pensar en que nos hemos distanciado hace que me duela un poco el corazón. Aunque sé que es temporal, tiene que serlo.

Tiero me observa y finalmente sonríe. Su cara pasa de ser asesino a cachorrito.

—De verdad que no te das cuenta del mundo en el que vivimos, ¿no?

Lo dice con una condescendencia que me cabrea. Me cruzo de brazos mientras él se deja caer en el sillón con ambos brazos abiertos sobre el reposacabezas.

—Y me lo dice el que se acaba de sentar encima de vete tú a saber qué tipo de fluidos —contesto con cara de asco.

Él suelta una carcajada y menea la cabeza.

—Lo que has hecho ahí fuera ha sido una estupidez.

—Lo sé.

Mi respuesta le sorprende tanto que ahora la que se ríe soy yo.

—¿Estás de acuerdo conmigo? —pregunta, aún sin creérselo.

—Sí, pero a mi favor diré que entrar en un local como este y encontrarme a mi hermano con la cabeza rota no ha hecho que mi juicio sea muy claro.

—¿Tu hermano? ¿Lorenzo?

Asiento.

Se levanta y camina hacia mí.

—Si es necesario que me disculpe, lo haré —le aclaro.

Me coge la cara entre sus manos, y este gesto tan íntimo hace que mi corazón comience a latir a toda velocidad. Me observa de cerca, a

los ojos, tratando de encontrar algo, pero no sé el qué.

—No vas a hacer esa mierda. A decir verdad, has evitado que le pegue un tiro a uno de ellos por meterse con uno de mis soldados. Aunque Lorenzo aún no lo es, ¿verdad?

Niego con la cabeza. Me sigue mirando de cerca, baja la vista a mis labios un segundo y me suelta. Da unos pasos atrás, poniendo algo de distancia entre nosotros.

—Puedes volver —dice, dándose la vuelta y dejando delante de mí una enorme espalda.

No lo pienso y salgo de allí casi corriendo. Vuelvo hasta donde está el grupo y me toca encargarme del ruso al que le he dado el botellazo. Por lo visto, ahora le gusto al tipo; esto debe ser a lo que esta gente llama preliminares.

—¿Quieres venir a curarme a casa? —me pregunta el ruso con ese acento que puede resultar *sexy*.

Cojo una gasa y aprieto un poco más fuerte de lo debido para que se queje.

—Cuidado, o alguien podría poner en duda que eres un hombre.

Sonríe y mira a mi hermano, luego a mí. Lorenzo no me ha saludado siquiera. Lo entiendo.

—¿Te estás follando al niño? —pregunta delante de todos, y estoy a punto de desvelar que es mi hermano, Enrico lo debe saber y Tiero, que ahora nos observa desde un lado, también.

—No, por si no lo sabes, las mujeres italianas no vamos por ahí follando, tenemos algo más de clase que eso.

Los hombres del Outfit asienten orgullosos. A ver, que no me creo esa mierda. Lo de llegar virgen al matrimonio me parece algo arcaico y retrógrado, pero en esta situación me viene bien ser la puritana.

—Eso me la pone aún más dura —susurra el ruso, y ruedo los ojos.

Para cuando acabamos, Carolo recoge lo que hemos usado y yo reviso a mi hermano como si fuera un paciente más.

—¿Estás bien? —pregunto, tratando de no sonar preocupada.

—Sí, gracias.

Su tono cortante me dice que está un poco cabreado conmigo, pero bueno, al menos sé que no me va a decir nada hasta que

lleguemos a casa.

—No sabía que estabas con Enrico —continúo en voz baja, para que solo él y yo lo oigamos.

—No estoy con él de normal, es por Marco —contesta bajito, señalando con la vista a un tipo bastante más mayor que nosotros—, él se está encargando de mi formación y creo que pronto podría estar entrando de forma oficial en el Outfit.

Mi cara cambia a una de sorpresa y alegría. Si lo consigue, será uno de los más jóvenes en lograrlo.

—¿Lo saben papá y mamá?

—Papá sí, pero ahora no es momento.

Mira hacia Tiero y asiento. Me recompongo y me alejo de él con una sonrisa en la cara. Mi hermanito ya es todo un hombre.

—¿Ya está todo? —pregunta el doctor Carolo, poniendo una mano en mi espalda baja; está demasiado cerca.

Doy un paso a un lado y asiento.

—Sí, solo voy a tirar esto y ya podemos irnos —le confirmo.

Voy hasta un cubo de basura que veo a un lado y Enrico me sigue. No sé si a modo de protección o porque no se fía de lo que pueda hacer con las gasas llenas de sangre y las agujas usadas para coser.

—¿Qué te ha dicho el jefe? —me pregunta, cortándome el paso cuando voy a volver.

—Nada, solo que me comporte mejor —le miento.

Su actitud no me gusta. En realidad, me asusta un poco. Aún puedo notar sus dedos rodeando mi muñeca. Si esto lo hace en público, ¿qué me espera en nuestra vida privada si nos casamos?

—Iride —me llama el doctor Carolo, y aprovecho para disculparme y dirigirme a la salida, donde me espera junto a mi hermano, Marco y Tiero.

—Si sientes molestias, acude a la clínica para que alguien te revise los puntos —le digo a Lorenzo, tratando de sonar profesional.

—Gracias —contesta mi hermano, y se queda a un lado.

—Puedo llevaros —dice Enrico mientras siento la mirada de Tiero sobre mí—. Y si no tardas demasiado, puedo esperar hasta que estés preparada para cenar en mi casa.

Lo dice delante de todo el mundo, como si lo que tuviéramos es una cita que va a tener final feliz.

—Es muy amable de tu parte —contesta mi yo diplomático—, pero es una cena familiar, por lo que creo que lo adecuado es que llegue con mis padres.

—En dos minutos llega vuestro taxi, ya está pagado —interviene Tiero.

—Muchas gracias —le dice el médico, totalmente ajeno a la forma en la que me mira—. ¿Tienes que volver a la clínica o te dejo en casa?

Tardo unos segundos en desengancharme de los ojos que no me quitan la vista de encima para contestar.

—En casa está bien.

—Enrico, ven un momento —lo llama Tiero con un tono de orden que hace que la sonrisa del idiota desaparezca. Marco está a su lado.

El taxi aparece por la calle, Marco camina hasta donde nos encontramos y nos abre la puerta. Carolo es el primero en pasar, ya sabes, el burro delante para que no se espante.

—Has tenido agallas ahí dentro —dice Marco antes de que me meta al coche—. Espero que tu hermano también haya heredado eso.

Miro a Lorenzo y sonrío.

—Lo sabes.

—Es mi trabajo.

Tiero le da una orden en un tono un poco alto y miro por encima del hombro de Marco, bueno, por el lado, porque este hombre me saca casi una cabeza.

—Enrico debería aprender que si el jefe te dice que hay trabajo, no hay cena que valga —farfulla.

—Entonces, ¿no habrá cena con Enrico esta noche? —pregunto, intentando no sonar aliviada.

—Por lo que le he odio decir a Tiero, puedes estar segura de que no va a tener tiempo para ello.

Miro a Tiero una vez más antes de meterme en el taxi; al pasar por su lado, él me observa. El brillo en sus ojos y la sonrisa ladeada de su cara me hacen dudar, ¿ha jodido la cena a propósito?

Nota 12

LAS RATAS PUEDEN COMERSE LOS CIMIENTOS DE UNA CASA

TIERO

Veo a Iride alejarse en el taxi y a Enrico delante de mí hacer un berrinche, ¿de verdad este tío maneja una de las secciones del Outfit? Tengo que hablar con Franco y Salvatore de esta mierda.

—¿No puede encargarse alguno de tus primos? —insiste Enrico con demasiada familiaridad.

Una que se cree que se ha ganado por ser el mejor amigo de mi hermanastro. Precisamente por serlo es que quiero pegarle un tiro.

—¿Tratas de darme órdenes a mí? —pregunto cabreado, y la vacilación de sus ojos colma mi vaso.

Saco el arma y se la meto en la boca a la vez que lo empujo contra la pared con mi antebrazo en su garganta. El recuerdo de Enrico sujetando a Iride por la muñeca hace que apriete un poco más su cuello y casi quiero oír cómo se rompe.

—Jefe —me llama Marco desde un lado y me saca de mis pensamientos.

Lo miro y señala una cámara que hay en la puerta del local, una controlada por los rusos y que no quiero que grabe nada que pueda incriminarme. La mierda se lava en privado y todo eso.

—Vuelve a rebatir una orden y no habrá nada que te salve de comer con pajita el próximo año —lo amenazo, y veo que asiente temblando.

Me separo, recompongo la americana, guardo mi arma y me dirijo hacia mi coche.

—¿Estás bien, Lorenzo? —le pregunto, pasando a su lado.

Por la forma en la que abre los ojos, le sorprende que le pregunte. No debería ser así, no quiero ser del tipo de jefe que no se preocupa por los hombres a los cuales les debe todo su imperio.

—Sí, señor.

—Sigue así y pronto serás parte de esto —le aseguro, y la sonrisa que me da me recuerda a la de su hermana.

No sé si está al tanto de que somos algo así como amigos, aunque viendo cómo actúa Iride, no creo que haya contado nada a nadie. Soy su sucio secreto, y me encanta.

Me meto en el coche y tecleo el en móvil mientras vuelvo a mi ático. Quiero hablar sobre Enrico y quiero deshacerme de él. Me molesta. Lo suficiente como para que ya no me fíe, y eso es peligroso en nuestro mundo.

Mi madre me llama y descuelgo al primer tono.

—Cielo, ¿cuándo vas a venir? Sofía te espera para que la lleves a cenar.

Mierda, se me había olvidado que ahora soy un hombre comprometido.

La imagen de Iride pasa por mi cabeza, justo el instante en que le rompe una botella en la cabeza a un ruso que podría aplastarla con una mano. Sonrío. ¿Por qué viene a mi mente esa mujer ahora mismo?

—Voy al ático a cambiarme y la recogeré en una hora, ¿te parece bien?

—Sí, ya os he hecho reservaciones en el lugar al que tu padre y yo íbamos a celebrar nuestro aniversario.

—Genial, madre, gracias —contesto sin entusiasmo.

—Te quiero.

—Y yo.

Cuelgo y me recuesto en el asiento mientras el chófer me lleva a mi casa. No me apetece nada, pero es necesario para mantener la paz. Al menos es solo por hoy, mañana sale temprano para no sé qué cosa que tiene que hacer en no sé dónde y la perderé de vista hasta el fin de semana.

Me despierto, todavía con resaca de todo el vino que tuve que beber para que la cita con mi futura mujer no me pareciera tan aburrida. El timbre de mi ático suena y juro que le voy a cortar el dedo al que no para de tocar una y otra vez.

Me levanto, salgo de la cama y voy a la puerta en calzoncillos. Mi arma siempre conmigo. Cuando aprieto el botón y la videomirilla me enseña quién está al otro lado, me paso la mano por la cara y abro.

—Te digo que alguien está hablando —comenta Franco, entrando sin saludar mientras mantiene una discusión con Salvatore, que va justo detrás—. Lo de la redada en el puerto no fue casualidad. Nos esperaban, Tiero.

No entiendo lo que dicen.

—No asegures lo que no puedes probar —le corta Salvatore sin levantar la voz.

—¿Y tú crees en las casualidades? —suelta Franco, furioso—. Porque yo no.

—¿Alguien me puede explicar qué pasa?

—Tapate la polla, tío —se queja Franco.

—No me has dejado hacerme la paja mañanera —me burlo, y mis amigos ponen ambos cara de asco.

—Vístete —me ordena Salvatore en un tono serio, y entiendo que esto no va en broma—, tienes que ver algo.

Me pongo una camiseta y unos pantalones encima y salgo; están en mi despacho, han dejado hojas sobre el escritorio para enseñarme alguna cosa importante.

Apoyo las manos sobre la mesa y miro los papeles. Informes internos, mensajes interceptados, un mapa con puntos marcados en rojo. Cada punto es un golpe fallido.

—Franco tiene razón —sentencio al fin—. Alguien está cantando. Y lo hace demasiado bien como para ser un simple soplón.

—¿Un policía infiltrado? —pregunta Salvatore, más como quien mide el peso de la idea que porque la crea posible.

Asiento.

—Uno con acceso. Con información que no debería tener.

Franco golpea la mesa con los nudillos.

—¿Y de dónde salió? ¿Cuánto lleva metido entre nosotros?

—Eso es lo que quiero saber —respondo—. Pero lo más probable es que lleve tiempo. Nadie se gana la confianza del Outfit en un mes.

Salvatore arquea una ceja.

—¿Y qué tipo de información se ha filtrado exactamente?

—Movimientos de mercancía… Rutas secundarias…

—Eso es mucha información.

—Demasiada —confirmo.

—Entonces hay que cerrar el círculo. Interrogar a los nuevos, revisar los registros, limpiar los teléfonos.

—No —le detengo—. Si movemos algo, el topo lo sabrá. Y entonces desaparecerá.

Salvatore me observa, apoyando los codos en las rodillas.

—Tiero, si hay un policía entre nosotros, cada día que pase es un riesgo.

—Lo sé. Pero si queremos atraparlo, tiene que pensar que no sospechamos nada.

Silencio.

—Entonces, ¿qué propones? —pregunta Salvatore.

—Dejaremos que hable. Le daremos algo que contar. Una trampa.

Franco se ríe, corto y sin humor.

—¿Y cómo piensas hacer eso? ¿Inventando un envío falso?

—Exactamente. —Le devuelvo la mirada—. Un cargamento inexistente. Con una fecha, una hora y un destino falsos.

—Y el que lo repita…

—Será el que buscamos.

Salvatore asiente, lento.

—No está mal.

—No —añado—. Está perfecto porque no habrá margen para duda. El que hable, firmará su sentencia.

Franco se levanta y empieza a pasearse por el salón. El suelo de madera cruje bajo sus botas.

—¿Y si el infiltrado no es uno de los nuevos? ¿Y si es alguien de los nuestros?

—Lo mismo da —respondo sin mirarlo—. El castigo será incluso peor.

Me acerco a la ventana. Desde aquí puedo ver el lago, una línea gris que corta el horizonte. Siempre me ha gustado la vista desde este ático; me recuerda que todo lo que está debajo pertenece a alguien. Y que, casi siempre, ese alguien soy yo.

Apoyo la frente en el vidrio frío.

—¿Cuándo empezó esto? —pregunto, más para mí que para ellos.

Salvatore responde:

—Hace unas semanas, cuando estábamos con lo de la clínica nueva.

Asiento despacio.

Franco resopla.

—Puede que no sea solo un policía. Podrían ser de los irlandeses o los rusos.

—No. —Me giro hacia él—. Si fueran los irlandeses, ya lo sabríamos. Y si fuera el ruso, habría mandado flores después.

Salvatore sonríe apenas.

—Sigues sin confiar en él, ¿eh?

—Confío en que siempre querrá más de lo que tiene. Y eso lo hace peligroso.

El silencio vuelve a caer sobre nosotros.

Los tres sabemos lo que significa tener un infiltrado. No es solo una amenaza. Es una humillación. Un recordatorio de que incluso los muros más fuertes tienen grietas.

Salvatore rompe el silencio.

—¿A quién quieres en el centro de la trampa?

—A mí —respondo.

—No —dice Franco enseguida—. No puedes exponerte.

—No voy a exponerme. Solo voy a estar cerca.

—Eso es lo que dices siempre antes de acabar con sangre en la camisa.

Le lanzo una mirada que basta para callarlo.

Salvatore asiente, resignado.

—Entonces, lo haremos a tu manera. Pero necesitaremos un nombre falso para el cargamento.

—Llámalo Enero.

—¿Por qué Enero? —pregunta Franco.

—Porque nadie espera tormentas en enero. Y siempre las hay.

Salvatore anota algo en una libreta.

—¿Cuándo lo movemos?

—Esta noche. Quiero que la información salga mañana al mediodía. Que corra rápido.

Franco se cruza de brazos.

—Y mientras tanto, ¿qué hacemos con los hombres?

—Nada. —Sonrío sin humor—. Que sigan creyendo que todo está bajo control.

Me acerco a la mesa y recojo una de las fotografías. Es del puerto, tomada hace dos noches. En ella, una silueta borrosa parece observar desde la distancia.

No se distingue el rostro, pero hay algo en la postura… algo familiar.

—¿Y si no es un desconocido? —pregunto en voz baja.

Salvatore me mira.

—¿A qué te refieres?

—A que tal vez el infiltrado no venga de fuera. Tal vez haya nacido aquí, dentro del Outfit.

Franco abre la boca para responder, pero no lo dejo.

—No digas nada. No todavía. —Dejo la foto sobre la mesa—. Primero quiero estar seguro.

Camino hasta el bar del rincón y sirvo tres copas de *whisky*.

—Por la verdad —digo, tendiéndoles una a cada uno.

—Por la verdad —repiten.

Y por las horas de tortura que va a tener el imbécil que haya pensado que podía jugármela.

#13

NO HABLES DE AMOR CUANDO HAY SECRETOS EN LA MESA

IRIDE

Sella me ha llamado para hablar, a mí y a Bere. Nos hemos reunido en un parque que hay detrás de casa. Allí hemos pasado muchas horas jugando juntas y tiene una zona apartada de mesas de picnic que por las mañanas está vacía.

Cuando Bere y yo llegamos, Sella ya está ahí. Tiene preparados tres batidos, cada uno de nuestro sabor favorito, no tengo duda, y tres trozos de tarta.

—¿Estás tratando de comprarnos? —pregunta Bere, y Sella mira al suelo.

—A mí ya me había ganado con el batido —le digo, sentándome a su lado y bebiendo del vaso que pone mi nombre.

—A mí tambien, pero eres idiota —le dice Bere, y Sella levanta la vista.

Tiene lágrimas en los ojos, y eso hace que nos demos un abrazo, aprovechando que está sentada en el medio.

—Oye, que tampoco ha sido para tanto —trato de calmarla.

—Lo es. Os he echado de menos —solloza.

—Y nosotras a ti, idiota —le asegura Bere, que aún puede hablar.

Yo ya estoy llorando también, y moqueando de paso.

Pasamos la siguiente hora hablando de lo que hemos hecho estos días. Les cuento mi momento en el club de *striptease* y me piden que les dé todo lujo de detalles sobre cómo es una sala privada.

Todavía no quiero compartir con ellas lo que está pasando o, mejor dicho, lo que no está pasando con Tiero. Creo que entre él y yo está

surgiendo una extraña amistad que es solo eso.

Bere nos habla de Franco. Por lo visto, es todo un caballero, la ha llevado a cenar a sitios muy caros y no ha tratado de propasarse con ella, a pesar de que Bere lo está deseando. Espero que no juegue con sus sentimientos, realmente la veo muy ilusionada con esta relación y juro que si la hace llorar le romperé una botella en la cabeza. Que ya tengo experiencia cosiendo después.

También le hablo de Enrico, de que es gilipollas y de que, aunque sea mi única opcion de ayudar a la familia, creo que no voy a ser capaz. Y menos viendo lo feliz que parece estar Bere, yo también quiero eso.

—¿Y tú qué tal con Michael? —me animo a preguntar cuando Bere y yo hemos acabado de ponernos al día.

—Pues la verdad es que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Tuvimos nuestros más y nuestros menos, pero lo hemos solucionado y ahora estamos más unidos que nunca.

—¿Y tu familia lo sabe? —interviene Bere.

Sella niega con la cabeza.

—Ellos creen que es solo el jardinero.

—¿Cómo? —la interrumpo.

Sella se ríe.

—Consiguió meterse en la empresa que lleva nuestro jardín y así puedo verlo tantas veces como quiera sin que parezca raro. Ya sabeis que siempre ando arreglando flores.

Siempre, siempre es mucho decir. Le gustan las flores, pero de ahí a que sea su pasión… Aunque prefiero callarme, no quiero joder esta reconciliación.

—¿Y cómo lo consiguió? —inquiere Bere—. Hasta donde sé, es difícil entrar en cualquier negocio del Outfit.

Sella baja la vista un momento y luego, cuando alza la cara, sonríe. Pero la conozco, hay algo que nos oculta.

—Tiene sus contactos. Lo de entrar al Outfit fue una tontería, como bien dijisteis —nos explica, y me da la sensación de que nos está dorando la píldora—. Quizás, si lo hacemos así, mis padres accedan a que podamos estar juntos.

—¿Y si no? —la corto.

Ella se encoge de hombros, pero veo en sus ojos que tiene clara la respuesta, y no me gusta.

—Por cierto, me he hecho un pendiente en el ombligo —suelta de repente, y se levanta la camiseta.

Nos quedamos sorprendidas, ella odia todo eso. O lo odiaba. ¿Quién es esta mujer?

Pasamos la siguiente media hora hablando de que quiere hacerse un tatuaje, y de que, por lo visto, Michael va mucho a un estudio que hay al otro lado de la ciudad. No conozco el sitio, pero me meto en su insta para cotillear. Hay fotos de varios tatuajes, pero la cuenta apenas tiene actividad y la última publicación es de hace un año.

Suena mi teléfono y es un número desconocido. Le doy a colgar y sigo atenta a la conversación en la que ahora nos hemos sumergido: ponerles nombres a nuestros hijos.

Es algo en lo que nunca he pensado. Mientras Bere y Sella siempre han sido como muy maternales, a mí es que ni se me ha pasado por la mente la idea de tenerlos. Sé que es el siguiente paso a casarme, pero no sé, no es algo que haya llenado mis pensamientos en algún momento de mi vida.

El número desconocido vuelve a llamar y vuelvo a colgar.

Cada vez son más insistentes estos de la compañía de la luz.

Un mensaje aparece en mi pantalla, lo abro y trato de disimular cuando lo leo.

«Coge el teléfono, ladrona de besos».

La siguiente vez que llama, me levanto y digo que es algo de la clínica, me alejo y respondo.

—¿Tiero?

—¿Hay alguien más a quien la hayas robado su primer beso? —se burla, y ruedo los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a Lorenzo? —pregunto preocupada.

Mi padre ya es más un administrativo que un activo en el Outfit, así que no me preocupa demasiado el que pueda estar en peligro.

—No, es solo que los próximos días quiero te quedes en casa.

Me quedo en silencio con el ceño fruncido.

—¿He hecho algo?

—No, es solo que necesito que te quedes en casa.

—¿Puedo saber el motivo?

—Porque van a pasar cosas y quiero que estés a salvo, aún tienes que devolverme un beso robado.

Nota 13

DEMASIADAS PREGUNTAS, DEMASIADAS CASUALIDADES

TIERO

Sonrío mientras espero la respuesta. No sé cuál ha sido el impulso de llamarla, pero no quiero que pueda estar cerca de alguien que sea una rata, se vuelven peligrosos si los acorralan y el personal más nuevo, y del que más desconfío, trabaja en la clínica.

—¿De qué hablas? Ya te devolví el beso —susurra contra el teléfono, y creo que la he pillado en un mal momento.

—¿Con quién estás?

—Con nadie que te interese.

Me enderezo en mi asiento y presto atención. Pensar en que está con otro hombre a solas no me gusta. Al igual que no me gusta la familiaridad con la que el doctor Carolo la toca.

—¿Estás con Carolo? —pregunto, necesitando saber la respuesta.

—Voy a colgar, gracias por el aviso, pero prefiero no quedarme en casa a menos que sea una orden. ¿Lo es?

—¿Estás con Carolo? —insisto.

Gruñe y sonrío.

—Hasta la próxima —se despide, y cuelga.

Jodidamente me cuelga.

Franco entra en ese momento con Salvatore y con ver mi cara saben que algo no va bien.

—¿Quién te ha robado tu bolsa de caramelos? —pregunta Franco, y le tiro el bote de los bolígrafos.

Salvatore se desabrocha la americana y se sienta. El club está todavía cerrado, por lo que desde donde estoy vemos la pista de

baile vacía mientras las camareras rellenan las neveras para la apertura.

—¿Te ha vuelto a cabrear tu hermanastro? —pregunta Salvatore, y niego con la cabeza.

—Franco, tú vas mucho por la clínica, ¿qué te parece el doctor Carolo?

—¿Cabezabolo? —Asiento y se ríe—. Es un cretino, le ha lanzado la caña a todas las de allí. Ber dice que es un gilipollas con la polla pequeña que necesita hacerse el macho alfa en lo que él piensa que es su territorio.

Salvatore se ríe, yo no.

—¿Ha hecho algo? —pregunta Franco.

—No, es solo que parece tener mucha confianza con Iride por lo que vi en el club de Vasili.

—¿Celoso? —pregunta Salvatore, y le saco el dedo del medio.

—Tranquilo, Tiero, puede que el buen doctor quiera meter su junquito en el estanque de Iride, pero por lo que he visto cuando he estado allí, ella lleva tijeras de podar en todo momento.

Me río por la analogía de mi amigo y me relajo.

—Creo que tiene una cita con él en este instante —suelto, aún incomodo por esa posibilidad.

—Ahora mismo, mi chica está con la tuya reconciliándose con Sella —me aclara Franco mientras me muestra un *selfie* de las tres comiendo tarta en lo que parece un parque.

El alivio que siento hace que me ponga alerta, ¿por qué me siento así?

—¿Lo es? —pregunta Salvatore.

—¿El qué?

—Tu chica.

Ni siquiera me he dado cuenta de las palabras de Franco cuando las ha dicho.

—No, es solo que creo que puede merecer algo mejor que el médico —me excuso, y las miradas que me dan mis amigos me dejan claro que no me creen.

Tampoco tengo muy claro el motivo, pero sé que no me gusta que nadie se tome confianzas con ella.

—¿Y qué tal tu asunto con tu mujer? —le pregunto a Salvatore mientras Franco se sirve un *whisky* y nos ofrece otro a cada uno.

—Pues estoy a punto de ponerle vigilancia —suelta, y veo en su cara lo mal que se siente por tan solo pensarlo.

—¿Quieres que la siga? —inquiero.

Si estuviese en su lugar, no me gustaría que ningún soldado viera a mi mujer en situaciones comprometedoras.

—De momento, voy a aguantar.

—¿Has descubierto algo más? —interviene Franco.

—Lleva una bolsa de gimnasio en su maletero, ella odia el gimnasio. Dentro tiene ropa de deporte limpia y geles de ducha.

Franco y yo nos miramos. Eso puede ser mucho, pero tambien puede ser nada. Decido cambiar de tema.

—¿Ya habéis puesto en marcha el plan? —pregunto, y ambos asienten.

—En una semana deberíamos saber quién o quiénes son las ratas del barco —asegura Franco.

—¿Ninguno de los polis que tenemos en nómina sabe nada? —inquiero, y es Salvatore el que me contesta.

—Nada, lo que les hace sospechar que la cosa es federal.

Mierda.

—Bien, estaremos pendientes, a ver qué sacamos en claro.

Terminamos nuestra bebida y seguimos hablando de otros temas del Outfit. Mi futuro suegro quiere poner fecha a la boda y, para eso, en tres días va a volver Sofía, tendremos que hablar y debo tratar de convencerla de que al menos estemos un año comprometidos. Tengo que ganar tiempo para librarme de esta mierda.

Llaman a la puerta y es Enrico el que entra, viene a traerme unos informes, y en cuanto me los entrega me cabreo.

—¿Qué cojones se supone que es esto? —le pregunto, levantándome y mirando los papeles que me acaba de dar.

—El informe que pidió —contesta con el respeto que me debe, pero que normalmente no me muestra.

—¿Y te pedí que estuviera lleno de manchas y arrugado? Joder, esto lo podría haber hecho un niño de guardería.

Enrico no dice nada, se queda ahí, aguantando la bronca como el puto niñato que es.

Cuando hablamos de un topo, se me pasó por la cabeza que fuera él, pero no, es demasiado ambicioso y quiere tener poder; si hablara con la poli, nadie del Outfit lo respetaría jamás.

—Lo siento, señor, lo repetiré.

—Por supuesto que lo harás. Y ahora, lárgate.

Sale de allí a punto de cagarse encima y Franco se ríe en cuanto cierra la puerta.

—Es un cretino, ¿por qué sigue siendo jefe de equipo todavía? —pregunta Salvatore.

—Porque no me fio de él y quiero tenerlo cerca, sobre todo, desde que se ha declarado el mejor amigo de mi hermanastro.

—Tengo un cotilleo sobre él —interviene Franco en modo maruja—. ¿Os lo cuento?

—¿Tiene algo que ver con el negocio? —inquiero, y él niega con la cabeza—. Entonces, me da igual.

—¿Seguro? Es sobre tu ladrona de besos.

Eso me llama la atención y Franco se ríe mientras me mira en silencio.

—Vamos, díselo ya —se queja Salvatore, que sabe que estoy a punto de tirarle algo a la cabeza a mi amigo.

—Pues Ber me ha dicho que está a punto de comprometerse.

—¿Con quién?

—¿No te lo imaginas?

Y por la forma en que me mira Franco, sé perfectamente a quién se refiere.

—Sobre mi puto cadáver.

O sobre el suyo, si llega a intentar hacer siquiera la jodida proposición al padre de Iride.

#14

NO TE METAS DONDE NO TE LLAMAN… SALVO SI PELIGRA QUIEN QUIERES

IRIDE

Veo a Sella hablar a escondidas por teléfono. Lleva unos días muy rara y estoy dándole un poco de margen para que sea ella quien venga a hablar conmigo o con Bere. Ambas estamos preocupadas.

Me toca pasar consulta de nuevo con el doctor Carolo, le cambia todos los turnos al otro médico para coincidir conmigo y esto empieza a rozar ya el acoso. Si sigue así, hablaré con Lorenzo para que le explique que cuando una chica dice No, es No. Para cuando termino la jornada es tarde y quiero irme a casa a poner las piernas en alto y llamar a mi *Nonna*. Todavía no regresa y la echo mucho de menos.

—¿Qué haces ahí? —le pregunto a la secretaria, que está andando de arriba abajo delante de la puerta del despacho del director de la clínica—. Lo he visto marcharse hace un rato.

—Lo sé, dentro está la señorita Rosetti, la prometida del señor Cavalçanti, con su guardaespaldas. Necesitaban un lugar seguro para un tema que no me han podido decir y estoy esperando a que acaben para cerrar e irme, pero no quiero interrumpir, por lo visto, es algo delicado.

Frunzo el ceño y ella hace el gesto de disparar. Imagino que estará hablando con su padre, que es un capo importante también.

La verdad es que no sabía que estaba de vuelta. Cuando le enseñé la clínica, me comentó que iba a ir a unas galas benéficas

aprovechando que estaban cerca y que después regresaría.

—Si quieres, les interrumpo yo por ti —le digo, y el brillo en sus ojos casi me ciega.

—¿Lo harías? Es que tengo que volver a casa pronto, mi madre no se puede quedar más con la niña y…

—Vete, dame la llave, yo esperaré un poco más y cierro por ti.

—Eres la mejor.

Me da un beso en la mejilla, coge su bolso del escritorio y se va después de darme la llave del despacho.

Me siento en su mesa y contesto varios mensajes del móvil. Estoy tentada a escribirle a Tiero. Me guardé su número. Aunque me parece mal hacerlo sabiendo que está aquí su prometida. ¿Qué clase de perra mala soy? Es un hombre comprometido, tengo que sacármelo de la cabeza por mucho que tenga curiosidad por ver si lo que sentí en ese beso fue casualidad o química.

Miro mi reloj quince minutos después y decido que ya es hora de llamar y entrar. Doy un par de golpes antes de asomar la cabeza.

—Mierda —murmuro cuando veo a Sofía a horcajadas sobre su guardaespaldas.

El sonido de un arma siendo cargada hace que mire la mano del tipo y confirmo que me está apuntando.

—Entra —me ordena, y lo hago.

Me apoyo en la puerta, sopesando si echar a correr.

—Baja eso —le pide Sofía mientras se pone las bragas.

Miro hacia arriba porque no quiero verle la polla a este tío por mucho que esté apuntándome con un arma.

—Ella nos ha visto.

—No, para nada, soy miope y no llevo gafas —trato de engañarlo, pero es ridículo que algo así cuele, así que me preparo para morir.

—No la vas a asesinar —dice Sofía, poniéndose en la trayectoria de la bala si saliera.

—Sofi —gruñe él mientras se termina de vestir; al menos ahora no tengo el arma apuntándome.

—Te llamas Iride, ¿verdad?

—Sí.

—Esto que has visto es amor, te juro que no quiero poner en ridículo a tu capo, pero estamos enamorados, solo necesito algo de tiempo para convencer a mi padre de que mi felicidad está por encima de cualquier trato que le beneficie.

Suerte con eso, pienso.

Las mujeres en este mundo somos poco más que una moneda de cambio.

—Tengo que decirlo —murmuro triste porque entiendo lo que pasa, de verdad, pero no puedo traicionar a mi gente por ella.

Y, en el fondo, también es porque de esa forma Tiero quedaría libre, me dice la voz de mi interior a la que le caigo mal.

De pronto, siento el cañón del arma en mi sien y me quedo paralizada.

—No vas a contar nada porque si no me aseguraré de que tu familia y tú estéis muertos antes de acabar el día.

La amenaza de su guardaespaldas casi hace que me mee encima de terror. Ese tipo da miedo.

—¿Entendido? —insiste, clavándome más el arma.

Asiento y me largo de allí sin pensar en que el despacho se queda abierto.

Joder, joder, joder.

Ni siquiera me doy cuenta de que alguien está frente a mí hasta que literalmente me tropiezo con él y casi me voy al suelo.

—A ti te estaba buscando —dice Franco con su alegría característica.

Miro hacia atrás, nerviosa. Si me ven hablar con él, igual piensan que les estoy delatando y, entonces, pum.

—¿Te pasa algo?

—No, es solo que estoy cansada, un día largo.

—Tiero te espera fuera —me dice, y frunzo el ceño, confundida—. Sal por detrás.

Voy a decirle que literalmente su prometida está ahí dentro, pero entonces igual Franco entra y no sé, mejor no me arriesgo.

—Bien, ¿qué he hecho ahora? —pregunto.

Franco sonríe y se acerca para contestarme al oído.

—Por lo que sé, le robaste su primer beso.

Suelta una carcajada y yo ruedo los ojos. La bromita ya está yendo muy lejos. Aun así, necesito salir de aquí y hacer que Franco se vaya de este pasillo.

—Bere estaba con el doctor Carolo a solas en la cocina —le miento, y la cara de Franco cambia a una poco amigable.

Lo siento por el médico, pero que no sea tan pesado y no tendrá que lidiar con hombres celosos.

Salgo por la puerta trasera y veo un todoterreno negro con todos los cristales tintados. Se baja la ventanilla del conductor y Tiero aparece tras el volante.

—Sube —me ordena.

Miro hacia atrás y rezo por que no me vean subirme a su coche.

Entro y me pongo el cinturón, sube la ventanilla y arranca.

—¿Te avergüenzas de que te vean conmigo? —pregunta, mirando hacia delante.

—No, pero no creo que quede bien que me vean subirme a tu coche estando prometido —le suelto con descaro, y él parece relajarse.

—Tienes razón.

—¿Dónde vamos?

—No lo sé.

—Pues eres tú el que conduce.

—Eso sí lo sé.

Sus contestaciones me hacen gruñir y él se ríe.

Llegamos a un almacén rodeado de naves. El lugar está desierto. Aparca contra la pared. No se ve a nadie alrededor.

—¿Me vas a matar? —le pregunto, presa de los nervios.

—No te traería hasta aquí para hacerlo —me contesta, pero su respuesta no me tranquiliza.

Se gira hacia mí y pone su mano en mi mejilla, se acerca lentamente, y cuando apenas nos separa un centímetro, saca su lengua y lame mi labio.

Nuevamente, una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo.

—Tú también lo has sentido, ¿verdad? —pregunta, y asiento.

Sonríe y se lanza contra mi boca.

Mierda, estoy jodida.

Nota 14

SI NO HAY PELIGRO NO HAY PROBLEMA, ¿NO?

TIERO

¿Siempre que la bese sentiré esa corriente recorrer mi cuerpo? Esa pregunta es la que me ha llevado hasta este momento. Eso y el hecho de tener a Enrico queriendo a Iride para él.

Me separo y apoyo mi frente en la suya, sin apartar la mano de su mejilla. Me mira y sé que va a protestar, así que vuelvo a besarla. Esta vez un poco más profundo. Su lengua juega con la mía y muerdo su labio, tratando de encontrar una forma de aliviar las ganas que tengo de follármela ahora mismo.

—Tiero —dice, separándose y echándose hacia su lado. Joder, el aspecto que tiene ahora mismo es simplemente delicioso.

—Estás comprometido —me recuerda, y sonrío.

—Es solo un contrato.

—Un contrato que vas a firmar delante de Dios —insiste.

–Uno que no se ha firmado todavía.

Alza una ceja y me mira cabreada.

—Así que soy el entrante, ¿no?

Tira de la maneta de la puerta, pero está bloqueada.

—Espera un momento —le pido, pero ella está buscando el botón en el salpicadero.

En cuanto lo encuentra, lo pulsa y se baja, dejándome aquí mientras ella camina sin tener ni idea de hacia dónde va. Me bajo y voy tras de ella.

—Iride —la llamo, y ella mira por encima del hombro, pero no deja de caminar.

Se detiene de golpe, se gira y me encara.

—Mira, lo entiendo. Oíste que quería casarme contigo y has pensado: bueno, como esposa no, pero para un revolcón en el coche cumple los requisitos.

—¿Y cuáles serían?

—¿Estar vacunada y tener vagina? —contesta, y me río.

—Genial, te parezco una broma.

Paso mi mano por su cintura y la atraigo contra mi pecho, obligándola a que mire hacia arriba.

—No me pareces una broma, sino una mujer —le digo y, aunque sé que para ella no tiene sentido, para mí lo explica todo.

Me da un rodillazo que logro que no dé en la diana, pero consigue soltarse.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta finalmente, y me sincero.

—No lo sé.

—Genial.

Respira hondo y mira a todos lados, tratando de ubicarse. Estamos en un polígono que me pertenece, las naves que usamos están en la otra punta, por lo que ahora mismo sé que nadie nos va a interrumpir.

—¿Podemos hablar? —le pregunto, y asiente—. ¿En el coche?

—No —responde tajante.

Estamos ya acercándonos a la Navidad y se nota el frío en cuanto el sol se oculta.

—No sé qué me pasa contigo —le reconozco—. Me gustas, o algo así.

—Oh, por favor, no seas tan romántico, que me vas a hacer llorar —me corta, y sonrío.

—Eso es lo que me gusta de ti, no te importa que mi apellido sea Cavalçanti. La cuestión es que al principio te veía como una niña, y ahora, después de que me salvaras la vida y de nuestro beso robado en el *parking*…

Iride asiente como si lo entendiera todo.

—Estás agradecido, es eso, ¿no? Pues cómprame bombones, como se ha hecho toda la vida. No me traigas a un lugar apartado para que nos metamos mano mientras tu futura mujer está en la ciudad.

—¿Cómo sabes que ha vuelto?

—Esto es un pueblo pequeño en cuanto chismes se refiere.

En eso tiene razón, probablemente haya sido Franco el que haya filtrado la noticia en ese grupo de WhatsApp.

—¿Y si ayudo a tu hermano a que entre antes al Outfit?

—Cuidado, Tiero, eso suena peligrosamente a una proposición indecente y puede que no seamos nadie en esta organización, pero no voy a consentir que me consideres una prostituta. Ni tú ni nadie. Estoy dispuesta a casarme para mejorar la situación familiar, no a abrirme de piernas por ello.

Sus palabras me dejan claro que ahora mismo tiene el orgullo herido, y con razón. Esta situación es una mierda. Ella me gusta, me interesa demasiado, me cuesta sacarla de mi mente y quiero poder besarla cuando me dé la gana, pero no puedo olvidar que estoy comprometido, aunque sea solo de momento.

Joder.

—Tienes razón —admito—, siento haberte hecho pensar que te veo como algo que no sea a una mujer que respeto.

Su postura se relaja, pero aún está a la defensiva.

—¿Puedo irme? —pregunta, y miro alrededor.

—Mejor te llevo.

Ella sopesa sus opciones y finalmente asiente.

—Olvidemos que hemos tenido esta conversación —me propone mientras caminamos hacia el todoterreno.

—No sé si quiero olvidarla —le confieso y ella me mira; por un instante creo que va a decir que ella tampoco, pero menea la cabeza y sigue andando.

—Tiero, me gustas, no te voy a decir que no. Y casarme contigo sería una lotería para mí. Y no solo porque podría ayudar a mi familia, también porque creo que podría enamorarme de ti. Y eso es lo que más miedo me da.

Su confesión me pilla desprevenido y no sé qué decirle en estos momentos.

—Esa parte, el enamorarme, es lo que más me asusta —prosigue —. Porque sé que nunca voy a estar a la altura de las expectativas

que tendrás para una esposa. Eso sin contar con que ya tienes una prometida.

—Por el momento —le digo, dándole a entender que no es la definitiva.

—La tienes ahora, que es lo importante —responde, dejándome que le abra la puerta del todoterreno.

—¿Y si ponemos esto en pausa hasta que eso deje de ser un impedimento? —pregunto, y hasta yo me sorprendo de hacerlo.

—Soy ya casi una anciana en nuestra sociedad. Sea con uno o con otro, es probable que acabe casada antes de un año, lo cual no me gusta, pero es lo que hay. La otra opción es desaparecer y no volver a saber jamás de mi familia. Cosa que no pienso hacer.

Mi pecho se aprieta. No me gusta imaginarla casada con otro, tampoco el hecho de que desaparezca para siempre.

—Además —agrega—, admítelo, soy un capricho, pero pronto pasarás a la siguiente. Y es lo normal en un hombre de tu posición. Así que, por favor, no me hagas enamorarme de ti y olvidemos que alguna vez ha ocurrido algo entre nosotros.

Sopeso sus palabras y asiento.

—Bien, una vez nos subamos al coche, haremos borrón y cuenta nueva, ¿te parece?

Ella asiente y yo sonrío. Doy un paso hacia ella y, sin darle tiempo a pensar, la beso. Si va a ser la última vez que lo haga, voy a aprovechar.

#15

NO DESEES AL HOMBRE DE OTRA MUJER

IRIDE

Cuando se aparta, siento mis labios hinchados, y antes de que pueda reclamarle, él se sube al todoterreno y lo pone en marcha.

Decido que este fue un último buen beso y no reconozco que soy imbécil por haber verbalizado todo lo que he dicho. Me gusta; más allá de eso, sin embargo, me he elegido a mí por encima de todos. Y, por primera vez, eso sienta bien, aunque también me pone triste.

El teléfono suena mientras permanecemos en un silencio que no sé si es tenso o cómodo. Esto es una locura.

—Franco, estoy en el coche con Iride.

—¿Robándole más besos a mi amigo? —se burla, y le saco la lengua.

Tiero se ríe y yo decido revisar mi móvil.

—Puede que tengamos un nombre para el culpable de la operación Enero —dice de forma críptica Franco y Tiero aprieta el volante.

—Bien, ¿vamos a por él? —pregunta Tiero sin apartar los ojos de la carretera mientras yo hago como que no estoy interesada en la conversación.

—Él vendrá a nosotros, por si acaso le siguen. Va directo al aeropuerto. Sabemos que no viaja solo, por eso necesitamos atraerlo, para que se delate su acompañante.

Trato de mantener la respiración tranquila, como si no me estuviera enterando de nada. Pero recuerdo cuando mi padre le explicó a Lorenzo que aquí en Chicago, cuando querían deshacerse de alguien, decían que lo llevaban al aeropuerto. Que viene a ser que

se lo cargan y el cuerpo nunca se encuentra. Joder. Están hablando de asesinar a varias personas delante de mí.

Noto la mirada de Tiero y yo sigo concentrada en mi móvil como si fuera mi salvavidas.

—Voy al ático, nos vemos allí —se despide Tiero.

—Creo que es mejor que me dejes aquí. No sería fácil de explicar que aparezca en tu coche en la puerta de mi casa.

Tiero asiente y se mete en una de las calles laterales de Halsted.

—Avisa a un taxi para que te lleve —me pide, y yo niego con la cabeza.

—Estoy cerca, puedo ir andando.

—Puedes, pero no quiero que lo hagas.

—Creo que hemos dejado claro que no somos nada como para que me pidas estas cosas.

Me sonríe y asiente. Me bajo del todoterreno y camino hacia Halsted. Desde allí tengo un rato hasta mi casa, pero necesito despejarme.

Escucho el coche arrancar y, cuando miro, está yendo en la dirección contraria. Algo se aprieta en mi pecho. He hecho lo correcto, entonces, ¿por qué siento que soy idiota?

El móvil vibra en mi bolsillo y, al sacarlo, veo que es Tiero.

Me lo he pensado mejor y no estoy de acuerdo. No voy a olvidar tus labios y te aseguro que no voy a dejar que tú olvides los míos.

Mierda.

Llego a casa y le digo a mi madre que me duele la cabeza. Me meto en mi habitación, me pongo el pijama y me meto en la cama. Estoy hecha un lío. Por un lado, sé que su prometida no tiene intención de casarse, pero por otro, él no lo sabe. Así que me trata como la amante. Esa a la que siempre le dicen: «me voy a divorciar», «te quiero más a ti», pero eso nunca sucede. Además, no ha dicho nada de compromiso, solo que le gusto. Y él a mí, no obstante, aquí no hay amor, solo atracción física, una brutal, eso sí.

Cojo uno de mis libros favoritos, *La princesa prometida*, y me pongo a leerlo para tratar de olvidar el día de hoy.

—Iride —escucho que me llaman y me despierto; el libro está en la cama y las luces encendidas. No sé qué hora es, pero fuera ya está

oscuro.

—Pasa —le pido a Sella, y entra.

—Tu madre me ha dicho que no te encontrabas bien, ¿estás enferma?

—No, ya te contaré —le aseguro, pero no le digo cuándo—. ¿Qué haces aquí?

Miro el reloj y veo que son las diez de la noche. Es raro que me visite a esta hora.

—¿Iba en serio lo que me dijiste de que siempre que te necesitara estarías?

—Claro.

Sus palabras me ponen en alerta y salgo de la cama. El libro cae al suelo, pero no lo recojo, esto parece mucho más importante.

—Tengo algo que contarte —comienza, y el tono me asusta.

—¿Me siento?

—Sí.

Joder, esto pinta complicado.

—No he querido meter a Bere en esto por su relación con Franco —empieza, y la cosa pinta mal.

—¿Qué es lo que pasa?

—Estoy embarazada —me confiesa, tocando su tripa.

La miro como si pudiera notar algo, pero ahí no hay más que ropa, al menos es lo que me parece a mí.

—Estoy solo de unas pocas semanas, pero lo amo.

—Normal, es un bebé.

—A él también, me refiero a Michael, al padre de mi hijo.

—Vale —murmuro porque no tengo muy claro qué más hacer—. ¿Qué me estás ocultando?

Y se lo pregunto porque la conozco y sé que esto no es algo que importara como para ocultárselo a Bere. Es una putada y el escándalo va a ser monumental, pero no es la primera en el Outfit que sale con su huevo Kinder y nunca he escuchado que los de arriba se inmiscuyan.

—Michael no es quien dice ser, a ver, sí lo es, conmigo ha sido sincero, no al principio, claro, pero ya sé todo de él. Y él todo de mí.

—Me estás asustando —le confieso, y ella me agarra de las manos.

—Michael es un federal.

—¡¿Qué?! —grito, y ella me tapa la boca.

—Escúchame antes de que me juzgues. Nos hemos enamorado, él estaba tratando de meterse en el Outfit para destapar algunos asuntos turbios y no hemos podido…

Me levanto de golpe y ella se calla. Estar cabreada es el eufemismo del año.

—¿Te has liado con un poli? —le pregunto en voz baja porque esto es muy jodido y no necesito aquí a mi familia enterándose de esto.

—No es un lío.

—Joder, Sella, vino a intentar meter en la cárcel a nuestra familia. ¿Qué hubiera pasado si entregaba pruebas de Lorenzo?

Estoy a punto de volverme loca.

—No, no es así, no quiere a los soldados. Apunta más alto, por eso le he dado la información que podía sacar del despacho de papá.

Amplío los ojos hasta sentir que casi se me salen de las órbitas.

—¿Que tú qué?

—Me prometió que estarían todos a salvo.

—Todos los que a ti te vienen bien.

—A los que quiero —contesta casi enfadada.

Gruño porque no voy a aguantar esta mierda.

Y es en ese momento en el que caigo en la cuenta.

—Tiero lo sabe —murmuro, rememorando la conversación con Franco en el coche.

—¿Qué sabe?

—Que hay un topo. Joder, lo sabe, y sabe que alguien le ha ayudado, y ese alguien eres tú y os van a matar mañana. Mierda, mierda, mierda.

Sella comienza a llorar y yo casi a hiperventilar. La miro y veo a mi amiga, a la que me curaba los raspones por subirme a los árboles, a la que me abrazaba cuando un chico me decía que no era lo suficientemente buena para él, a la que me ofreció ser la valla para saltar a la cuerda.

—Teneis que iros —le digo.

—¿Cómo?

—Que os ayuden los federales, pero teneis que largaros.

—Michael lo ha dejado, ha dicho que no quiere meter a nadie de mi familia en la cárcel —suelta como si fuera el mayor gesto romántico desde que Leo DiCaprio le dejó la puta tabla a Kate Winslet.

—Así que estáis solos.

—Sí.

—No van a permitir los federales que abandone tan fácil —le digo porque es la verdad, y ella lo sabe—. Si creen que se ha pasado a nuestro bando, van a ir a por él.

—Pero no lo ha hecho.

—Pero lo parece.

—No quiero perderlo.

Llora aún más fuerte y me doy cuenta de que lo más sensato es llamar a mi padre y contarle todo. Ella será castigada, espero que no demasiado por su estado, y él… Él irá al aeropuerto. Aunque también, al ser un federal, podría provocar que acusaran a Tiero de asesinato. A pesar de que él no lo hiciera, sería bajo su mando, y eso es lo que los federales esperan.

Mierda.

—Te voy a ayudar a desaparecer —le digo, y le sorprende tanto que deja de llorar.

—¿Cómo lo harás?

Voy a mi armario y aparto la ropa, hay unas cajas de zapatos que en realidad son falsas. Ocultan una caja de seguridad. Tecleo y la abro.

—Mi padre siempre ha tenido miedo de que, por algún motivo, acabáramos en el punto de mira bien del Outfit, bien de la pasma. Así que tenemos un plan de huida en caso de necesitarlo —le explico mientras saco una libreta con varios apuntes—. Tienes que deshacerte de tu móvil y él del suyo. Aquí tienes una lista de lugares en los que podeis alojaros tras coger un coche de alquiler. Este sitio no pide documentación.

Arranco la hoja y se la entrego.

—Pero…

—Toma este dinero —le entrego un fajo—, os servirá durante una temporada. Teneis que tratar de salir del país. No os detengáis hasta

que no estéis fuera. Y no volváis a poneros en contacto con nadie de aquí.

Mis palabras hacen que me duela el alma. Estoy perdiendo a una parte de mi vida y, por como ella llora ahora, sé que ella también.

—No es momento de llorar, coge todo, vuelve a casa, prepara una maleta y largaos ya. Sé que mañana irán a por Michael y tú caerás con él.

—¿Y si descubren que nos has ayudado? —pregunta indecisa.

—Les diré que me robaste. Que me echaste algo en la bebida y no me enteré. Cuando salgas, dile a mi madre que estoy dormida. Me voy a tomar unas pastillas que tengo de mi *Nonna* para dormir por si me hacen análisis.

—¿Crees que llegarán tan lejos?

—No lo dudo.

Sella me mira, mete todo en su bolso y le repito las instrucciones. Llama a Michael antes de romper su móvil y dejarlo en la papelera de mi habitación. Luego me abraza y siento que me derrumbo, pero aguanto por ella, necesito hacerlo por el bebé que nunca conoceré.

—Le hablaré de vosotras —dice tocándose la tripa, como si me hubiera leído el pensamiento—. Te quiero, dile a Bere que la quiero.

—Lo haré.

Me mira un instante antes de abrir la puerta y marcharse para siempre de mi vida.

—Adiós —murmuro, y dejo salir todas las lágrimas que he estado conteniendo.

Nota 15

ME MINTIÓ. PERO LA MIRO Y SOLO VEO LEALTAD

TIERO

No sé qué cojones ha podido fallar. El cebo estaba lanzado, picó el anzuelo, alguien lo hizo, pero no sabemos quién. Y ahora ha desaparecido, alguien de la poli que tenemos comprada nos ha dado el chivatazo. Fuera quien fuera el que estaba infiltrado, se ha largado. Y llevamos dos días comprobando a todos y cada uno de los miembros del Outfit, intentando encontrar quién demonios es el topo.

—¿Ha habido suerte? —le pregunto a Franco, que ya está acabando con la lista de soldados que están por jurarnos lealtad.

No han podido ser ellos, no tienen acceso a esa información, sin embargo, todo nos vale. Cualquier hilo del que tirar.

—Nada, es la segunda vez que lo comprobamos y no hay ni rastro —se queja Franco.

Miro a Salvatore y niega con la cabeza.

—Joder —gruño, tirando el vaso de *wishky* de mi mano contra la pared.

—Voy a tomarme un descanso, quiero llamar a Ber —dice Franco, y le doy permiso.

Necesitamos encontrar algo, lo que sea. Mierda.

Salgo a la terraza del despacho que tengo en mi edificio de oficinas; estoy a punto de gritar de frustración. El aire fresco me sienta bien y puedo despejar algo la mente.

Aunque mi cabeza siempre vuelve al mismo sitio cuando tengo un rato de paz mental: Iride.

—Vamos a encontrar algo, es cuestión de tiempo —me asegura Salvatore, saliendo a despejarse a mi lado.

Nos apoyamos en la barandilla y miramos Chicago a nuestros pies. Todo esto me pertenece, nos pertenece. Y no quiero que se joda.

—¿Pedimos algo de comer? —sugiere Franco al entrar.

—Es buena idea, ¿qué tal tu chica? —le pregunta Salvatore.

Por lo visto, lleva un par de días complicados porque se ha enfadado con una de sus amigas. O algo así nos contó Franco.

—Pues está jodida, que una de tus mejores amigas se fugue con el jardinero y no diga nada debe ser jodido. Si me hicierais algo así, estaría muy cabreado —asegura Franco.

—¿Se ha largado con el jardinero? —inquiere Salvatore. Son dos viejas cotillas que solo saben ir de chisme en chisme.

—Las malas lenguas —y con eso Franco se refiere al bendito grupo de WhatsApp en el que está infiltrado— dicen que la ayudaron a escapar. Os aseguro que Ber no tenía ni idea.

En ese momento me viene la imagen de Iride, pero no porque no pueda sacarla de mi mente, sino porque…

—¿Qué sabemos del jardinero? —pregunto, y mis amigos me miran confusos.

—Es de una empresa del Outfit, ellos hacen sus comprobaciones —comenta Salvatore.

—Tiene que ser él. El infiltrado, y ella es la que le daba información de envíos y demás —suelto, y los dos se quedan pensando.

Volvemos dentro y cotejamos la información que nos robaron con la que podría tener acceso la amiga de Iride y encaja. Jodidamente encaja.

—Tienes razón —murmura Franco sorprendido y me enciendo.

—Traedme a Iride, ella sabe algo seguro —ordeno, y ambos salen de mi oficina.

—La llevamos al almacén, ¿no? —quiere confirmar Salvatore, y yo niego con la cabeza.

—La quiero aquí, de momento.

Mi *consigliere* asiente y se largan ambos. Sé que ha tenido que ser ella, pero no me gusta imaginarla en el almacén que utilizamos para torturas.

Me siento en mi silla del despacho y reviso los papeles que tengo delante. Cada vez estoy más seguro de que el jardinero y la amiga de Iride son las ratas.

Cuando mi secretaria me avisa de que Franco ha vuelto, recojo todo y espero a que entren. Cuando lo hace, Iride no está sola, viene con su padre.

—Se ha empeñado en venir —me explica Franco cuando le doy una mala mirada.

—Si mi hija ha hecho algo soy el responsable, es conmigo con quien tiene que pagarla, señor —dice el viejo, y por un lado me gusta su postura, por otra me cabrea.

—No te he dicho que vengas, así que sales ahora mismo por tu pie o en camilla —lo amenazo, sacando mi arma y quitándole el seguro.

—Espérame abajo, papá, estaré bien —le asegura Iride.

Ni siquiera me mira.

Su padre duda, pero Franco se lo lleva del brazo, dejándonos a nosotros dos a solas en mi despacho.

Cierro la puerta, cojo una maceta que hay en la entrada y la estampo contra la pared. Iride se encoge, pero no dice nada. Arrastro la mesilla al centro y le ordeno que se siente.

—Sé que fueron Rosella y el jardinero los que estaban dándole información a los federales —le suelto, y ella mantiene su cara neutral.

—No sé de qué me hablas.

—También sé que les ayudaste a escapar.

Ella sigue en silencio. Juega con sus manos en el regazo, está nerviosa.

—Si me lo cuentas todo, puede que tenga clemencia, pero si no lo haces, tu hermano no va a entrar jamás al Outfit y tu padre será expulsado. Ya sabes lo que eso significa.

Sigue jugueteando con sus manos y le doy una patada a una mesa que hay cerca, tirando todo lo que tiene encima. Tiembla, pero permanece callada.

Saco el arma y le quito el seguro. Eso parece activarla porque comienza a temblar, mirándome con lágrimas en los ojos, pero todavía en silencio.

—No creas que porque nos dimos cuatro besos significas algo para mí —le suelto, y la forma en la que me mira, como si le hubiera clavado un puñal en el alma, hace que pierda mis palabras.

—Al menos moriré sabiendo la verdad —murmura, mirándome directamente a los ojos.

—Última oportunidad —le aseguro, y apunto mi cañón directo a su frente.

Ella comienza a temblar, está asustada, joder, no me gusta que me mire de esa manera.

—No hay nada que tenga que decir, señor Cavalçanti.

Gruño y, sin pensarlo, aprieto el gatillo.

#16

SI TE PIDEN QUE TRAICIONES, GUARDA SILENCIO

IRIDE

El estruendo del disparo hace que me pite el oído. No me ha dado, pero ha pasado cerca, lo suficiente como para haber temido por mi vida.

Las lágrimas que he intentado aguantar se derraman por mi cara sin remedio y me clavo las uñas en la mano para tratar de contenerlas. Tiero me mira de una manera que no sé cómo interpretar.

—Lárgate —me ordena, y no lo pienso dos veces, me levanto y casi corro hasta la puerta.

Cuando tengo la mano en el pomo, me llama.

—Iride, si descubro que sabes algo, será el final para tu familia —afirma, y tengo que respirar hondo para mantener la compostura.

Sé que debería delatar a Sella, pero no puedo, no sabiendo que hay un bebé de por medio. Solo espero que, cuando se entere, tenga la piedad de castigarme solo a mí y deje a mi familia a un lado.

Voy hasta el ascensor y pulso la planta baja con las manos temblorosas. Veo a mi padre en el vestíbulo y, en cuanto salgo, él corre hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunta asustado, y asiento.

—Sí, no me ha hecho nada.

Franco nos mira, me está evaluando, así que yo le sostengo la mirada, no puedo dejar que él sospeche algo. Es bueno que Bere no

supiera nada, esto podría haberles jodido la relación, porque no tengo dudas de que ella hubiera ayudado a Sella a escapar.

—Cuéntamelo todo —me pide mi padre mientras salimos del edificio.

Un coche nos espera fuera y dudo si subir, pero cuando Marco y Lorenzo bajan de él, respiro aliviada.

—Os llevaremos a donde necesitéis —dice mi hermano como buen soldado.

En la parte de atrás del coche mi padre insiste en que le diga qué ha pasado, pero no quiero contarle cómo me han apuntado con un arma en la cabeza por segunda vez esta semana, así que le hago el resumen Disney de la situación.

Papá me abraza y besa mi cabeza. Trata de convencerme de que no trabaje hoy, pero quiero ir, necesito un poco de normalidad en mi día.

Lorenzo me deja en la clínica y me promete que va a estar al tanto. Sé que está preocupado porque la forma en la que me han llevado ante Tiero; ha sido, cuanto poco, una escena terrorífica. Que el *consigliere* y el *underboss* vengan de propio a llevarte ante el jefe acojona al más valiente.

Me dirijo al interior y noto que los cuchicheos a mi alrededor no cesan ni cuando entro en la cocina. Todas las personas con las que me cruzo parecen saber que yo he tenido algo que ver con la fuga de Sella.

—Si quereis un buen chisme, os daré un puñetazo en la cara para que tengáis las noticias de primera mano —amenaza Bere al entrar y, acto seguido, echa a las dos enfermeras del otro turno y a un celador que estaban ahí cuchicheando.

—Gracias —le digo, bebiéndome el café que no debería tomar con los nervios que tengo ahora mismo.

—¿Qué ha pasado?

Le cuento lo que puedo. No le voy a reconocer que sabía lo de Sella porque no quiero que le caiga a ella la mierda. Así que solo le digo que Sella sabía lo del dinero que tenía guardado y que me robó drogándome.

—Joder —murmura Bere, y asiento.

—Es mejor que nadie sepa esto tampoco, ¿de acuerdo?

Asiente y salimos de ahí para volver al trabajo. Después de comer, cuando mi turno acaba, mi padre me espera en la puerta de la clínica. Eso nunca es algo bueno.

—Tenemos que hablar —dice, y eso me asusta.

Caminamos por la calle tranquilamente mientras espero a que comience a hablar.

—La gente está empezando a decir que el jardinero ese de Sella era un poli infiltrado —me suelta, y tengo que contenerme para que no note que ya lo sabía.

—¿De verdad? —pregunto como si fuera la primera noticia que tengo.

—Sí, y lo que es peor, creen que les ayudaste —voy a replicar, pero mi padre levanta la mano para que calle y prosigue—, así que hay que adelantar lo del tema de la boda para que tu reputación no se vea salpicada.

—¿Cómo que adelantar?

—Enrico le ha dicho a tu hermano que le gustaría que fuera su cuñado. Está esperando el momento oportuno para hacer su oferta.

—No me quiero casar con él.

—No es decisión tuya, Iride.

—¿Es que no valgo nada para ti? —le pregunto enfadada.

—Las cosas son como son. Ahora mismo, comprometerte con Enrico le daría a tu hermano la oportunidad de emparentar con un capo y así ascender dentro del Outfit.

Sus palabras me hieren como si de un puñal se tratara. Yo nunca fui importante, una moneda de cambio que cualquiera puede tener si sabe pagar el precio.

—No pienso casarme con él —declaro, y salgo corriendo.

Escucho a mi padre llamarme, pero no me detengo, no puedo, necesito correr hasta que mis pulmones ardan y dejar atrás toda esta mierda.

Para cuando mi cuerpo pide que pare, mi estómago no lo resiste y vomito lo poco que había comido en la clínica, café incluido por lo que veo en mi segunda arcada.

Me apoyo contra una pared de ladrillo y respiro hondo. Voy hasta un puesto de periódicos y le pido una botella de agua fría. Sentirla en mi garganta me alivia.

El cielo está nublado y pronto los truenos comienzan a retumbar sobre mi cabeza. El sonido de mi móvil me saca de mis pensamientos y, cuando veo quién es, empiezo a temblar tanto que casi se me cae de las manos.

—Tiero, ¿qué quieres?

—Te lo dije, despídete de tu familia.

Dice eso y cuelga.

Joder. Lo sabe. Lo sabe y va a matar a mi familia por mi estúpida lealtad. No puedo permitirlo.

Las primeras gotas comienzan a caer mientras mi corazón late a mil por hora, amenazando con salirse de mi pecho si no me tranquilizo. Tomo aire tres veces y llamo a Bere.

—Holiii —dice nada más contestar.

—¿Tú sabes dónde vive Tiero Cavalçanti? —le pregunto sin más, y ella se queda pensativa.

—Sí, Franco tuvo que llevarle algo una vez que teníamos una cita. ¿Por qué lo preguntas?

—Necesito hablar con él.

—Iride, no sé si es buena idea. Franco me ha dicho que está bastante enfadado con algún tema del Outfit.

—Lo sé, pero es necesario que hable con él en privado. Por favor —le ruego, y ella accede.

Me indica la calle y me dice cómo es el edificio. No se acuerda del número, pero eso es un puente que ya cruzaré cuando llegue.

Cojo un taxi y voy hasta allí. Es un edificio altísimo y no tengo duda de que estará ocupando uno de los áticos. Pruebo suerte y el portero me dice que no está en este momento.

La lluvia se ha vuelto más intensa y trato de resguardarme mientras espero a que vuelva, pero el portero no me deja; doy mala imagen por lo visto. Me saca del frente del edificio y necesito pensar qué puedo hacer.

Dudo de que venga andando, así que me arriesgo y voy hacia la entrada del *parking*; en algún momento tendrá que pasar por aquí.

A estas alturas ya estoy calada hasta los huesos, no me importa lo más mínimo. Me siento junto al poste donde está la cerradura para entrar al *parking* y espero hasta que Tiero aparezca.

Pasan dos horas y la lluvia no cesa. Estoy temblando y ya no siento las manos, sin embargo, no voy a irme de aquí hasta que no vea a Tiero.

Cuando un coche deportivo se detiene a mi lado, estoy segura de que me va a echar de aquí; yo, en su lugar, lo haría, pero al bajar la ventanilla veo quién es y respiro hondo.

—Hola, Tiero.

Nota 16

EL SILENCIO ME RECUERDA QUE NO ME ES INDIFERENTE

TIERO

He dejado a Sofía en casa de mi madre. Hemos vuelto a salir a cenar y cada vez estoy más convencido de dos cosas: no es la mujer indicada para mí y su guardaespaldas es gilipollas.

No puedo evitar pensar en Iride. Cuando he recogido a Sofía, su guardaespaldas me ha preguntado por ella como si se conocieran de forma íntima, y eso me ha hecho comenzar en mi cabeza una batalla que se ha saldado conmigo llamándola y amenazándola. Joder.

Estoy llegando a mi edificio y apenas puedo ver por la lluvia. Giro para entrar en la calle trasera donde se encuentra la entrada del *parking* y veo una figura acurrucada junto a la verja. Con mi mando, comienzo a abrirla y voy despacio. Espero que no sea un vagabundo que quiera tirarse sobre el coche para pedir indemnización.

Cuando estoy pasando hacia el interior, me doy cuenta de que no es ningún vagabundo, sino una mujer que me ronda la cabeza desde hace días. Parpadeo, tratando de centrarme y averiguar si realmente está ahí; cuando lo hago, paro el coche y me bajo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, aunque no la dejo responder.

Está totalmente calada, sus labios azules me dicen que el frío le está llegando al alma, así que no lo pienso demasiado y la cojo en brazos. Ella se queda rígida un instante, ¿me tiene miedo?

Por supuesto que lo hace, la apunté con un arma, incluso disparé a su lado. He amenazado a su familia hace un par de horas y, aun así, en vez de correr, se ha presentado aquí. Asustada, pero dando la cara.

Abro la puerta del copiloto y la meto dentro. La lluvia me moja entero en esos pocos segundos que tardo y, cuando vuelvo al coche, me doy cuenta de que ella ha debido estar un rato bajo el agua.

—¿En qué demonios pensabas? —le pregunto, viéndola temblar.

Pongo la calefacción a tope. El tiempo ya ha cambiado, estamos acercándonos a la Navidad y el frío ha llegado para quedarse.

—Nece…ne…—Está tiritando tan fuerte que apenas puede hablar.

Aparco en mi sitio, junto al ascensor, y salgo del coche. En el maletero llevo un abrigo de Franco que se dejó el otro día. Lo saco y se lo pongo encima, el mío también está empapado, así que me lo quito y lo dejo en el coche.

La vuelvo a coger y acerco mi reloj para que nos conduzca al piso de arriba. El ático nos recibe cálido y noto que Iride no deja de temblar. La llevo a mi habitación y se tensa.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta asustada, y quiero pegarme un tiro por provocar que ella se sienta así conmigo.

Puede que esté cabreado por la traición, pero a la vez también admiro su lealtad, y hace que me guste todavía más. ¿Cómo de jodido es eso?

—Necesitas quitarte esa ropa, te dejaré algo, dúchate para entrar en calor —le explico, entrando en mi baño.

Ella se queda parada observando a su alrededor y yo salgo para traerle un par de pantalones de deporte y una camiseta. Lo dejo sobre el lavabo y le indico dónde está todo. Abro la ducha y controlo la temperatura. Sigue sin decir nada.

—Si necesitas algo, estaré fuera —le digo, y salgo de ahí cerrando la puerta.

Cojo ropa seca y voy al baño de la habitación de invitados. Necesito una ducha caliente para entrar en calor, y eso que apenas he estado unos segundos bajo la lluvia, ¿en qué cojones estaba pensando Iride?

Salgo y voy a la cocina, me preparo un buen café y espero a que venga. Tarda un poco más, escucho el sonido del secador y sonrío al pensar que ha revisado mis cajones.

Cuando abre la puerta de mi habitación, lo hace con su ropa mojada en las manos y una cara precavida, a la espera de mi forma

de actuar. Cojo una bolsa del tercer cajón y voy hasta ella, se encoge levemente y le quito la ropa para meterla, luego dejo la bolsa junto a la puerta y le indico que me siga.

Se sienta en un taburete de la isla de la cocina frente a mí, desde ahí puedes ver el salón y las puertas a las distintas habitaciones y mi despacho. También hay una enorme cristalera que deja una vista preciosa de Chicago a nuestros pies.

—Gracias —murmura sin mirarme.

—¿Qué hacías bajo la lluvia?

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Es por mi llamada de antes? —pregunto, y asiente—. ¿Conoces al guardaespaldas de mi prometida?

Alza la vista por primera vez y vuelve a asentir despacio.

—Sé quién es —contesta insegura.

—¿Has estado a solas con él? —le lanzo directamente, y ella niega con la cabeza.

—Siempre ha estado la señorita Rosetti delante —asegura, y eso me hace sentir mejor.

—Bien, habla entonces.

—Primero prométeme que no le harás daño a mi familia.

—No estás en posición de exigir nada.

—Lo sé, y no es una exigencia, es un favor. Todo el castigo debería recaer sobre mí, no tienen la culpa de que yo sea parte de su familia.

La observo detenidamente. Verla con mi ropa, en mi casa, hace que imagine cosas que no sé si pueden pasar, pero que me gustaría. Y eso hace que me replantee hasta dónde estoy dispuesto a llegar por el Outfit, lo cual me asusta, porque hasta que ella llegó a mi vida no había dudas. Mi vida era de esta organización.

Rodeo la isla y me pongo justo frente a ella, que se ha girado para que estemos cara a cara. La cojo de la cintura, vuelve a encogerse, y la subo sobre la encimera.

—No me gusta que me temas —le aclaro para que sepa que no es lo que busco.

—Lo siento.

Baja la vista y yo la obligo a mirarme, cogiendo su barbilla y alzándola para que sus ojos marrones, del color de la tierra mojada, se enganchen con los míos.

—Hagamos una cosa, cada vez que sienta que quiero castigar a tu familia, me darás un beso.

Lo suelto como condición, pero solo el pensarlo me está poniendo duro. Por suerte, ella no mira para abajo porque si no vería la tienda de campaña que hay montada ahora en mis pantalones.

—No lo entiendo.

—Eres inteligente, Iride, por eso estás aquí, así que cada vez que digas algo que sabes que merece castigo, me darás un beso. Así me olvidaré de llamar a mi segundo al mando para mandar a por tu familia, ¿te parece bien?

Ella frunce el ceño, confundida, y asiente despacio. Si supiera que yo estoy igual de confuso, es probable que se burlara de mí. En cualquier otro momento, con cualquier otra persona, esta conversación la tendríamos en el almacén, atada en una silla y con el suelo cubierto de plástico mientras limpio mi instrumental de tortura. Sin embargo, solo de pensar en ella en ese lugar hace que se me revuelva el estómago.

—Acércate —me pide en un tono tímido que me enciende.

—¿No quieres que nadie oiga lo que tienes que decir? —le pregunto, interesado en su petición.

—Es que voy a tener que darte el primer beso en cuanto diga la primera frase —confiesa, y contengo la sonrisa que quiere salir porque, al fin y al cabo, se supone que esto debe ser un castigo.

Doy un paso hacia ella y me acomodo entre sus piernas. Ellas las abre y me la imagino por un momento tumbada mientras me como su coño; noto cómo mi polla se moja de pensarlo.

—Te mentí, sí que ayudé a Sella a escapar —revela, y sin dejar pasar ni un segundo, acerca su boca y me besa.

Y, joder, ese puto rayo que siempre me atraviesa cuando nuestros labios se juntan me recorre entero, dejándome con ganas de más.

#17

TORTÚRALO, AUNQUE A TI TAMBIÉN TE DUELA

IRIDE

Me retiro un momento después de iniciar el beso y Tiero se inclina sobre mí, pero retrocede al instante, aunque solo un poco. Mi espacio personal ahora mismo no existe.

—Prosigue —me pide, respirando pesadamente.

Sé que esto es una forma de torturarme, que no le intereso más allá de ser un buen polvo, él mismo me lo dijo antes de casi pegarme un tiro. Sin embargo, en sus ojos veo un hambre que hace que me estremezca.

—No puedo decirte nada que provoque su muerte —trato de explicarle—. Sé que lo que hizo está mal, pero sigue siendo mi amiga.

Gruñe y vuelvo a besarlo. Esta vez profundizo mi beso y mi lengua recorre sus labios antes de volver a separarme. Tiero sigue mirándome y pone una mano en mi espalda. Me arrastra hacia él y noto su polla dura justo contra mi centro.

—Joder —sisea, y siento que ahora mismo tengo poder en esta situación.

Comienzo a mover mis caderas y, cuando encuentro el punto perfecto para mí, me arqueo.

—Sigue —me ordena mientras él baja su boca a mi cuello y me retiene contra su cuerpo.

—No sin antes una promesa de tu parte de que no le vas a hacer daño —logro decir entre jadeos.

Noto su sonrisa contra mi piel y hace un recorrido de lametones hasta mi oreja. Cuando juega con mi lóbulo, suelto un gemido que provoca que su polla se sacuda.

—Tendrás que darme algo a cambio de esa promesa —murmura mientras sigue mordiendo mi oreja.

—No soy una puta —le recuerdo, y siento su risa en mi piel, erizándome el cuerpo entero.

—Lo sé, no te pido eso —asegura mientras aprieta más mi cuerpo contra el suyo.

—Si sigues así, creo que me voy a correr —le confieso en un momento en que mi mente está nublada, y parece que eso le llama la atención.

—¿Crees? —pregunta, separándose un poco y mirándome.

Noto el calor incendiar mi cara y no tengo duda de que ahora mismo estoy roja.

—Nunca he tenido un… ya sabes…

—¿Orgasmo? —pregunta confundido, y asiento.

No le voy a decir que lo he intentado, que algún novio lo ha intentado, que hasta he visto porno, pero no hay forma de que consiga llegar hasta el final.

—¿Nunca has tenido un orgasmo? —reitera, y yo asiento.

Sus ojos se oscurecen y hay un brillo en ellos que no sé si me excita, me asusta o ambas cosas a la vez.

—Bien, tu primer orgasmo a cambio de la verdad sin consecuencias para tu amiga —me propone, y yo asiento.

En cuanto lo hago, mete la mano en mis pantalones y cuando se da cuenta de que no llevo bragas gruñe. Comienza a besarme con más intensidad. Coge mi pelo y tira de él para que suba la cara; me encuentro completamente a su merced. Un dedo recorre mi centro y noto que me humedezco al instante. Sonríe. Juega un poco con mi clítoris y el cosquilleo de placer comienza a formarse. Sigue frotando mientras me sigue besando. Aumenta la velocidad y mis caderas lo acompañan, mis gemidos apenas le permiten besarme, y eso hace que aumente la presión en mi centro hasta que, de pronto, mete dos dedos dentro de mí y grito cuando golpea el punto exacto en mi interior y un orgasmo me recorre de pies a cabeza, haciendo que me

tense. Tiero sigue moviendo sus dedos y el placer se prolonga hasta que otro orgasmo explota y tengo que agarrarle la mano para que se detenga.

Entiende lo que le pido y sonríe. Saca sus dedos y después los lame delante de mí. Joder, nunca me había logrado correr, menos dos veces y aún menos excitarme viéndolo limpiar mis jugos con su lengua.

Se aleja y saca una botella de agua de la nevera, llena un vaso y me lo da. Me lo bebo y me fascina darme cuenta de cuánto lo necesitaba sin saberlo. Cuando termino, lo dejo a un lado y ambos nos quedamos mirando con la respiración agitada y su polla claramente deseando la misma atención que he recibido yo.

—¿Quieres que…?

No sé ni cómo preguntarle, esta situación se escapa a mi control.

—El trato era darme tu primer orgasmo —contesta, y asiento.

—Mejor, nunca he hecho algo así.

En dos zancadas lo tengo de nuevo entre mis piernas, tan pegado a mí que tengo que alzar la vista para poder mirarlo a la cara.

—¿Nunca? —inquiere, y niego con la cabeza.

—Ya te lo he dicho, no soy una prostituta.

Sonríe.

—No, no lo eres. Sin embargo, sí que eres una caja de muchas primeras veces —comenta, y me muerde el labio.

—No es necesario burlarse de mi falta de experiencia —murmuro cabreada.

—Oh, no, *Ancora*, no me burlo, solo anoto en mi cabeza que quiero ser el último de tus primeras veces.

Sus palabras me confunden, pero antes de que pueda procesarlas, me coge y me lleva hasta el sofá. Me sienta y él se deja caer a mi lado.

—Ahora dime todo lo que sabes.

Le cuento todo, han tenido un par de días para huir y, no soy idiota, en cuanto Tiero hablara con mi padre, este le podría contar sobre los planes de escape que tenemos y descubrir su pista. Además, me ha prometido no hacerle daño a Sella. Lo que ocurra con Michael me da igual.

Me escucha atento, su mano sobre mi pierna en todo momento. Sentir su calor me da algo de paz, aunque no me olvido de que lo he traicionado, al Outfit, y que eso me va a pasar factura en algún momento. Esto es solo tiempo comprado.

—Hay algo que no entiendo —dice una vez que termino–. ¿Por qué no la delataste en cuanto te dijo todo? ¿Es porque estaba embarazada?

—Esa es una de las razones.

—Pero puso en peligro a tu familia —insiste.

—Es que ella también lo es. Si Franco o Salvatore estuvieran en esta situación, ¿los entregarías para que los mataran?

Su falta de respuesta me dice que haría exactamente lo mismo que yo.

Se levanta de golpe y va hacia su habitación. Cuando sale, tiene el móvil en la mano. Lo observo mientras teclea y finalmente me mira.

—Hay un coche abajo esperándote para llevarte a casa.

Si me hubiera pegado un tiro me hubiera dolido menos, pero no puedo decir que no me advirtió. Hicimos un trato, consiguió lo que quería y ahora ya no le sirvo. Así que me descarta.

—¿Están Sella y mi familia a salvo? —le pregunto mientras recojo la bolsa de ropa de la entrada.

—Sí, tienes mi palabra.

Dicho esto, salgo del ático y me meto al ascensor. Se pone en marcha y me imagino que Tiero lo controla desde su casa. Salgo fuera y la lluvia vuelve a empaparme, solo que ahora la ropa que llevo es la del único hombre que ha hecho que mi corazón se rompa cuando ni siquiera sabía que se lo había empezado a entregar.

Nota 17

SU CASTIGO FUE MI TORTURA

TIERO

Desde mi despacho puedo ver las luces de Chicago. La Navidad ha llegado y todo es de color rojo, verde y dorado.

Ha pasado más de un mes desde que Iride estuvo en esta casa, un mes desde que le di su primer orgasmo y después la eché con la promesa de no ir a por su amiga. Un mes en el cual no he podido dejar de pensar en ella, de acosarla desde la sombra y de asegurarme de que Enrico no se plantea proponerle matrimonio.

El teléfono vibra sobre la mesa y el nombre de Vasili aparece iluminado. No me sorprende. Los rusos nunca llaman de día.

—Dime, ruso.

—Qué tono más dulce, Tiero —se burla—. No sabía que los italianos trabajaban tan tarde.

—Trabajo mientras los demás se esconden —respondo, apoyándome en el respaldo de la silla—. ¿Qué quieres?

—Avanzar. —Hace una pausa—. Greenwood necesita movimiento. Tengo a mis hombres listos, pero necesito tus contactos. Los nombres que me prometiste.

—Los tengo. —Abro una carpeta sobre la mesa. Documentos, nombres, contratos que parecen limpios, aunque no lo son—. Empezaremos por Leonardo Ruzzi. Constructor, político ambicioso. Se mueve bien entre los que venden moral a cambio de votos. Si lo pones al frente, los periódicos lo verán como un milagro urbano.

—Y nosotros veremos dinero limpio entrar —completa Vasili.

—Exacto. También está Bianca Pagani. Tiene una fundación. Le gusta posar con alcaldes y fingir que cree en la redención de los

barrios. Si su nombre aparece junto al proyecto, nadie preguntará de dónde sale el dinero.

Vasili suelta una breve carcajada.

—Te rodeas de santos, italiano.

—Solo de los que rezan cuando hay cámaras —digo.

Escucho el sonido del hielo al chocar contra el cristal. Él bebe. Siempre bebe cuando no quiere pensar.

—¿Y el resto?

—Hold Zeta, en Zúrich. Fondo discreto, legalmente intocable. Qaryat Capital, en Dubái, se encargarán de las inversiones internacionales. Y Studio Montorsi, mis abogados. Ellos se ocupan de disfrazar lo que no debe tener nombre.

Silencio. Oigo su respiración pesada. Puedo imaginarlo, sentado en su oficina, con los ojos entrecerrados y la pistola apoyada sobre la mesa como si fuera un pisapapeles.

—Tus contactos son oro —dice al fin—, pero ya sabes que no confío en los milagros.

—Por eso los milagros los gestiono yo. Tú solo mantén a tus hombres lejos de los problemas.

—Eso es imposible.

—Entonces, mantenlos vivos.

Hay un golpe al otro lado. Un ruido sordo, pasos, alguien hablando rápido en ruso. Vasili murmura algo, lo cubre con la mano y durante unos segundos escucho solo caos amortiguado. Después, su voz vuelve más tensa.

—Nada grave. —Hace una pausa breve—. Han llegado algunos de mis hombres. Heridos.

No pregunto por qué. En nuestro mundo, los heridos no son noticia, solo parte del inventario. Pero el sonido, el tono, la mención… Algo se detiene dentro de mí.

Heridos.

Y, de repente, como si el aire se volviera más denso, la recuerdo.

Iride.

No debería.

No quiero.

Pero la mente no entiende de órdenes cuando se trata de ella.

La veo con su bata blanca, el cabello recogido sin cuidado, un mechón cayendo sobre la mejilla mientras intenta ocultar que tiembla.

Sus manos, firmes, sosteniendo la vida de un hombre que no lo merece.

Su mirada clavada en la mía, rebelde, valiente, suicida.

La primera vez que la besé fue un error.

La segunda, una rendición.

Después, nada más.

Nada… excepto el recuerdo de que me traicionó, y eso no puedo perdonarlo.

—Tiero —dice Vasili, sacándome de golpe de mis pensamientos—, ¿sigues ahí?

—Sí. —Mi voz suena más áspera de lo que esperaba—. Decías que los tuyos están heridos.

—No es nada. Viejas rencillas. —Hace un ruido de fastidio—. Uno de ellos sangra más de la cuenta, pero ya lo están atendiendo.

Asiento, aunque no puede verme. No por comprensión, sino porque la imagen de Iride aún me ronda.

Esa mujer tiene una habilidad innata para aparecer donde duele.

—Tiero, ¿estás tomando notas o soñando con mis hombres? —ironiza Vasili.

—Escucho. —Respiro hondo y vuelvo al presente—. Te enviaré los nombres esta noche. Pero óyeme bien: si alguno de tus contactos se mueve antes de que yo lo autorice, el acuerdo termina.

—Tranquilo, capo. —Su tono se suaviza, casi divertido—. No quiero volver a pelear contigo. No de momento.

—Lo mismo digo.

—Entonces, brindemos por ello.

Oigo el tintinear del vaso y sonrío sin hacerlo.

—Brinda por mí. Yo tengo trabajo que no se puede celebrar.

Cuelgo antes de que diga nada más.

El silencio vuelve, pesado.

Camino hasta la ventana.

Apoyo la frente contra el cristal frío y dejo que el recuerdo vuelva, inevitable.

Iride.

Su nombre suena como una herida que no termina de cerrarse.

El compromiso con Sofía sigue en marcha. Ha vuelto para pasar las navidades con nosotros. Estoy empezando a cansarme de tenerla alrededor, aunque, para ser sinceros, solo viene a Chicago, pero no me exige que pasemos tiempo juntos.

El teléfono vuelve a sonar y es Franco quien llama ahora. Es raro que lo haga a esta hora.

—¿Qué ocurre? —pregunto nada más descolgar.

—Los federales quieren cargarnos la desaparición del poli.

Joder. El tipo se largó con la amiga de Iride, ella los ayudó y yo accedí a dejar todo como estaba solo porque… No sé, porque soy gilipollas.

—¿Qué sabes? —inquiero, sirviéndome un vaso de *wishky*.

—Mi contacto de la Policía me ha dicho que ha habido detenidos. Tienen a alguien a quien interrogar y…

Se calla y espero a que continúe, pero no lo hace.

—¿A quién tienen? ¿Es peligroso? ¿Sabe algo? Y lo más importante, ¿podemos llegar a él antes de que cante?

Si es necesario matar a una rata que nos va a delatar en una comisaría de Policía no dudaré en hacerlo. Tengo medios.

—Es Iride, a la que se han llevado esposada es a Iride Marchesano.

Voy a matarlos a todos.

#18

SI TE LLAMAN A DECLARAR, NO PIENSES EN ÉL

IRIDE

Que un grupo de hombres armados irrumpan en tu casa de madrugada puede ser entretenido cuando lo estás viendo en la tele, cuando te pasa a ti es aterrador.

Solo tardaron unos segundos desde que derribaron la puerta hasta que llegaron a mi habitación. Mi padre salió armado, mi hermano también, ambos acabaron en el suelo boca abajo hasta que comprobaron que tenían sus licencias.

Mi madre trató de llegar hasta mí, pero no la dejaron. Yo era el objetivo. Me aislaron desde el primer momento, ni siquiera me dejaron vestirme. Al menos pude coger un sujetador antes de que llevaran a interrogar, aunque, por supuesto, tuve que ponérmelo delante de ellos.

Putos cerdos.

—Pasa por aquí, enseguida vendrán a tomarte declaración.

Me meten en una sala y me quitan las esposas para ponerme otras que hay en una mesa en el centro. Me siento y me las ajustan, tanto como las otras, y veo la piel de mis muñecas roja.

—¿Alguien me va a decir qué hago aquí? —vuelvo a preguntar.

—Ahora vendrán a explicarle todo —me asegura uno de los que ha irrumpido en mi casa—, pero piense bien qué va a decir. El hecho de que ya tuviera a su abogado esperando cuando hemos llegado es un gran cartel de CULPABLE.

Dicho esto, se larga y me deja sola en la sala.

Tengo frío. En casa tenemos una buena calefacción, así que duermo en pantalón largo y camiseta de manga corta. No hay nada que disfrute más que ver cómo nieva desde mi cama, bien tapadita y con un libro en las manos. Pero esta sala está helada y mi piel se eriza por el frío que siento.

Quince minutos después, según el reloj de la pared, entran un hombre que parece poli y otro que debe ser mi abogado.

—Señorita Marchesano, soy Alonzo Bassi y la representaré en el día de hoy —se presenta y me tiende la mano.

Voy a devolverle el saludo, pero las esposas me lo impiden. Un segundo después suena su teléfono, lo saca y contesta, asiente un par de veces y después cuelga.

—Tengo que salir un instante —se disculpa y se va.

Me quedo en un incómodo silencio hasta que regresa dos minutos después y trae consigo un abrigo de hombre.

—Mi clienta no está detenida ni ha cometido ningún delito del que puedan acusarla, por lo que el hecho de usar esposas está fuera de lugar —comienza el señor Bassi.

El poli, el cual ni se ha presentado, lo mira y asiente. Saca unas llaves del bolsillo y me quita las esposas. Me froto las muñecas y veo que me ha hecho una pequeña herida en la derecha, nada que no se cure con una tirita.

—Póngaselo —me pide mi abogado, sujetando el abrigo ante mí.

Me lo coloco y enseguida noto el calor. Eso y un olor familiar, ¿Tiero?

—Comencemos —dice el poli revisando unos papeles, después me tiende una foto de Michael—. ¿Conoce a este hombre?

—Sí.

—¿Qué relación mantenía con él?

—No conteste si no quiere —dice el señor Bassi a mi lado, pero no tengo nada que ocultar.

—Es el novio de mi amiga Rosella.

Saca una foto de un archivo y la tiende hacia mí. En ella se ve el cadáver de un hombre mutilado, la cara desfigurada y mucha sangre alrededor.

Me quedo paralizada, ¿qué le ha pasado? ¿Está bien Sella? ¿Tiero los ha encontrado? Tengo miedo y tiemblo ligeramente, aunque el olor que se desprende del abrigo me calma de una forma que me confunde.

—Este podría ser él —comienza el agente—, y su amiga podría estar en la misma situación, solo que no la hemos encontrado. Aún.

Las lágrimas amenazan con salir. Trato de calmarme, pero no puedo dejar de imaginar a Sella tirada en alguna cuneta, con las tripas fuera y sola, muy sola.

No me pasa desapercibido el hecho de que ha dicho que podría ser. Así que ese no es Michael, solo están jugando con mi mente.

Paso la siguiente hora contestando preguntas. En todas soy muy monosilábica. Mi padre me enseñó bien. Me muestran fotos de Tiero, también de Salvatore y de Franco. Me hablan de mi padre, de mi hermano y de la familia que puedo salvar si hablo. No lo voy a hacer, no soy una soplona y no hay cárcel que me pueda convencer de delatar a alguien del Outfit; eso es cavar la tumba de mi apellido al completo.

Cuando el poli se da cuenta de que no va a conseguir nada más, cierra todo y se levanta.

—Una cosa más, Iride. Si de verdad quieres ser una buena persona, aléjate de esa gente y ven a hablar conmigo, te daremos a ti y a tu familia un lugar donde vivir en el cual jamás os encontraran.

Me tiende una tarjeta, la cojo, la miro y leo su nombre: Thomas Jefferson. Sonrío. Este se cree presidente y no llega a limpiabotas.

Rompo la tarjeta en pedazos y los dejo caer sobre la mesa.

—Soy señorita Mascherano, buenas noches.

Salgo de allí con la cabeza en alto. Al menos, todo lo que puedo mientras atravieso una comisaría siguiendo a mi abogado con un abrigo que me va enorme, pero que tapa el pijama que llevo.

Salimos a la puerta y el señor Bassi me tiende su tarjeta.

—Si vuelven a acosarla de cualquier manera a usted o su familia, no dude en llamarme.

—¿Cómo sabía que estaba aquí? ¿Y cómo le pago?

—Mi jefe recibirá la cuenta. Si tiene más preguntas, él la espera en su coche.

Miro hacia donde señala y veo una limusina negra esperando en la calle lateral. Avanza y para justo delante de nosotros, se abre la puerta y Tiero sale del interior, le agradece al abogado y después me tiende la mano.

Dudo qué hacer, sin embargo, no hay mucha opción, aunque quiera hacer parecer que sí la tengo.

Me dirige al interior; cuando entro, me doy cuenta de que el cristal negro que hay entre el conductor y nosotros nos aísla del mundo.

—Te juro que no he dicho nada —le aseguro en cuanto el coche arranca.

—Lo sé —contesta con una seguridad y una intensidad en la mirada que me hace temblar ligeramente.

Me froto las muñecas, como si aún llevara las esposas, y él frunce el ceño. Coge mi mano derecha y la examina. Luego aprieta un botón y habla:

—Para en la farmacia y consígueme desinfectante, gasas y una veda.

—Sí, señor.

—No es necesario, no es nada —le aseguro, pero no me suelta.

El coche se detiene, escucho la puerta abrirse, cerrarse y todo esto en un incómodo silencio. No tengo muy claro en qué situación estoy. Un par de minutos después, tocan el cristal, Tiero lo baja y coge una bolsa con lo que ha pedido. Vuelve a subirlo y, tras eso, la limusina vuelve a iniciar su marcha.

—¿Has matado a Sella? —le pregunto abiertamente. No puedo soportar que me toque si le ha hecho algo.

Saca las gasas y las moja en el desinfectante; recojo mi mano porque no me contesta. Me mira y en sus ojos veo oscuridad, una que debería asustarme, pero no lo hace.

—No, ella está a salvo.

Tiende su mano hacia mí y coloco mi muñeca sobre ella. Sus dedos son delicados y sopla mientras me desinfecta la herida. Cuando termina, coloca una pequeña venda a mi alrededor y me besa la mano una vez que termina.

—No voy a decir nada por mucho que me saquen de la cama de madrugada —le insisto.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás enfadado?

Me mira y respira hondo.

—Porque unos hombres entraron a tu habitación, te asustaron, tuviste que vestirte delante de ellos, ni siquiera dejaron que te cambiaras a algo más cálido, y después te esposaron como si fueras una vulgar ladrona. Joder, ni siquiera les llegabas a la altura del hombro.

Lo miro sin entender nada. Todo eso ha pasado, pero no ha sido culpa mía, creo.

—Lo siento —me disculpo, sin saber qué más hacer.

Tiero me mira y veo el fuego en sus ojos. Coge mi cara entre sus manos y apoya su frente en la mía.

—No te disculpes, soy yo quien te ha expuesto a todo esto y luego no he estado ahí para protegerte —murmura como si fuera una maldición—. Pero eso se ha acabado, eres mía, Iride, empieza a asumirlo.

Sus palabras no llegan a establecerse en mi mente antes de que su boca se lance contra la mía y su lengua pida paso, y se lo doy con gusto. Lo he echado de menos este mes, no sé cómo ha logrado meterse en mi cabeza, pero lo ha hecho. Y ahora me asusta todo lo que eso puede significar.

Cuando el coche se detiene, él se aparta, sale y espera a que haga lo mismo. Estoy aturdida. Estamos frente a mi casa. Mi padre en la puerta, junto a mi hermano y mi madre. Salvatore está con ellos. Este último se dirige hacia nosotros mientras Tiero ajusta el abrigo a mi cuerpo. Las luces de algunas casas, ya decoradas para la Navidad, iluminan la noche a nuestro alrededor.

—¿Es tuyo? —le pregunto, sintiendo aún sus labios sobre los míos.

—Me ha costado mucho no entrar allí y pegarle un tiro al imbécil de Jefferson cuando te he visto temblar —me confiesa, luego me da un beso en la frente y me gira para que me meta en casa—. Hace frío, hablaremos más tarde.

Me dirijo hacia mi casa y veo en la cara de mi familia que están igual de alucinados que yo ante lo que acaban de ver.

—¿Estás bien? —me pregunta Salvatore cuando me lo cruzo, y asiento.

Sonríe y llega hasta donde se encuentra Tiero.

Justo cuando estoy junto a mi familia, me giro y veo que la limusina arranca. Siento su mirada, aunque no la veo debido a los cristales oscuros. Sin embargo, hay algo que ha dicho que no me deja la mente tranquila, incluso aunque tenga a mi familia preguntándome qué demonios ha pasado.

—Necesito una ducha caliente, después hablamos de todo —les digo.

Al menos, de todo de lo que estoy dispuesta a hablar.

Subo a mi cuarto y veo que está todo revuelto. Me sorprende darme cuenta de que la puerta de entrada ya no está rota. Cojo mi móvil y busco la conversación con Tiero; necesito sacarlo de mi mente, así que le escribo un mensaje:

No soy tuya, empieza a asumirlo.

Lo envío y siento que es lo correcto. No puede venir en plan macho alfa y pretender que no ha pasado nada. Me niego a ser ese tipo de mujer.

El móvil se ilumina en mi mano y veo que ha contestado:

No te he preguntado.

Gruño y en estos momentos quiero matarlo, ¿quién se cree?

Y deja de gruñir

Miro a mi alrededor, ¿cómo lo sabe?

Bien, está claro que es un idiota, uno que me gusta y que me hace sonreír al pensar que me conoce. Pero también uno que me puso un arma en la cara y luego la disparó. Así que hago lo único inteligente que se puede hacer en este momento: bloqueo su número y me ducho mientras trato de encontrar una explicación que darle a mi familia sobre por qué el Don parece estar obsesionado de pronto conmigo.

Nota 18

EL MIEDO HUELE A SANGRE

TIERO

Tres putos días en los que le mando mensajes y ella no contesta. Ni siquiera me aparece que le llegan. Incluso fui a la clínica pensando que podría haber ocurrido algo con su teléfono, pero no, es solo que me está ignorando.

Joder.

Bien, puede que lo del momento «eres mía» se me fuera un poco de las manos, pero estaba tan jodidamente cabreado por que la hubieran tratado como una criminal, y que incluso hubieran herido una de sus muñecas, que en lo único que podía pensar era en que, se llamase como se llamase, esto que siento es real y no pienso evitarlo por más tiempo.

—Tierra llamando a Tiero —se burla Franco, y le lanzo un bolígrafo, que esquiva riéndose—. ¿Se puede saber en qué estás pensando?

—¿Tú has leído alguna vez novelas románticas?

Mi pregunta lo pilla fuera de juego y su cara me hace reír.

—No sé cómo contestar a eso —suelta, y ruedo los ojos.

—Novelas de esas en las que hablan de la vida de los mafiosos como si fuera algo romántico —acoto.

—Ahhh, no, lo intenté, por curiosidad, ya sabes, pero era todo tan inverosímil que fui incapaz de leerlo entero. ¿Quién se va a creer esa mierda?

Asiento porque es como cuando un poli ve un capi de cualquier serie en que salgan ellos, cualquier parecido con la realidad es pura ficción.

—¿Por qué lo preguntas?

—Cosas mías.

Salvatore entra al despacho en ese momento y Franco no duda en ponerlo al día sobre mis inquietudes literarias.

—Giulia sí que lee de eso, ¿quieres que la llame?

Me lo pienso un segundo antes de asentir, necesito saber qué demonios está pasando con Iride.

Salvatore saca su teléfono y Giulia contesta al quinto tono. Los tres nos damos cuenta de que eso no es lo normal, pero ninguno comentamos nada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Giulia cuando descuelga mientras trata de recuperar la respiración.

Mierda, ¿qué estaba haciendo?

Miro a Salvatore, que cierra los ojos e ignora lo que seguro que a él también le está pasando por la cabeza.

—Tiero necesita hacerte una pregunta sobre los libros que lees —le dice él como si no estuviera ahora mismo imaginándola con otro hombre.

—Ehhh, vale, ¿qué es? —pregunta ya en el altavoz.

—A las mujeres cuando un hombre en un libro os dice: «eres mía, empieza a asumirlo», ¿eso os gusta?

—Un segundo, deja que me despida de mi fisioterapeuta —dice, tapando el auricular y hablando con una mujer llamada Brenda a la que verá la semana que viene. Los hombros de Salvatore caen de alivio—. A ver, sí, es un momento en el que si te gusta el género de hombre de moralidad gris intensos solemos chillar.

—¿Y entonces por qué demonios le digo eso a Iride y pasa de mi culo desde hace tres días? —pregunto, olvidando que no estoy solo —. Mierda, ni una puta palabra.

A Franco le falta que le subtitulen la carcajada que está conteniéndose de soltar. Y Salvatore se muerde la mejilla para no hacerlo.

—¿Cómo se te ocurre decirle eso a una mujer? —duda indignada.

—No entiendo nada —mascullo, y mis amigos asienten de acuerdo.

—A ver, macho alfa, eso en los libros es aceptable. Algo sobre dejar el poder al hombre entre páginas, pero a una mujer, y menos a una que sabe lo que quiere en la vida, no le puedes soltar eso. ¡Ni que fuera un perro! Si fuera yo, te habría bloqueado.

—¿Bloqueado?

—Sí, te hubiera hecho *ghosting*.

—Vale, mi amor, creo que es todo —le dice Salvatore.

Se despide de ella y, cuando le cuelga, se deja caer en el sofá junto a Franco.

—¿En serio le dijiste eso?

—Sí —le gruño, y no puedo evitar pensar en ella.

—Hay formas de saber si te ha bloqueado —interviene Franco—. Si antes veías su foto de WhatsApp y ahora no, o si tratas de agregarla a un grupo y no puedes.

Pruebo ambas opciones y me doy cuenta de que me ha bloqueado. Ahora sí que Franco y Salvatore no reprimen la carcajada.

El teléfono suena y Salvatore descuelga, aún descojonándose de mí, pero la cara seria que pone en cuanto escucha al otro lado a quien le ha llamado, hace que tanto Franco como yo permanezcamos alerta.

—Han atacado Canaryville —nos cuenta Salvatore—. Ha habido un fuego cruzado y hay civiles heridos.

—Joder —gruño mientras me levanto y me pongo la americana.

—El poli ya no está desde hace más de un mes —dice Franco, dejando caer lo que todos pensamos.

Hay alguien más jodiéndonos.

Lo cual, por un lado, me alegra, ya que dejar en paz a Rosella y al poli ya no importa, pero, por otro, significa que alguien de dentro me quiere joder.

—Pon a Marco con ello —le ordeno, y asiente.

Es uno de mis soldados más veteranos y confío plenamente en él.

Bajamos al *parking* y nos subimos los tres al mismo coche. Vamos como alma que lleva el diablo desde el distrito financiero hasta la dirección en Canaryville que nos han dado. Ya han llegado los polis que tenemos en nómina y hay un par de ambulancias de mi clínica. Busco a Iride cuando veo que Bere se acerca a Franco y se abraza a él llorando.

Mi corazón comienza a latir muy rápido. Siempre llevan el mismo turno, ¿estaba ella por aquí mientras aún había balas?

Miro un par de cuerpos con sábanas tapándolos. Mi pecho se aprieta; cuando me acerco a un callejón lateral, veo algo terrorífico, una imagen que me perseguirá en mis pesadillas hasta que muera: Iride está totalmente cubierta de sangre, caminando como si apenas pudiera sostenerse en pie.

#19

A VECES ODIO EL MUNDO EN EL QUE ME HACE VIVIR

IRIDE

Miro mis manos y las veo temblar, como todo mi cuerpo. Hemos llegado dispuestas a salvar vidas, pero yo no he podido hacerlo. Un niño de no más de doce años ha muerto por una bala que no debía haberle dado, que no era para él.

Aún siento su pulso apagarse bajo mis dedos. Sus ojos mirarme aterrados, rogándome que no le dejara morir, pero no he podido hacer nada. Su carótida estaba destrozada, hay más sangre en mi cuerpo de la que le queda a él en el suyo.

—Iride —escucho una voz llamarme, pero, aunque miro, no veo a nadie. Todo está borroso.

Siento que unas manos tocan mi cuerpo, como si me revisara; mis lágrimas comienzan a salir y no puedo detenerlas. Mis piernas no me sujetan y me desplomo, pero el golpe contra el suelo nunca llega, unos brazos me rodean, me aprietan con fuerza y me siento en protegida.

Me alzan en el aire y me acurruco, quiero hacerme pequeña y desaparecer. Aspiro el olor del hombre que ha hecho que mi vida sea mucho más interesante desde que lo conocí y decido olvidarme de que es una mala idea estar con él así.

—Creo que está en *shock* —le dice a alguien, y no quiero ni mirar con quién habla.

Solo quiero que todo sea mentira, que ese niño no esté muerto, que su madre no tenga que enterrarlo, que sus ojos sin vida no me persigan cada vez que cierro los míos.

Vuelvo a llorar descontroladamente, y esta vez sé que no voy a poder parar. Mi cuerpo no para de temblar hasta que noto un pinchazo, murmullos a mi alrededor; de pronto, todo empieza a volverse negro y a estar tranquilo, en paz. Y dejo que la oscuridad silenciosa me trague.

Lo primero que noto en cuanto me despierto es que tengo la boca seca. Es algo que me pasa cuando llevo muchas horas dormida. ¿Cuánto llevo dormida? Abro los ojos y me doy cuenta de que no estoy en mi habitación, que esta no es mi cama y que la ropa que llevo no es la mía. Si no me equivoco, es la habitación de Tiero. Solo la vi una vez, cuando me dejó ducharme para quitarme el frío que me calaba los huesos después de estar esperándolo bajo la lluvia.

Trato de recordar cómo he llegado aquí, pero lo último de lo que soy consciente son de esos ojos infantiles, esos que nunca llegarán a ser de un hombre, que me miran aterrados y que finalmente veo cómo su vida los abandona. Creo que jamás podré olvidarlos. Creo que jamás volveré a ser la misma. Las lágrimas vuelven a caer por mi cara y me limpio mientras me incorporo en la cama y me siento. Aparto el edredón que me mantenía caliente. Debajo de las mantas puedo ver que llevo un pantalón largo, demasiado, que no es mío. A mi alrededor todo grita la palabra «Tiero». Es una habitación solemne, pero a la vez también es cálida.

Me levanto despacio y noto un leve mareo. La sequedad de mi boca indica que me han drogado, y sé que lo hicieron porque estaba fuera de mí. Puedo sentir todavía que no he vuelto a ser yo misma. Aun así, me pongo de pie y camino hacia la cómoda. Allí hay una serie de fotografías en las que puedo ver a Tiero con su madre y en otras en las que también está su padre. En esa ocasión, debían de estar en algún lago y ambos ríen felices. Un feliz adolescente al que creo que este mundo ha asesinado, al igual que el niño que ha muerto entre mis manos.

Decido que no es adecuado seguir aquí sola, que estoy invadiendo una intimidad que no me pertenece, y me voy hacia la puerta. Abro lentamente y escucho el ruido de la cocina. Me dirijo hacia allí y puedo ver a Tiero de espaldas, que está cocinando algo. Huele delicioso. Como si supiera que hay alguien más en la habitación,

mira por encima de su hombro y me observa, en silencio. Apaga el fuego y quita la olla en la que estaba cocinando mientras la tapa. Al girarse por completo, camina hacia mí y yo estoy tentada a correr y encerrarme en su habitación. ¿Cómo de estúpido sería eso? ¿Me intimida? Sí, lo hace. ¿Me da miedo? No, en ningún momento he sentido miedo con Tiero. Al menos, no un miedo real.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, y yo simplemente lo miro un instante más antes de decidir contestarle.

—Bien, un poco mareada, y el estómago creo que se me ha revuelto con lo que sea que me han pinchado.

—Lo siento, fue Bere. Creímos que era lo mejor. Estabas en un punto en el que no podías razonar y no dejabas de llorar y temblar. Ni siquiera me escuchaste.

Asiento porque sé de lo que me está hablando. Tuve un ataque de ansiedad o de pánico, o quizás de todo. Estaba en *shock*, no me cabe la menor duda. Se acerca hasta mí y me coge de la mano. Me lleva hasta el sofá, se sienta y me arrastra sobre su regazo.

—Creo que tenemos que hablar tú y yo.

Asiento otra vez.

—Sí, me parece que no te ha quedado clara la parte en la que te he dicho que no soy tuya.

Sonríe. El cabrón sonríe, y lo hace de una forma en la que se estremece todo mi cuerpo. Su mano se posa en mi espalda y comienza a acariciarla. Es como si supiera cómo reacciona mi cuerpo a cada uno de sus toques.

—Muy bien, ya me han dicho que lo de ponerme en plan macho alfa no funciona fuera de los libros.

Me tenso, y creo que es por celos. ¿Cómo voy a estar celosa de él? No tenemos nada, no somos nada. Entonces, ¿por qué no me gusta pensar que ha podido hablar con una mujer sobre este tipo de cosas?

—Fue Giulia —explica como si estuviera leyendo mi mente—. La mujer de Salvatore es una gran lectora de ese tipo de género y, por lo visto, soy un idiota por insinuar que tú puedes ser mía como si fueras un perro.

Sonrío porque el alivio que recorre todo mi cuerpo provoca una risa nerviosa que intento disimular.

—Mira, no sé qué es lo que tenemos, pero no podemos negar que hay algo entre tú y yo. Quizás sea solo atracción física, o quizás hay algo más. Lo único que sé es que no quiero dejar pasar la oportunidad de intentar averiguar qué es lo que hay entre tú y yo —dice Tiero, metiendo un mechón de mi pelo detrás de la oreja.

—¿Y Sofía? ¿Cómo ve que quieras hacer eso? ¿Le parece bien a tu prometida que quieras explorar lo que sientes por otra mujer?

Sé que es una salida un poco infantil, pero no puedo evitar sentirme muy molesta porque ahora mismo me está hablando de intentar conocernos cuando él tiene una prometida en algún lugar que, aunque yo sé que está enamorada de otro hombre y que se lo está follando, no deja de ser la mujer a la que él le va a dar su apellido. Y yo no quiero ser el sucio secreto de nadie.

—No —me dice él—, no es como tú crees. Entre Sofía y yo solo hay un contrato.

—Uno en el cual ella va a ser la mujer oficial —le corto.

Entonces me mira con una intensidad en la que creo que acaba de entender cuál es mi punto. Y antes de que pueda seguir diciéndole cualquier cosa, decide por los dos que es momento de dejar de hablar y pasar a la acción. Así que estampa sus labios contra los míos y aprieta su cuerpo hasta que puedo sentir la dureza debajo de mi culo. Y, joder, me estoy excitando. ¿Qué demonios me está pasando? ¿Qué me está haciendo este hombre?

—Tienes que parar —le digo, alejándome de él, pero no deja que me mueva de mi sitio.

—Lo haré, por el momento. Pero esto… esto que está pasando entre tú y yo no se va a detener. Y no lo va a hacer porque una italiana decida que quiere casarse conmigo. Y no lo va a hacer porque yo he decidido que no me voy a casar con ella. Solo necesito encontrar la forma de deshacerme de toda esa mierda que ha venido por causa de mi hermanastro.

Frunzo el ceño porque no entiendo muy bien a qué se refiere con eso. Supongo que hay una historia detrás de todo este matrimonio concertado, ya que es verdad que en ningún momento nadie supo

de Sofía hasta que, de repente, apareció ya con el título de próxima mujer de Tiero Cavalçanti.

Respiro hondo y me acurruco contra él. Porque sí, porque he decidido que, aunque no quiero esto, aunque no deseo ser su sucio secreto, ahora mismo lo único que necesito es sentirme a salvo, cerrar los ojos y esperar a que el niño al que no he podido salvar no acuda a cada una de mis pesadillas.

El teléfono de Tiero suena en algún lugar de la casa y estoy levantándome para dejar que vaya a buscarlo cuando tira de mí más fuerte.

—No te levantes.

—Te están llamando —le digo, como si él no estuviera escuchando el mismo sonido que yo.

La música se detiene y vuelve a comenzar un instante después.

—Tiero, puede ser importante.

—Nada es más importante de lo que estoy haciendo ahora mismo —me asegura.

Y hace que mi corazón sienta un poquito menos de miedo por lo que se supone que está pasando ahora mismo. Sin embargo, cuando ya la cuarta vez la música deja de sonar y por quinta vez vuelve a hacerlo, decido que esto es una urgencia y que necesita coger el móvil.

—Ve a por él —le pido.

Me mira un instante y se levanta conmigo en brazos, como si no pesara más que una almohada.

Camina hasta la cocina y huelo de nuevo la comida que estaba preparando. Mi estómago ruge y él sonríe.

—Dime, y espero que sea importante porque mi mujer necesita comer.

El hecho de que diga «mi mujer» hacer que me derrita un poco demasiado, pero el cambio de cara que tiene, cuando al otro lado le responden, provoca que tenga un poco de miedo de lo que esté pasado.

Cuelga y me deja sobre la encimera.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada.

—Vístete, Salvatore y Franco están a punto de llegar con mi prometida.

La vergüenza se aloja en toda mi cara, que ahora mismo está roja.

—Iride, no es lo que piensas, vienen con ella para que pueda matarla yo mismo.

Nota 19

A VECES, EL INFIERNO ES TU SALVACIÓN

TIERO

No me puedo creer lo que me acaba de decir Salvatore al teléfono. Mi jodida prometida estaba follándose a su guardaespaldas en la puta clínica que yo mismo pago mientras supuestamente estaba en una visita ginecológica para prepararse de cara al matrimonio.

La rabia que siento ahora mismo es tan intensa que podría hacer que la clínica ardiera si no fuera porque Iride trabaja en ella. Iride, la tengo en mis brazos mirándome expectante y juro que, si no es por la calma que me trae, ahora mismo estaría corriendo sangre italiana por mis manos y empezaría una guerra que sé que acabaría con mucha de mi gente muerta, pero no me importa. Nadie me va a tomar el pelo y va a vivir para contarlo.

—Cálmate, Tiero —me pide, poniendo su mano en mi mejilla, y la electricidad que siempre me recorre cuando ella me toca enciende una chispa en mi alma.

—No puedo. Ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es en cómo se han estado riendo de mí.

La miro y ella se queda callada. Hay algo que no me está contando. Creo que se piensa que estoy enamorado de esa mujer. De Sofía. Mi prometida. Mi exprometida. La mujer que quizás no salga con vida de este ático. Respiro hondo y decido besarla.

Iride es como la calma dentro de la tempestad, el ojo del huracán. Puede que todo a mi alrededor esté volando, pero ahora mismo lo único que hace que mis pies estén en la tierra es ella. Beso su boca como si fuera lo último que fuese a hacer en esta vida. Lamo sus

labios, los muerdo y ella emite un pequeño gemido que juro que me está volviendo loco. La abrazo contra mí, nos tumbo en el sofá, me cierno sobre ella y agarro su teta derecha. Su pezón se pone duro bajo mi mano y quiero hacer cosas para las que sé que ella no está preparada.

Y lo sé porque hace poco descubrí que es virgen, una de las pocas que deben de quedar, porque, hasta donde sé, en nuestro *Outfit* no somos de los que valoramos la virginidad hasta el matrimonio. Sin embargo, por algún motivo, por alguna cosa bien que hice en una vida pasada —si hay Dios—, me ha dado ese regalo; no sé si podría vivir sabiendo que otro hombre la ha tocado.

Y lo sé, es hipócrita de mi parte. No sé en cuántos coños he metido mi polla. Sin embargo, no es el hecho de que ella se haya entregado a un hombre; no la vería menos pura, menos digna ni me gustaría menos. Es simplemente el hecho de que no puedo lidiar con la idea de alguien más tocándola como lo quiero hacer yo.

Suena el timbre de mi ático y sé que en unos dos minutos por la puerta van a entrar Salvatore, Franco, Sofía y su guardaespaldas. Me levanto a disgusto y levanto conmigo a Iride. Le pido que vaya a la habitación y que se ponga otro tipo de ropa porque no quiero que nadie más la vea como la veo yo. Ella acepta y se dirige a la estancia en la que he tenido la suerte de poder abrazarla una noche entera contra mí. Aunque ella no lo sabe, no he podido dormir y he estado toda la noche observándola.

Cuando la puerta de mi ático suena, sé que es momento de mostrar a la persona que soy, al Don del Outfit, no al hombre que quiero que ella conozca. Me asusta un poco la idea de pensar en que puede ver una parte de a mí que no pueda querer, que no le guste. Sin embargo, esa parte de mí también soy yo y necesito que la acepte. Necesito que la acepte como también necesito tenerla en mi vida, porque no sé en qué momento ha pasado, pero esto ya no es una simple atracción. Esto no es que solo me preocupe por ella. Abro la puerta y miro hacia donde Iride sale vestida con unos pantalones que Bere trajo y una sudadera amplia. Mi yo cavernícola disfruta de este momento antes de que el infierno se desate.

Ante mí pasa Salvatore, llevando del brazo, de muy mala manera, a Sofía, la cual no para de llorar, y me importa una puta mierda que lo haga. Justo detrás está Franco, que arrastra a su guardaespaldas, que ya lleva una serie de moratones en la cara y algún que otro rasguño más a lo largo de todo su cuerpo.

Ella empieza a suplicarme. Ni siquiera me ha dado tiempo a cerrar la puerta cuando Sofía está tirada en el suelo, de rodillas, y me pide que no los mate.

—No, por favor. Nos queremos, estamos enamorados. No quería que esto pasara, no quería faltarte el respeto. Es solo que nadie puede controlar a quien ama.

Y cuando dice esas palabras, me giro hacia Iride, la cual me está mirando, y lo hace de una forma en la que mi cuerpo me pide que vaya y la abrace. Sin embargo, no es el momento. Ahora no soy Tiero, ahora soy el Don, y tiene que quedar claro.

—Sofía, esto que has hecho no puede quedar impune. No puedes simplemente pedir perdón por haberme faltado el respeto, por haberte follado a este hijo de la gran puta que no va a salir con vida de aquí. Y si tú lo haces, será única y exclusivamente porque tu padre es alguien con el cual no quiero estar en su lado malo. Pero no te equivoques, Sofía: esto se va a saber y te voy a arruinar la vida.

Sofía no deja de llorar de una forma descontrolada y, cuando levanta la vista, es cuando se da cuenta de que Iride está parada a unos metros de nosotros. Entonces corre hasta ella, y durante un segundo tengo miedo de que la pueda atacar de alguna manera. Sin embargo, no es posible. Ella no sabe nada de lo que está ocurriendo entre nosotros.

Lo que pasa me sorprende: se tira al suelo, se agarra a sus piernas y llora.

—Por favor —le pide—, sálvanos, explícaselo. Tú lo sabes, él me ama, yo lo amo. Nosotras, las mujeres, tenemos que estar unidas.

Sus palabras tardan unos instantes en entrar en mi cabeza y, cuando miro a Salvatore y Franco, veo que ellos también se han dado cuenta.

—¿Tú lo sabías? —le digo a Iride.

Y el silencio que me da por respuesta deja claro que sí.

—¿Cómo puedes haber sabido esto y no habérmelo dicho?

La traición es algo que no perdono, y lo digo pensando no solo en lo que pasó con su amiga, sino también en el hecho de que ahora sabía que estaban engañándome, que me estaban ridiculizando y, aun así, no ha querido ni ser mía ni explicarme que todo lo de Sofía estaba ocurriendo.

—Tiero —murmura a Iride, mirándome como si eso fuera una respuesta. No lo es.

Sofía no deja de llorar y ella trata de librarse. Cuando lo consigue, Sofía cae a un lado en el suelo y se arrastra, pidiéndole que le ayude. Sigue rogándole que la ayude.

¿Cómo demonios se han convertido en tan íntimas sin que yo lo supiera?

Iride trata de llegar hasta mí y yo lo único que hago es ir hacia una cómoda que hay al lado de la puerta y sacar un arma.

En ese momento, Iride se queda quieta. Su rostro, pálido, parece que recuerda la última vez en la que nos encontramos en una situación similar. Y esta vez no pienso fallar.

#20

YA NO VOY A CERRAR LOS OJOS, SOMOS IGUALES

IRIDE

Verlo coger esa pistola me lleva a un momento en el que estuve aquí, sentada, con un arma muy similar, apuntando directamente a mi cara. Pero esta vez ya no soy esa mujer. Esta vez soy otra por completo diferente. Una que lo va a enfrentar, que no va a dejar que la hunda, que no va a permitir que él piense que puede hacer esto cada vez que le dé la gana. Avanzo hasta donde está y me coloco justo frente a él. Cojo la mano en la que tiene la pistola y coloco el cañón sobre mi frente. Lo miro a los ojos y, de una manera muy tranquila, comienzo a hablar.

—Si vas a dispararme, hazlo ahora. No quiero trucos. No quiero momentos tensos. No quiero que dispares a un lado y que me hagas sentir diminuta. No te voy a permitir que me conviertas en ninguna víctima.

Salvatore y Franco están justo detrás de mí. Y, por algún motivo, siento que ellos no le dejarían matarme. Sin embargo, él es el Don. Él es quien manda en nuestro mundo. Y si decidiera hacerlo, no hay nada ni nadie que se lo pudiera impedir.

Tiero me mira de una forma intensa, todavía sin bajar su mano. Se lo está pensando. Lo sé. Sin embargo, no voy a apartar mi vista. Si va a matarme, lo hará mirándome a los ojos. Solo unos segundos más. Eso es lo que hace falta para que él definitivamente baje el arma, respire hondo y me mire de una forma en la que me hace sentir culpable. Entonces, mi ira estalla y comienzo a gritarle.

—¿De verdad ibas a volver a hacer eso? ¿De verdad quieres dispararme? Entonces, hazlo. Pero hazlo sabiendo que te estás equivocando. Que no soy culpable. Que no te he ocultado nada. Sí, lo de Sella fue diferente. No me mires de esa forma. Sé que es diferente y tú también lo sabes. Ella es familia. A ella la voy a proteger con mi vida. Y por eso puedes dispararme. Pero por lo que no voy a permitir que me dispares y no pienso aceptar que lo hagas es porque yo haya ocultado la relación de estos dos.

Tiero me mira y lo hace de una forma en la que sus ojos brillan de una manera especial.

—¿Cómo que no me lo has ocultado? —comienza a decir—. Ahora mismo, los que estamos aquí sabemos que tú eras parte de esto. Si cualquiera de ellos dos —dice, señalando a Salvatore y Franco— lo hubieran descubierto, me lo hubieran dicho inmediatamente. De hecho, lo han hecho. Por eso están aquí. Por eso estamos ahora en esta situación.

Cierra la puerta y deja que todo lo que tenga que pasar lo haga en la intimidad de su ático.

El guardaespaldas de Sofía trata de decir algo, pero Franco no lo deja. Simplemente le da una patada en la boca y el tipo cae otra vez contra el suelo. Lo miro con cara de asco. Sí, es el mismo que me quiso disparar. Lo mismo que está intentando hacer Tiero. Y se lo digo. Y se lo digo porque necesito que sepa que él no es tan perfecto. Que él está tratando de hacer exactamente lo mismo que el hijo de la gran puta que hay tirado ahora mismo en su ático.

—Mátalo. Mátalo, pero no lo hagas pensando que eres mejor que él. Porque los dos habéis puesto una puta pistola en mi frente. Los dos habéis amenazado mi vida. Y no te creas que por ello vas a ser mejor. Eres el Don, lo acepto, tu palabra es la ley, pero eso no te hace mejor que el cabrón que está tirado en el suelo y que se estaba follando a tu prometida.

El jadeo que escucho detrás de mí, sin duda, son Salvatore y Franco alucinando con mis palabras. Pero cuando miro a Tiero, lo que veo es oscuridad en sus ojos. Da un paso hacia mí, coge mi cara y hace que lo mire. Me obliga a que su cara, a que sus ojos estén justo donde están los míos. Y nos enganchamos como cada vez que

se cruzan nuestras miradas. Parece que intenta averiguar si estoy mintiendo. Y lo sabe. Sabe que no lo hago.

—De verdad te ha apuntado con un arma —murmura, pero no es una pregunta.

Sabe que estoy diciendo la verdad. Así que simplemente coge su pistola y le pega un tiro. Su cabeza cae a un lado y la bala atraviesa su cráneo de una forma en la que sé que va a dejar una mancha en la alfombra. Sofía grita, grita desconsolada, llora y de pronto se desmaya. Joder, creo que estoy viviendo mi propia telenovela.

—Llévate el cadáver y deshazte de él. Manda un equipo de limpieza mañana. Hoy ya no quiero ver a nadie más —le ordena Tiero a Franco.

—¿Qué hacemos con ella? —le pregunta Salvatore, mirando a Sofía tirada en el suelo a unos metros de nosotros.

—No, ella de momento va a sobrevivir, aunque enciérrala en alguno de los almacenes. Lo va a hacer, pero no será con dignidad.

—Tiero —interrumpo—, ella no es culpable, al menos, no tanto como crees.

—Explícate —me pide, cruzando los brazos sobre su pecho—, porque ahora mismo lo único que veo es a una puta italiana que ha estado follándose a mis espaldas a su amante, al cual ha traído desde el otro puto lado del mundo para seguir haciéndolo mientras estaba preparando una boda. Joder, estaba invitada a mi mesa en Navidad.

Lo dice dolido, y por un instante siento que él podía creer que ese matrimonio iba a funcionar de alguna manera.

—No te equivoques, Iride —interrumpe mis pensamientos—. No siento ni he sentido absolutamente nada por ella, pero nadie juega conmigo ni con mi reputación.

—No la mates —le pido—, no la mates y no la humilles. No lo hagas porque entonces tendrías que hacer lo mismo con todas las mujeres del Outfit. Sí, está mal lo que hizo; sí, no es correcto y va a pagar con su dolor todo lo que ha causado, pero ella simplemente se enamoró. Tuvo la mala suerte de nacer siendo la hija de quien es. Ese es su único pecado. Los demás son simples derivaciones en las que no deberíamos tener ni voz ni voto.

Tiero me mira un instante, luego a Franco y a Salvatore, vuelve a mirarme otra vez y asiente.

—Bien, hagamos un trato. Ella volverá a su casa esta noche si tú te quedas conmigo.

Lo miro, frunciendo el ceño, y necesito pensarlo porque ahora mismo estoy muy cabreada con él. Ha dudado de mí, me ha puesto otra puta pistola en la frente y ahora trata de que me quede con él.

—Lo siento, pero no va a pasar, yo me largo.

Sonríe, y creo que por primera vez está viéndome como soy. Creo, no, siento que ahora mismo no ve a una mujer que le guste, sino que ve a una igual. Y eso me aterroriza porque yo ya lo miro de esa manera, y si lo hago es porque siento que estoy empezando a enamorarme de él.

Nota 20

NO LA QUIERO TRAS DE MÍ, LA QUIERO A MI LADO

TIERO

—Muy bien —le digo a Iride—. No hay trato entonces.

Cojo mi arma y me dispongo a dispararle en la cabeza a Sofía, que está todavía tirada en el suelo desmayada, como si esto fuera una puta peli de Disney.

—¡No! —grita ella. Iride se acerca y se interpone entre Sofía y yo—. No la mates.

—Entonces, quédate —le insisto. Sé que Salvatore y Franco van a darme mucha mierda por estar rogando, pero no me importa.

Ahora tengo un objetivo y solo quiero cumplirlo. Ella va a tener que quedarse si quiere salvar a esa perra. Iride me mira, luego a Sofía y por último al cadáver del examante de mi exprometida. Respira hondo, lo piensa varias veces y, finalmente, asiente.

—Bien, me quedaré. Pero no creas que eso significa algo.

Esta mujer es diferente a las que he estado conociendo. No, borra eso. Creo que ella es a la que me gustaría haber conocido y no el papel que ha representado de buena chica. Ahora puedo ver que sí es así. Que en todo momento ella ha tenido algo que decir, solo que ha preferido no hacerlo. Y Dios, juro que voy a pasar el resto de mi vida volviendo a hacer que el fuego que veo en sus ojos ilumine su mirada como lo hace en estos momentos.

Le doy un vistazo a Salvatore y a Franco y no tengo que decir nada más. Ellos se van a encargar de todo. No vamos a matar a Sofía, no es el momento. Tendré una conversación con su padre, mi matrimonio, obviamente, se ha cancelado y he podido salir de esta

mierda sin más consecuencias que quizás algunos se rían de mí. Aunque, siendo sinceros, si yo fuese el padre de esta mujer, no querría que nadie supiera lo puta que es.

Dejo el arma sobre la repisa que hay al lado de la puerta, llego hasta Iride, me agacho, pongo mi hombro en su estómago, justo antes de que ella pueda procesar todo lo que está pasando, y la levanto en el aire, haciendo que grite y empiece a patalear. Le doy una palmada en el culo y, lejos de calmarse, todavía la enciende más, y no en el buen sentido. Franco y Salvatore se ríen mientras yo camino hacia el fondo de mi ático y subo unas escaleras a las que no permito acceder a nadie.

Llego hasta arriba, paso mi reloj y la puerta se abre, dejándome entrar en lo que yo denomino «mi guarida». Cuando estamos dentro, vuelvo a cerrar y ella se aleja de mí como si le quemara el simple contacto, y la verdad es que lo hace. Puede negarlo todo lo que quiera, pero cuando nos tocamos hay una electricidad que corre por nuestros cuerpos, y eso no me lo puede ocultar.

—¿Qué sitio es este? —pregunta, mirando a su alrededor.

Hay una enorme biblioteca, una cama, un escritorio y una pantalla de televisión.

—Esta es mi guarida —le explico.

Y ella me mira alzando las cejas.

—¿Qué eres, un adolescente? No sabía que todavía se llamaban guaridas a los lugares donde traes a las mujeres a follar.

Sus celos me parecen adorables y no puedo evitar sonreír.

—No —le digo—, aquí no ha subido nadie excepto yo. Y, bueno, ahora tú.

Me mira con cara de no creer nada de lo que le estoy diciendo y continúo:

—Este lugar es solo para mí —comienzo a decirle—. No dejo que nadie entre, ni siquiera a limpiar. Aquí es el único sitio donde me permito ser yo mismo. Y es algo que jamás le he contado a nadie, excepto a Franco y Salvatore, los cuales respetan que quiera tener este espacio privado y nunca han subido.

Iride mira a su alrededor y empieza a observarlo todo. En este momento me siento un poco expuesto por el hecho de que le estoy

mostrando quién soy de verdad. Se acerca a la cama y puede ver que en el cobertor hay una imagen de unos gatos que nunca voy a admitir fuera de aquí que me gustan. Después de eso, se acerca a la estantería con los libros y saca uno de color rosa.

—¿De verdad me estás diciendo que esto es tuyo? —pregunta con el libro de *Los Bridgerton* en la mano.

—Sí, y también te voy a reconocer que es una de mis series favoritas, la cual veo mucho.

Le indico que mire hacia el lado donde está la televisión de ochenta y cinco pulgadas y se acerca hasta donde están las películas a un lado.

—Vale, sí, me gusta tener el formato en físico. Sé que ahora todo es en *streaming*, pero prefiero tener algo que tocar cuando estoy disfrutando —comento con un doble sentido que hace que ella se ruborice.

—No me puedo creer que tengas la temporada entera de *Los Bridgerton* —alucina mientras acaricia la carátula con una mano—. ¿De verdad te gustan?

—Sí —le contesto—. Es una de mis series favoritas, te lo acabo de decir. Creo que incluso podría nombrarte a todos los personajes que salen en orden alfabético por aparición.

—Estás de coña —murmura.

Y no puedo evitar soltar una carcajada.

—No, no lo estoy.

—¿Y Franco y Salvatore saben esto?

—¿Que si lo saben? Obviamente, lo saben. De hecho, es con ellos con quien vuelvo a ver esta serie una y otra vez. No aquí, aquí solamente la pongo para mi deleite. Sin embargo, voy a admitir a alguien más fuera de nuestro círculo que es nuestra serie favorita y que somos muy fans de Anthony.

—En serio, estoy alucinando ahora mismo con lo que me estás diciendo —comenta, y no puedo evitar sonreír. Lo hago mucho cuando estoy alrededor de Iride.

—Ya, sé que es un poco extraño que los mafiosos malotes quieran ver una serie de época como *Los Bridgerton*, pero voy a decirte que

es mucho más que eso. Que las intrigas e incluso los romances son una balanza de poder que me encanta disfrutar.

Iride se me queda mirando y, por un momento, creo que me ve. Que me ve como soy realmente. Es la primera mujer a la que dejo que me mire de la forma en la que lo está haciendo. Descubriendo cada parte de mí. Y no me arrepiento. Porque ya no solo me gusta. Hay algo más que todavía no estoy seguro de querer admitir, pero que ya no puedo evitar sentirlo.

—Bien —dice Iride, cruzándose de brazos—. ¿Y qué es lo que hacemos aquí exactamente?

Mi sonrisa hace que ella piense cualquier cosa relacionada con el sexo y rueda los ojos.

—Bueno, eso es tu mente sucia. Yo no he dicho absolutamente nada —trato de excusarme.

Iride me mira durante unos instantes antes de contestar. Y entonces veo que empieza a desnudarse. Se quita toda la ropa. Literalmente todo. Y se queda delante de mí como vino al mundo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto casi tartamudeando, como si fuera un adolescente viendo por primera vez unas tetas.

—¿Sabes? —me contesta—. Creo que lo que te ocurre es que te gusta cazar. Y yo soy tu presa. Y si eso es lo que quieres de mí, lo vas a obtener.

#21

EL SILENCIO PUEDE SER MÁS PELIGROSO QUE UN DISPARO

IRIDE

La mirada hambrienta que Tiero tiene ahora mismo hace que un escalofrío recorra mi cuerpo, como cuando él me toca, solo que ahora no necesita ni siquiera hacerlo para que sienta lo mismo. Me mira de arriba abajo y juro que estoy a punto de coger toda la ropa, ponérmela y largarme. Si ahora me rechaza, creo que no podría volver a mirarlo a los ojos. Aunque, si no lo hace, es posible que tampoco.

—Voy a hacerte una pregunta —dice Tiero, acercándose poco a poco hasta donde estoy yo—, y quiero que seas totalmente sincera.

Lo miro y no puedo evitar bajar la vista.

—Claro, pregunta lo que quieras. Es lo que cualquier mujer desnuda estaría deseando que hicieses en este momento.

Puedo notar la risa que sale de su boca contra mi piel. Está demasiado cerca y, sin embargo, todavía no me toca.

—Mírame —me ordena—. Quiero que me mires y me contestes por qué eres virgen todavía.

La sorpresa que debe de estar pintada en mi cara solo se iguala en intensidad a lo roja que estoy en estos momentos.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunto, totalmente extrañada de que conozca un dato tan íntimo sobre mí.

—Porque me interesas, Iride, te lo dije. Y sé muchas cosas de ti. Esta es solo una de ellas. Contéstame.

Lo miro, pienso un segundo y finalmente decido ser sincera.

—Se lo prometí a mi padre. Bere, Sella y yo les hicimos una promesa a nuestros padres de que, cuando termináramos la universidad, nos casaríamos y que llegaríamos vírgenes al matrimonio. Fue una de las condiciones por las que nos dejaron estudiar Enfermería. Sé que es arcaico y una total estupidez, pero para mi padre era importante eso y no me supuso un problema darle mi palabra. Voy a entregarle mi virginidad al hombre con el que pase el resto de mi vida.

Mis palabras se quedan en su mente y sé que las está analizando. Lo veo en sus ojos. Se acerca, solo nos separan unos centímetros, y antes de que pueda decir nada me besa. Noto toda la ropa que lleva puesta y la falta de ella sobre mí. Acaricia mi espalda y, cuando llega a mi culo, lo aprieta. No puedo evitar soltar un gemido que hace que todavía me avergüence más el hecho de que él todavía sigue vestido. Pone su frente sobre la mía y se separa, solo un poco, sin dejar de tocarme.

—Iride, no voy a follarte, y no porque no tenga ganas.

Coge mi mano y la pone sobre su polla; está dura como una roca, lo que hace que mis pezones la igualen.

—Si te digo que no ahora mismo no es porque no quiera, es porque la mujer que me gusta, la mujer que eres, nunca se perdonaría a sí misma entregarse habiendo dado tu palabra. Eres leal, eres fiel. No quiero que cambies eso por un calentón. Pero escúchame bien: esto va a pasar. Tú y yo vamos a pasar. No hoy, pero pronto. Es un hecho.

Se agacha, recoge la ropa y me la coloca. El toque de sus dedos sobre mi piel hace que me humedezca y que la vergüenza todavía sea más intensa. Sin embargo, por algún motivo, no siento que me haya rechazado. Al revés, siento que ha entendido que, aunque sé que mis amigas no han cumplido su palabra, yo necesito hacerlo. Necesito que mi palabra signifique algo.

También me voy a callar la parte en la que he sido un poco egoísta, en el sentido de que sé que, si me entrego a un hombre por amor, aunque no me vaya a casar con él —porque estoy destinada a hacerlo por un contrato—, sé que, si conociera lo que es estar enamorada, no podría entregarme a otra persona. Así que, en cierto

modo, aunque puede ser porque le di la palabra a mi padre, también es porque no puedo evitar pensar que mi vida se iría a la mierda por un polvo, solo por el hecho de que no querría que un hombre me tocara si no es porque estoy enamorada.

No sé, mi mente a veces es confusa y diferente y siento que no encajo, otras veces, simplemente, siento que todo es lo que debería ser. No sé cuál de todo es real.

Una vez que estoy completamente vestida, Tiero me recoge en brazos y me pone en la cama, justo encima de la manta de gatitos que juro que jamás podré decir que existe. Y, básicamente, no podré decirlo porque nadie va a creer que tenga una manta con unos siameses adorables, de ojitos azules, pelo blanco y con corazones alrededor. Eso hace que sonría. Tiero no es lo que parece, o quizás sí, solo que hay más y él me lo ha enseñado a mí, solo a mí.

De pronto, unos golpes en la puerta hacen que me sobresalte. Tiero frunce el ceño y mira su móvil. Puedo ver que hay una cámara instalada en la misma puerta por la que hemos entrado y, en las escaleras, están Franco y Salvatore. Me da un beso en la frente y se acerca hasta donde está la puerta, la abre, cruza con ellos unas palabras, cierra y vuelve hasta donde estoy.

—Necesito irme —dice, como si le costara separarse de mí—, pero te prometo que voy a volver. Solo tengo que arreglar una cosa.

—¿Ha pasado algo con Sofía? —le pregunto, ya que apenas hace una hora ella estaba tirada en el suelo desmayada mientras los sesos del amor de su vida se desparramaban en la alfombra.

—No, no es por ella. Sin embargo, esa mujer debería agradecerte que siga viva. Si no es por ti, te puedo asegurar que ahora mismo sería su cadáver el que estaría viajando hacia Italia de vuelta a casa.

—Gracias —susurro.

Y él me mira sabiendo y recordando todo lo que le dije. Es verdad que Sofía se equivocó. Es verdad que no estuvo bien el hecho de que trajera a su amante cuando vino a conocer a su prometido. Sin embargo, una parte de mí, la parte de la buena chica italiana, reconoce que podría haberme pasado. Que quizás, si me hubiese enamorado con la intensidad con la que parecía estarlo ella, también hubiese cometido ese estúpido error. Un error que va a estar

pagando toda la vida porque yo creo que jamás va a poder olvidar el momento en el que su guardaespaldas murió, dejándola sola ante toda la mierda que le va a caer en cuanto ponga un pie en su casa.

—Tienes absolutamente de todo en el piso de abajo. Puedes quedarte aquí arriba, pero necesitarás esto para entrar —dice Tiero, quitándose su reloj y poniéndolo en mi muñeca.

Es demasiado grande para mí, sin embargo, no me quejo. Me gusta sentir el peso y saber que me está dando algo que es tan importante para él como la llave de entrada a su mundo.

—Tienes ropa en el armario. Elige lo que quieras. Si necesitas salir, llama a alguno de los chicos. Tienes el teléfono en tu móvil y avisas a Carlo para que pueda decirte a quién te van a asignar. No vayas sola —me pide—. Si quieres traer a Bere, no hay ningún problema. Siéntete como en casa.

Me da un beso rápido en la boca y se larga.

No tengo muy claro cómo procesar lo que está ocurriendo en este momento. No solo me ha dado la llave de entrada a su guarida —como él la llama—. Sonrío; no puedo evitarlo al pensar en ese nombre tan infantil que le ha dado un hombre que es capaz de asesinar. No solo ha hecho eso, sino que también me ha dejado sola en su casa, sabiendo que puedo revisarlo absolutamente todo. Además, hay ropa para mí.

No lo pienso mucho y bajo las escaleras corriendo hacia la habitación. Abro el armario y veo que no hay nada. Es todo de hombre. Decido investigar la casa y descubro que hay dos habitaciones más: una de ellas de invitados y otra que parece un despacho.

En el despacho veo unos mapas de Canaryville, en los que no entiendo muy bien qué tiene garabateado. Sin embargo, siento que estoy haciendo algo malo y salgo de ahí. Creo que esto es trabajo.

Voy a la de invitados, abro los cajones y descubro ropa femenina. No solamente ropa interior. Hay absolutamente de todo y todo es de mi talla. Me mosqueo. Mucho. No quiero ponerme las bragas de otra. Sin embargo, cuando reviso bien lo que estoy viendo, me doy cuenta de que todo tiene etiquetas. Miro en el armario y encuentro ropa de la que yo me pondría. Hay algunos vestidos. Sin embargo, la

mayoría es ropa cómoda con la que normalmente podría vestirme. También todo es de mi talla y todo lleva etiquetas.

Me ha comprado todo esto para mí. ¿Cuándo lo ha hecho?

Decido cambiarme, ponerme algo más cómodo y llamar a Bere. Necesito que ella escuche todo esto porque creo que estoy alucinando, que me di un golpe en la cabeza y que todavía no me he recuperado. Porque todo esto no puede ser real. Sin embargo, lo rápido que late mi corazón cuando recuerdo que él ha dicho que somos algo que va a pasar, hace que me plantee que quizás no me vaya a enamorar de él, sino que ya lo he hecho.

Nota 21

HABLAR NO ES TAN OSCURO COMO CALLAR

TIERO

Para cuando salimos del ático, me doy cuenta de que el guardaespaldas ya no está tirado sobre mi alfombra y que, de hecho, esa alfombra ya no está ahí. Sé que, cuando vuelva, habrá una completamente igual y que jamás nadie sabrá qué es lo que ha pasado.

—¿Dónde está Sofía? —pregunto a Franco mientras nos subimos al coche.

—Ahora mismo debe estar ya volando hacia su casa —me confirma.

Sé que solo ha pasado una hora desde que casi la mato. Sin embargo, todo esto parece todavía irreal. Acabo de terminar mi compromiso a la vez que acabo de comprometerme con Iride, aunque creo que ella todavía no tiene claro hasta qué punto lo estoy.

Cuando salimos del *parking*, llamo al padre de Sofía. Es un hombre muy chapado a la antigua y sé que va a joderle la vida a su propia hija en cuanto sepa todo lo que ha ocurrido.

—Hola, yerno —me saluda.

Tengo que mirar mal a Franco para que guarde la carcajada que está a punto de soltar.

—Hola. Necesito que hablemos. Tu hija ahora mismo está volando de vuelta hacia tu casa

—¿Cómo dices? —pregunta en un tono que denota que está enfadado.

—Que se ha acabado el compromiso. Que deberías haber atado bien a tu hija y haberla educado de otra manera.

—No te voy a consentir que hables así de mi pequeña —se queja.

Pero lo corto. No voy a dejar que siga hablando. Esto no es una conversación formal. Es un adiós.

—Mira, voy a decirte una última cosa y vas a tener que agradecerle a mi mujer que no haya matado a tu «pequeña». Sí. Mi mujer. Una que es capaz de cumplir su palabra. Una que, a diferencia de tu hija, no se ha follado a su guardaespaldas mientras ha estado de visita en casa de mi madre. Joder. Ahora mismo no puedo ni pensar. Así que agradece que esté de camino a tu casa. Sola. Porque a su amante lo hemos metido en otro vuelo. Uno que no va a llegar a Italia. —No especifico y sé que me entiende perfectamente. No podemos decir por teléfono según qué cosas. No sabemos quién está escuchando. Y menos cuando soy consciente de que los federales quieren mi culo.

Mi exsuegro se queda callado unos instantes, procesando todo lo que acabo de decirle.

—¿Quién lo sabe? —me pregunta.

—Solamente tres personas aparte de mí —le aseguro.

—Bien. Que siga así. Yo me encargaré de dejarle claro a Sofía que la educación que le di no es esa. ¿De acuerdo? —contesta.

—Pero no quiero volver a saber más de ella.

—¿Y de mí? —inquiere el hombre, sabiendo que podría haber jodido un negocio comercial la zorra de su hija.

—Eso es otra cosa. Podemos seguir hablando y podemos seguir manteniendo conversaciones sobre los productos de exportación de los que nos íbamos a hacer cargo cuando entrara oficialmente en tu familia. Creo que es lo justo.

—Lo es —contesta el padre de Sofía.

No le dejo que diga nada más. Simplemente cuelgo. Y continuamos nuestro camino hacia la casa de mi madre.

—¿Estáis seguros de la información? —le pregunto a Salvatore y a Franco, y ambos asienten.

Antes, cuando me han interrumpido en mi momento con Iride, me han dicho que Marco ha llamado. Ha descubierto que no solo mi

hermanastro es el que está detrás de toda la mierda de los chechenos, también lo está Enrico. Y es momento de que mi madre sepa que va a perder a uno de sus hijos, aunque no sea biológico.

Llegamos a la mansión donde he crecido y veo que mi madre está en el jardín. A pesar de que hace frío, adora adornar todo de Navidad. Estas van a ser unas navidades algo diferentes, ya que dudo que el padre de Angelo quiera seguir visitando esta casa cuando lo mate.

—Madre, necesito que hablemos —le digo en cuanto me bajo del coche.

Sabe que algo pasa porque cuando la llamo de esa manera es que ha ocurrido alguna cosa que necesita saber.

—Vamos al despacho de tu padre —me dice, y yo asiento.

La sigo dentro junto con Salvatore y Franco. Ellos son también familia, y mi madre lo sabe.

—¿Dónde está Augusto? —pregunto por su marido.

—Está ahora mismo de viaje, pero volverá justo antes de Nochebuena.

—Bien, supongo que nunca va a ser un buen momento para esta conversación —le digo, sentándome justo donde mi padre estuvo durante años.

Mamá nunca se ha atrevido a sentarse en su sitio en el despacho. Ella siempre lo hacía en una silla lateral, una que jamás he dejado que nadie use salvo ella.

—¿Qué es lo que ocurre? —me pregunta, inquieta.

—Angelo tiene que morir.

—Tiero, ya lo hemos hablado. Sé que no es el mejor…

—No —la corto—. Ya no estamos hablando de que sea un imbécil. Ya no estamos hablando de que me haya obligado a prometerme a una mujer de la que no voy a estar nunca orgulloso. Es el hecho de que me ha vendido. Tenemos información. Sé que él está en contacto con los chechenos y está planeando mi muerte. Así que, mamá, tienes que elegir. Puedes decidir que viva él o que viva yo.

Y cuando le hago esta pregunta, no se la hago siendo el Don del *Outfit*. Se la hago siendo su hijo. Quiero que me elija porque, de alguna extraña manera, Angelo siempre ha amenazado la situación

en casa. Siempre he sentido que mi madre lo arropaba porque la madre de él falleció. Sin embargo, también lo hizo mi padre. Así que, sí, es mi niño interior el que le está preguntando y el que necesita saber la respuesta.

—Tiero… —murmura mamá con una voz en la que sé que está a punto de caerse en lágrimas—. Nunca me hagas elegir porque no es necesario. Quiero a Angelo. Ha sido parte de esta familia durante mucho tiempo. Sin embargo, tú eres mi hijo. Tú eres el único al que quiero como tal. Y si él está planeando matarte, no voy a llorar ni siquiera en su entierro.

El peso que se quita de mi pecho solo lo iguala la alegría que siento porque mi madre, por fin, haya dicho esas palabras en voz alta.

—Está bien.

Mamá se acerca, me da un beso en la mejilla y sale. Sé que en estos momentos va a ir a su habitación y va a llorar. Porque, por un lado, Angelo es un imbécil. Pero, por otro, es alguien a quien ella ha tenido en su vida mucho tiempo. Y sabe que también es probable que su marido no pueda soportar el hecho de que su hijo muera.

Franco y Salvatore se sientan delante de mí, una vez que mi madre nos deja solos, y nos quedamos los tres en silencio, pensando cuál va a ser nuestro siguiente movimiento.

En ese momento, el teléfono de Franco suena y, cuando lo mira, frunce el ceño.

—¿Quién es? —le pregunto.

Levanta el teléfono y me enseña que es el padre de Iride el que está llamando. Descuelga y pone el altavoz.

—Hola, no quiero molestar —dice el hombre—, pero necesito localizar a mi hijo Lorenzo y sé que estaba con Marco, pero ahora mismo no contesta a mis llamadas.

Algo que mis soldados están habituados a hacer es a desconectar sus móviles cuando están en una misión, y él lo sabe. La cuestión es por qué está intentando localizarlo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Franco, y Salvatore y yo nos miramos sabiendo que es lo que ambos le hubiéramos preguntado.

—Es que hay algo extraño en la última conversación que he tenido con él. No sé cómo explicarlo. Sé que normalmente apaga su

teléfono, sin embargo, cuando me llamó ya había terminado su trabajo y me dijo que Enrico lo había citado para hablar sobre el compromiso con su hermana.

La ira se enciende en mi piel y creo que voy a sacar mi arma y pegarle un puto tiro a Enrico antes de que siquiera piense en que puede tener a Iride de alguna manera.

—Hola, soy Salvatore —interviene—. Estás en altavoz y ahora mismo te estamos escuchando el Don, Franco y yo.

El silencio que hay al otro lado de la línea me dice que se acaba de acojonar al pensar que ha podido decir algo que no debía.

—Tranquilo —le comento para que pueda respirar de nuevo, y escucho que lo hace a través del móvil—. Explícanos qué es eso de que Enrico quería hablar con Lorenzo y que ahora no lo localizas.

Nos comenta toda la situación, cómo Enrico ha estado bastante obsesionado con Iride, sin embargo, ella no ha querido saber de él. Puede que mi mujer tenga un sexto sentido y que no pueda aceptar a un hombre como Enrico, que no es nada más que un puto perro faldero de mi hermanastro.

—Dame un momento, voy a tratar de localizar a Lorenzo —le dice Franco—. Sé que estaba con Marco.

Cuelga antes de que el padre de Iride pueda contestar y marca el teléfono de Marco. Él estaba a cargo de Lorenzo, lo ha estado ayudando y se ha centrado en que consiga entrar en el Outfit. Y no porque sea el hermano de Iride, que también, sino porque parece que lo ha acogido como un hermano pequeño. Marco perdió al suyo hace algunos años y parece que Lorenzo ha empezado a cubrir el puesto que quedó vacante.

El tono de Marco suena y no contesta. Eso hace que los tres nos miremos con el ceño fruncido. Sí, podemos desconectar el teléfono cuando estamos en un trabajo. Sin embargo, nunca, jamás dejamos que suene cuando uno de nosotros llama, y no contesta.

—Algo ha pasado —dice Salvatore, y sé que tiene razón—. Bien, vamos a averiguar qué demonios está ocurriendo —comento mientras pienso en Enrico, tratando de hacerle algo a Lorenzo para llegar hasta Iride.

Franco mira su teléfono y teclea.

—Mi mujer está con la tuya —dice sonriendo—. Sí, ya es oficial. Bere y yo estamos juntos y no pienso guardarlo un instante más.

—Manda a Carlo y a Doménico para que las traigan. Creo que aquí estarán más a salvo de lo que podrían estar solas en mi ático.

Franco asiente y sale para poder llamar a mis primos para que escolten a las chicas a esta casa.

—¿Cuál va a ser nuestro siguiente movimiento? —pregunta Salvatore.

—De momento, no vamos a contarle nada a Iride sobre que su hermano ha desaparecido —le digo, y él asiente—. Pero si hay algo de lo que estoy seguro es de que Enrico no va a acercarse a ella. Sobre mi cadáver. —Sonrío—. No. Mejor dicho, sobre el suyo. Ese imbécil está muerto.

#22

SI EL PELIGRO TE BUSCA, NO TE ESCONDAS DETRÁS DE SU SOMBRA

IRIDE

Creo que el hecho de estar en la mansión Cavalçanti me pone nerviosa. Carlo y Doménico han venido a buscarnos al ático y Bere estaba emocionada por venir a este sitio. Yo, sin embargo, estoy un poco asustada. Es la primera vez que me encuentro en este lugar sabiendo que entre Tiero y yo hay algo, aunque todavía no podemos definir el qué.

Cada vez que escucho a alguien pasar, me tenso, pensando en que su madre puede aparecer. Ya, sí, soy mayor, soy una adulta. Aun así, me siento como una niña pequeña a la que van a atrapar en cualquier momento.

El salón en el que estamos muestra un árbol de Navidad inmenso, precioso, de esos de los que salen en las revistas, perfectamente decorado y con todas las bolas a combinación del resto de adornos que están en la habitación. Creo que es maravilloso. Nunca he visto algo tan impresionante. Sin embargo, no es el árbol que yo tendría en mi casa. De hecho, no es el árbol que hay en nuestra casa. Lorenzo y yo siempre hemos hecho adornos para nuestro árbol de Navidad y cada uno es diferente, a cuál más feo. Porque, vamos a admitirlo, no tenemos un don para las manualidades. Sin embargo, mamá y papá siempre lo han colgado y, aunque parezca que es algo extraño de ver, nuestro árbol, cuando lo miro, pienso que simplemente es perfecto.

—No me puedo creer que estemos aquí —dice Bere, sacándome de mis pensamientos—. Bueno, vamos a empezar porque no me puedo creer que he estado en el ático de Tiero Cavalçanti. Dios mío, ¿cómo puede vivir un hombre en un lugar así? Es simplemente maravilloso. ¿Has visto esa cocina? Creo que podría vivir en esa cocina.

La emoción de Bere hace que me ría y me relaje.

—¿De verdad me vas a decir que Franco vive en un lugar mucho peor? —pregunto.

Ella se sonroja.

—No, sin embargo, él no tiene un ático, sino que vive en una casita un poco más pequeña que esta. No la voy a llamar mansión, aunque tampoco es donde vivimos nosotras.

—No imaginaba que el lugar donde vive Franco fuese así. Me lo imaginaba algo como mucho más moderno, más del tipo picadero.

—Ya, lo sé. Yo también pensaba que solamente era para llevarse allí mujeres para follar —dice Bere—. Sin embargo, me ha prometido que nunca ha llevado a una mujer allí, salvo a su madre y a mí.

La cara de emoción que tiene mi amiga merece la pena todo por lo que hemos pasado, si ahora está feliz. Y, por lo visto, ya es oficial, ya que en el chat de WhatsApp en el que todas las mujeres del Outfit de Chicago están metidas, ha aparecido una foto de Bere y de Franco besándose felices, lo cual ha provocado una serie de malas palabras que sé que no van a quedar sin castigo. Si conozco a Franco un poquito, va a tomarse una pequeña venganza por cada una de esas perras que se han metido con mi amiga.

Veo a Tessandra, la prima de Tiero, entrar junto con Isidora al salón. Cuando ambas nos ven, se quedan durante un instante paralizadas y sé que esto no va a acabar bien.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta Tessandra, indignada por verme en la casa de su primo.

—Nos han dicho que tenemos que esperar —le aclaro sin decir realmente nada.

—No creo que este sitio sea en el que os hayan dicho que esperarais. Tu lugar está más como en las cocinas, ¿no? Bueno, ¿y el tuyo? —dice mirando a Bere—. El tuyo estaría en la nevera.

Mi amiga se levanta dispuesta a cruzarle la cara y yo la agarro del brazo para que no lo haga. No porque no tenga ganas de ello, sino porque ahora mismo estamos en un lugar en el cual no tengo claro si nuestra posición está por encima de su prima, por debajo o a la misma altura. Al fin y al cabo, esto es una familia.

—¿Por qué llevas el reloj de mi primo? ¿Se lo has robado? —pregunta Tessandra, y me doy cuenta de que todavía lo llevo en mi muñeca. Me he acostumbrado demasiado rápido al peso que supone e incluso me he quitado el mío.

—Me lo ha dado él.

—Eso no te lo crees ni tú —me corta.

—Bien, pues se lo preguntas cuando lo veas.

—No puedo preguntárselo porque ahora mismo está buscando a tu hermano.

—¿Cómo que está buscando a mi hermano? —pregunto inquieta.

Isidora, la amiga, solo observa como si esto fuese un partido de tenis. De vez en cuando le da una mala mirada a Bere y finalmente interviene.

—Sí, sabemos que a tu hermano le ha ocurrido algo y todo el mundo está buscándolo como si fuese alguien importante; ni siquiera es del Outfit. Podría morirse y no importarnos una puta mierda a nadie —dice la perra.

Y sin más, echo la mano hacia atrás y le doy un guantazo con la mano abierta que deja marcados mis cinco dedos en su cara. Tessandra es la primera en gritar y va a ir hacia mí, solo que es Bere la que la intercepta, la coge del pelo y tira hacia atrás. Isidora se lanza hacia mí y ambas caemos al suelo. Rodamos mientras nos damos una serie de golpes que se interrumpen cuando alguien entra en el salón y nos da un grito.

Nos quedamos paralizadas las cuatro y veo a Tiero junto a Salvatore y Franco, que nos observan alucinados desde la entrada del salón mientras trato de que no se caiga el árbol contra el que hemos chocado Isidora y yo cuando estábamos rodando.

—¿Se puede saber qué demonios ocurre, Tessandra? —pregunta Tiero en un tono bajo y peligroso.

El hecho de que le pida a ella explicaciones me pica un poco. Supongo que ya sé cuál es mi posición en esta familia.

—Ella te ha robado el reloj y, cuando se lo he echado en cara, su amiga la foca me ha agredido.

Franco da un paso, pero es a Bere a quien tengo que controlar para que no la vuelva a agarrar del pelo.

Tiero llega hasta mí y me ayuda a levantarme, nadie le ofrece una mano a Isidora, que tiene que levantarse sola.

—Voy a decir esto solo una vez, Iride es mi mujer y, como tal, la vas a respetar. Tú y todas.

—¿Y Sofía? —tartamudea Tessandra, que no tiene idea de que ya ni siquiera está en el país.

—No te voy a contar una mierda —responde Tiero, besando mi cabeza.

Franco llega hasta Bere y la envuelve en sus brazos desde atrás.

—Si vuelvo a escucharte hablar así de mi chica —les advierte Franco a la prima y la amiga—, me voy a olvidar de que eres familia del Don, ¿queda claro?

Tessandra e Isidora miran a Tiero buscando un apoyo que no logran. Tampoco de Salvatore.

—Largo —les ordena Tiero, y ambas salen de aquí casi corriendo.

Tiero me pone frente a él y me mira, comprobando si estoy bien.

—Siento el numerito —murmuro.

—Yo no —suelta Bere, y Franco la besa.

Son tal para cual.

—Nadie tiene derecho a tocarte —gruñe y me besa, haciendo que me olvide de dónde estamos.

En ese momento recuerdo lo que ha dicho Tessandra y me aparto, pero Tiero me sujeta por la cintura y vuelve a besarme.

—Tiero, necesito que me digas qué pasa con mi hermano.

—Lo estamos solucionando —me asegura.

—No quiero que lo soluciones, sino que me lo cuentes.

Le doy un empujón y cruzo los brazos.

—Se vienen problemas —se burla Franco, y mi amiga asiente porque me conoce.

—Ni se te ocurra ocultarme algo sobre Lorenzo.

—¿O qué?

—No quieres saberlo, Tiero.

Sonríe y veo en sus ojos que disfruta con mi actitud, sin embargo, me da la respuesta que busco.

—Lorenzo y Marco han sido secuestrados por Enrico y Angelo.

—¿Por qué? —pregunto, no entendiendo nada-. Todos somos del Outfit, ¿no?

—Creemos que tu hermano solo estaba en el lugar equivocado —aclara Salvatore.

—¿Qué es lo que quieren de ellos? —insisto, y veo que los tres hombres de la sala se miran entre sí—. No me ocultes nada.

Las luces del árbol se encienden en ese momento. Tienen un tren que recorre la copa y escucho cómo se mueve antes de que Tiero me conteste y mi mundo se tambalee.

—Matarlo, eso es lo que quieren. Matar a Marco y, de paso, a tu hermano.

Nota 22

SI LO PIERDO, LA PIERDO

TIERO

Si algo he aprendido de Iride es que es leal. Leal y una fiera cuando se trata de defender a su familia. Y Lorenzo es su hermano pequeño. Así que no hay opción. Necesito que él salga con vida de esta porque sé que, si no lo hace, la voy a perder de una forma irremediable.

—Ya los hemos localizado —le aseguro a Iride, que parece relajarse cuando escucha mis palabras—. Vamos a montar un operativo y en unas horas estaremos sobre ellos.

—Yo también quiero ir —dice Iride.

—Y yo —agrega Bere.

—Ni de puta coña —comenta Franco, y Bere le da un ligero puñetazo en el hombro mientras se aleja de él.

—No vais a ir ninguna de las dos —les advierto.

Ambas me lanzan una mala mirada que hace que Salvatore se ría.

—Bere —dice Iride—, necesito que te quedes en la clínica, por si cuando lleguemos con mi hermano está herido.

—Pero yo quiero ir —se queja Bere, haciendo que mi mujer sonría.

—No, no es el momento de que vengas conmigo; necesito que estés ahí para él por si ocurre algo.

—No va a ocurrir nada —la corto— porque tú no vas a venir. Ninguna de las dos, lo acabo de decir y es una orden.

Iride se gira, me encara y juro que me gruñe.

Dios, cómo adoro que lo haga.

—No vas a prohibirme que vaya a buscar a mi hermano. Y si crees que eso va a ocurrir, entonces tú y yo no tenemos nada que hacer.

Sus palabras son claras y directas. En este momento mi madre entra en el salón y creo que ha escuchado toda la conversación porque está mirando a Iride con una cara de fascinación que no había visto en años.

—Tú debes de ser la nieta de Francesca —dice, acercándose a Iride —. Sois iguales.

—¿Conoces a mi *nonna*?

—Sí —le confirma a Iride—. Ahora mismo están de viaje junto a mi tía —añade mi madre—. Era muy amiga de la *nonna* de Tiero.

¿Cómo demonios ha pasado esto?

No tenía ni idea de que mi abuela y la abuela de Iride fueran tan cercanas.

A decir verdad, no tenía una relación demasiado íntima con ella, de lo cual me arrepiento porque hace unos años que murió y es un tiempo que nunca jamás podré recuperar.

—Te pareces muchísimo a ella —sigue mi madre—. Y no solo físicamente, sino también en su carácter.

Interrumpo, porque creo que en este momento mi madre está más de acuerdo con Iride que conmigo.

—Ella no va a venir con nosotros.

—Sí lo voy a hacer —confirma Iride.

—Déjala que vaya —dice mi madre—. Si de verdad ella es importante para ti, no la apartes. No la dejes en un segundo plano. Ella debe ser tu igual, estar a tu lado, no detrás, no esperarte en casa. Tu padre jamás me dejó en la oscuridad. Nuestro negocio es complicado, hijo, y sé que es peligroso, sin embargo, si lo haces tú solo, la oscuridad te acabará envolviendo.

Iride sonríe, y debo reconocer que todos los recuerdos que tengo de mis padres son que siempre han estado juntos. No sabía hasta qué punto mi madre había estado involucrada en el Outfit, sin embargo, es una mujer que todos mis soldados más antiguos han respetado siempre.

—Bien —claudico—, pero si te digo que corras, correrás —le advierto a Iride.

Ella se ríe y mira tanto a mi madre como a su amiga Bere.

—Claro, porque soy del tipo de mujer que cuando alguien le da una orden la cumple. Soy una buena perra.

Mi madre y su amiga se ríen. Salvatore, Franco y yo nos miramos. Esto va a ser una mierda. Sin embargo, el hecho de que ella me haya enfrentado, incluso delante de mis hombres y de mi madre, hace que, todavía, mi corazón lata más rápido cuando la miro.

Creo que estoy preparado para asumir que me he enamorado de esta mujer.

#23

NO CORRAS HACIA EL FUEGO SI NO ESTÁS DISPUESTA A QUEMARTE

IRIDE

West Garfield Park. Este es el barrio en el que tienen a Marco y a mi hermano. Después de la conversación que hemos tenido con su madre en el salón del árbol de Navidad, parece que todo ha cambiado entre nosotros. No solo ha accedido a que vaya, sino que me ha hecho cargo de la parte médica y ahora mismo estoy en la clínica con Bere, organizando un equipo para poder llegar hasta ese lugar y, en caso de que alguien salga herido, atenderlo en ese mismo instante.

Salvatore entra y se me queda mirando un instante. Nunca hemos tenido una conversación en privado, sin embargo, parece necesitar una.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto.

Él niega con la cabeza.

—¿Es algo sobre mi hermano? —insisto.

—No —me confirma—. No es nada de eso. Son solo cosas que están pasando en mi vida.

Tiene el móvil en la mano y la pantalla todavía iluminada. En él puedo ver el nombre de «mi amorcito corazón» que, si no me equivoco, se refiere a su esposa, Giulia, a la que ama con locura y con la que todos sabemos que lleva casi diez años casado.

—¿Ha pasado algo con Giulia? —le pregunto.

Mira su mano, me mira a mí y se ríe.

—Eres demasiado inteligente para tu propio bien —dice—. Tiero está jodido.

Levanto un hombro y él sonríe.

—Si necesitas hablar, estoy aquí —le insisto mientras preparo un café y él acepta otro.

—Creo que me engaña —suelta de pronto, y me quedo congelada mientras estoy poniendo las tazas al lado de la máquina.

—¿Estás seguro? —pregunto—. No parecéis la típica pareja a la que pueda ocurrirle esto.

—Nunca lo parece —me corta—. Sin embargo, hay unas pruebas que no he podido pasar por alto y no sé por cuánto tiempo más voy a aguantar querer por los dos.

—Lo entiendo. Sé de lo que me estás hablando. —Ahora mismo su mundo se está destruyendo y, sin embargo, va a ir a salvar a mi hermano. Lo miro y le sonrío—. Te prometo que, cuando el día de hoy acabe, hablaré con Giulia. Le intentaré sonsacar y, si de verdad está pasando lo que tú crees, entonces lo mejor es que vuestra relación se acabe.

Veo que las lágrimas casi salen de los ojos de él. Por impulso, simplemente lo abrazo.

—Vas a estar bien —le susurro.

Él asiente y me devuelve ese abrazo. En ese momento, Tiero aparece en la cocina y carraspea.

—¿De verdad me vas a hacer que lo mate? —pregunta en voz alta.

Salvatore se gira para que no pueda ver que está limpiándose una lágrima que ha resbalado finalmente por su mejilla.

—Oh, vamos. Si te tuviera que cambiar, no sería por uno de ellos —le aseguro a Tiero.

Llega hasta mí y me besa. Lo hace con una naturalidad que parece que hemos estado toda la vida destinados a esto.

El doctor Carolo entra en ese momento y, antes de que pueda salir, Tiero lo detiene.

—Doctor, un momento —le dice. Él se gira y llega hasta nosotros—. ¿Ves lo que está sucediendo? —pregunta mientras tiene su mano alrededor de mi cintura y me aprieta más contra su cuerpo.

El doctor Carolo nos mira a ambos, pero no entiende qué es lo que le está preguntando.

—A lo que me refiero —continúa Tiero— es que, si te das cuenta, ella es mía, y si se te ocurre volver a poner una de tus putas manos en su cuerpo, la menor de tus preocupaciones va a ser que ella se enfade.

—Entendido —responde Carolo, y sale de allí como alma que lleva el diablo.

—No tenías que asustarlo —le digo.

—Oh, sí tenía que hacerlo. Este soy yo portándome bien. Es una advertencia. No voy a darle la misma cortesía a todos los hombres que traten de acercarse a ti.

Salvatore se ríe y sale de allí.

—¿A qué has venido? —le pregunto, y entonces veo que en su mano lleva un chaleco antibalas.

—Si vas a estar en esta mierda, necesito tenerte protegida.

—Vaya, no sabía que el trabajo venía con uniforme.

Baja su boca sobre la mía y posa un beso muy tierno, uno que me hace estremecerme, y me doy cuenta de que me está diciendo sin palabras lo que siente por mí. Y yo hago exactamente lo mismo. Pone su frente sobre la mía y respira mientras tiene los ojos cerrados. Mis manos van a su cara. Necesito tocarlo. Me gustaría haberme entregado a él, que él hubiera sido el primero. Quiero que lo sea, pero no nos vamos a engañar, esto puede salir mal. Y juro que será algo de lo que me arrepienta toda la vida si él no puede ser mi primera vez.

—Cuando volvamos, quiero acabar lo que empecé en tu guarida —le digo, y él abre los ojos de golpe y me observa con una intensidad que casi me hace retroceder.

Sin embargo, no me deja. Baja sus labios hacia los míos sin dejar de mirarme y pasa su lengua. Me estremezco porque, cada vez que me toca, algo recorre mi cuerpo y no puedo imaginar todo lo que me va a hacer sentir cuando ambos estemos enredados y desnudos en una cama.

—¿No estabas esperando entregarte a tu marido? —me dice en un tono juguetón.

—Bueno, quizás es el momento de romper mi promesa —le contesto, sabiendo lo enorme que es lo que acabo de soltar.

Tiero me abraza y baja su boca a mi oído. Comienza a lamerlo y a mordisquearlo. En este momento, me encantaría que simplemente me arrancara la ropa y me follara en la encimera. Sin embargo, no lo va a hacer. Sé que es un hombre de palabra y que respeta el que yo la tenga.

—No te preocupes —murmura—. Tu marido va a ser el único hombre al que conozcas.

Justo cuando lo dice, la puerta se abre y Franco aparece.

—Ya estamos preparados —comenta, y no le da ningún tipo de pudor el hecho de que nos haya atrapado en un momento tan íntimo.

Tiero respira hondo, me besa una última vez, me coge de la mano y salimos de ahí. Llegamos a la parte de fuera de la clínica y hay una serie de todoterrenos preparados. Uno de ellos está equipado con todo lo que podamos llegar a necesitar. El doctor Carolo ha decidido que no quiere venir porque tiene miedo de que una bala pueda alcanzarlo. Es un imbécil. Tengo claro que sus días en la clínica están contados. Franco ha dicho algo de llevarlo al aeropuerto, aunque no tengo muy claro si se refiere al que usan todos o al que usan en el Outfit.

Tiero coloca el chaleco sobre mi cuerpo y lo ajusta.

—No se te ocurra quitártelo y no se te ocurra salir de este coche —me pide.

Asiento. Sin embargo, sé que no voy a ser capaz de seguir sus órdenes si veo a Lorenzo herido. Me subo al todoterreno y me percato de que es Carlo, el primo de él, quien lo conduce. Conmigo van dos enfermeras más y una médica nueva que lleva poco en la clínica.

Supongo que hoy es el día del *Girl Power.*

No logro ver en qué coche se sube Tiero, tampoco Salvatore o Franco. Imagino que estarán de los primeros. No puedo evitar pensar que, si algo le pasa, si algo le ocurre, una parte de mí se va a romper para siempre porque va a ser el hombre con el que compare a todos los demás.

El todoterreno arranca y nos dirigimos hacia la dirección que me ha dicho Franco. Se encuentra en un barrio de los peores de Chicago, y no solo eso, sino que está en una zona apartada y abandonada. Ya es de noche. Apenas puede verse, ya que las farolas en este lado de la ciudad están todas rotas. Entramos en lo que parece un antiguo parque de atracciones navideñas. Nunca he estado aquí. Sí que he oído hablar de él. Creo que en los años ochenta era un lugar familiar al que todas las mamás traían a sus niños para conocer la Navidad. Sin embargo, ahora mismo es el lugar más tétrico en el que he estado toda mi vida.

—Oye, esto da un poco de miedo —dice la enfermera rubia a mi lado.

No sé sus nombres. Ahora mismo hay mucho movimiento en la clínica y hay una gran cantidad de rotación de personal. A las únicas a las que conozco es a Bere y a… bueno, no, a Sella siento que no la conozco. No sé si en algún momento la he llegado a conocer del todo. Me permito unos instantes para pensar en ella y desear que le vaya bien. Aunque sea lejos, a pesar de que nunca jamás vuelva a saber qué es lo que le ocurrió. Espero que realmente sea feliz.

Nuestro todoterreno se detiene y apaga las luces. Nos encontramos ahora mismo detrás de una atracción que en otros tiempos imagino que sería algo así como un tren de la bruja con renos, pero ahora lo único que puedo ver es un tétrico paisaje invernal con unos animales —llamémosles ciervos zombis— y un Papá Noel que juraría que me está mirando con cara de asesino.

El resto de los coches apagan también sus luces, pero se siguen deslizando. Los pierdo de vista cuando se meten detrás de lo que parece una casa del terror. Bueno, imagino que no es del terror, ya que era de Navidad… aunque, para qué mentir, la Navidad puede ser terrorífica.

Nos quedamos en silencio, mirándonos unos a otros. Carlo saca su arma y la deja sobre la consola.

—¿Tienes alguna más? —le pregunto.

Él se gira con una sonrisa que me recuerda un poco a la de Tiero. Son primos y se parecen, aunque esta es la versión mucho más joven y relajada del Cavalçanti que todo el mundo conoce.

—Si mi primo se entera de que te he dado un arma, va a metérmela por el culo y disparar el cargador entero. —Se ríe Carlo.

—Bueno, mejor que haga eso a que nos empiecen a pegar tiros y no sepamos defendernos o no podamos hacerlo —le comento.

Las otras chicas me miran asustadas. Creo que, si ahora mismo les dieran una pistola, se acabarían disparando en un pie. Mierda, es verdad lo que dice Salvatore: no hay personal cualificado para el tipo de clínica en el que trabajamos.

—Estáis todas aquí a salvo —asegura Carlo—. Este coche está blindado.

Silbo, pensando en cuánto dinero se ha debido gastar Tiero en un coche así.

—Creo que somos demasiado ricos —me burlo—. ¿Cómo podemos tener una flota de coches antibalas?

—No la tenemos —contesta Carlo—. El único que hay es este, en el que normalmente va Tiero, pero hoy ha decidido que lo más importante de su vida estaba aquí dentro y necesitaba protegerlo. Sus palabras, no las mías.

La forma en la que lo dice simplemente me provoca un vuelco al corazón. Permanecemos en silencio y veo una serie de luces moverse. Han bajado de los coches y ahora están avanzando a pie con linternas en la mano. La noche cae totalmente y no puedo distinguir más allá de unos metros delante de mí.

Sin embargo, al estar en el asiento del copiloto, puedo revisar nuestro alrededor sin tener que salir del coche. Como si supiera que algo va a pasar, me quedo atenta hacia el lugar donde por última vez he visto una linterna… y me sobresalto cuando escucho el sonido de las balas antes de ver los resplandores de las pistolas que las disparan.

—¡Joder! —gruñe Carlo—. ¡Todas abajo!

Nos metemos en el hueco del coche y él sale. Va a ayudarlos, y yo siento que no puedo quedarme aquí. Miro en la guantera y, efectivamente, hay otra arma. Por supuesto que hay otra arma en este coche. Reviso que esté cargada y trato de no temblar. Me ajusto bien el chaleco al pecho y salgo despacio. Ninguna trata de

detenerme, y mucho menos acompañarme. Si Bere estuviera aquí, no dudo de que la tendría cubriendo mi espalda.

Mis pasos son lentos, pero firmes. Me dirijo hacia donde escucho los disparos. Apenas puedo ver. Me sobresalto varias veces por culpa de los elfos tétricos que parecen querer matarme, y juro que jamás volveré a ver la Navidad de la misma manera.

Cuando estoy llegando hacia lo que parece una lluvia de balas, me siento observada. Miro alrededor, pero lo único que encuentro es oscuridad. Eso y un espejo de esos que distorsionan tu imagen. Ahora mismo tengo las piernas más o menos a la altura del cuello.

Me quedo mirando durante un instante…, y entonces me doy cuenta. Tengo un punto rojo justo en mitad de la frente y lo único que puedo hacer es cerrar los ojos antes de que todo se vuelva negro.

Nota 23

TERROR NAVIDEÑO

TIERO

Creía que el haber visto a Iride llena de sangre era la imagen más terrorífica que podría haber experimentado en mi vida. No, borra eso. Tenerla de pie, a unos metros de mí, con un punto rojo en su frente es algo que no voy a poder olvidar jamás y voy a tener pesadillas durante años. Corro hacia ella como si mi alma dependiera de ello y, en realidad, lo hace. No puedo perderla, no cuando todavía no he podido tenerla y no cuando no he podido todavía decirle que la amo, que estoy enamorado, que no sé cómo lo ha hecho, pero que ha logrado cazar al mafioso.

Cuando estoy a poca distancia, directamente me lanzo contra su cuerpo y amortiguo la caída con el mío. Ella tiene los ojos cerrados y, por un instante, creo que le han dado. He escuchado disparos, no sé si alguno iba dirigido hacia nosotros. La reviso con rapidez y cuando me mira puedo respirar de nuevo.

—¿En qué estabas pensando? —le gruño.

Ella pone su mano en mi mejilla.

—En que te amo —suelta.

Y, aunque a nuestro alrededor solo hay muerte y destrucción y un tétrico paisaje navideño, la beso. Lo hago rápido, sin embargo, disfruto y le transmito todo lo que siento por ella.

—Yo no te voy a decir que te amo, no aún, no hasta que salgamos de aquí, pero te prometo que eso va a ocurrir —la informo.

La ayudo a levantarse con cuidado y la dejo a un lado de una de las atracciones en las que parece haber una serie de elfos que en tiempos anteriores debían de ser adorables, pero que ahora mismo van a provocar unas pesadillas que me atormenten.

—Quédate aquí —le ordeno. Sé que me va a replicar y, antes de que lo haga, le dejo claro algo—. Necesito entrar ahí dentro a por tu hermano y a por Marco. Si tengo que estar pensando en que tú no estás segura, no voy a poder hacerlo y vamos a acabar todos jodidamente muertos. ¿Lo entiendes?

Iride me mira y asiente. Recojo la pistola, que no sé de dónde ha sacado —aunque anoto en mi mente darle una patada en el culo a mi primo Carlo por no estar con ella cuando le dije que no abandonara el coche—, y se la vuelvo a dar.

—¿Vas a saber manejar esto? —Alza las cejas y sonrío—. Esa es mi chica.

Me dirijo nuevamente hacia donde está habiendo el intercambio de disparos, pero esta vez no voy de frente, sino que entro por un lateral, una puerta que no había visto antes. Me meto hacia el interior y descubro que estoy llegando justo a la parte anterior a donde se encuentran todos los que nos están intentando matar. Veo a Marco y a Lorenzo tirados en el suelo. Les han dado una muy buena paliza, pero creo que ambos están vivos todavía.

Voy despacio, me deslizo y encuentro al francotirador que ha apuntado a mi mujer hace solo un instante. No digo demasiado, simplemente me acerco, le pongo el arma en la sien y, antes de que pueda darse cuenta, está muerto.

Mi disparo tan cerca alerta a los hombres de ahí y no dudan en empezar a ir a por mí. Sin embargo, yo soy mucho más rápido y tengo algo más importante por lo que luchar que ellos. Así que, los cuatro hombres que han intentado matarme, quedan abatidos en cuestión de segundos. Veo a Franco y a Salvatore entrar por la puerta. Cuatro más de nuestros hombres los flanquean.

He dejado de escuchar disparos, pero no veo ni a Enrico ni a Angelo por ninguna parte.

—Putos cobardes —siseo.

Veo a mi primo Carlo aparecer junto a Doménico. Esos dos siempre están cubriéndose las espaldas; no sé cómo lo hacen, pero con ellos traen a Enrico y a Angelo. Los tiran a nuestros pies y no puedo evitar sonreír al ver que estamos en medio de un jodido escenario donde la Navidad parece haber vomitado después de haber muerto.

—¡No puedes matarme! —grita Angelo, asustado.

En su cara puedo ver que sabe que sí puedo hacerlo y que voy a hacerlo.

—¿Y quién me va a detener? —le pregunto, divertido.

—Nuestra madre…

—No —le corto—. Nuestra madre no. Es mi madre. La tuya murió, y agradece que eso pasara porque dudo mucho que quisiera haber visto en qué patético cabrón se ha convertido su hijo.

Enrico me mira, y lo hace con tal desprecio que simplemente apunto y disparo en su pierna. Cae al suelo y empieza a llorar. Salvatore y Franco se quedan cada uno a un lado mío y observan al idiota que, con un solo disparo, está sollozando como un bebé.

—Joder, deberíamos haberlo matado antes —se queja Franco.

—Sí, es un absoluto horror verlo hacer esta mierda de espectáculo —agrega Salvatore.

Los miro a ambos y entonces me doy cuenta de lo triste que es su vida, la de los dos, porque nunca jamás van a conocer lo que es tener una amistad como la que tengo yo con Salvatore y Franco.

Cojo el arma, saco todas las balas y únicamente dejo una. Luego los miro y les hago un gesto a Doménico y a Carlo para que se aparten.

—Muy bien —comienzo—. Tenéis una oportunidad. El que coja esta arma puede pegarle un tiro al otro.

Ambos se quedan un momento en silencio, justo antes de que Enrico corra hacia donde estoy yo, a pesar de la herida que tiene en la pierna. Angelo es demasiado lento, reacciona demasiado tarde y, para cuando se está dando cuenta, Enrico ya le ha pegado un tiro en la garganta y ahora mismo está muriendo mientras se ahoga en su propia sangre. Enrico suelta el arma y me mira con las manos arriba.

—Muy bien, lo siento, desapareceré —dice, como si con eso pudiera pagar absolutamente todo lo que ha hecho.

—Lo harás —le aseguro—. Pero antes vas a tener clara una cosa, y es que no se jode conmigo y mucho menos se desea a mi mujer.

Amplía los ojos tanto que casi me parece divertido. El muy imbécil no se ha dado cuenta de que Iride es mía.

—Lleváoslo al almacén. Lo quiero vivo al menos una semana.

Enrico entiende perfectamente que ese es el tiempo durante el que lo vamos a torturar y comienza a pedir clemencia.

—Has dicho que si lo mataba...

—Sí —lo corto—. He dicho que el que llegara podía matar al otro. Eso no significa que fuese a salir con vida. Enrico, ese siempre ha sido tu problema: pensar que sabes más que los demás.

Con un gesto, tanto Carlo como Doménico entienden lo que quiero y se llevan a rastras a Enrico. Salgo dispuesto a encontrarme con Iride y la veo ayudando a uno de mis hombres, que ha recibido un disparo en el hombro.

—¿Cuántas bajas hay? —pregunto a todos y a ninguno.

—Tres —contesta alguien.

—Mierda. Necesito que entréis a por Lorenzo y Marco, les han dado una buena paliza, pero creo que están vivos.

En cuanto digo eso, Iride corre al interior y atiende a su hermano. Llora cuando este le sonríe, a pesar de llevar la cara totalmente amoratada, y ella le promete que va a patear su trasero en cuanto esté recuperado.

Volvemos a la clínica y, en la puerta, nos están esperando los enfermeros y celadores que han venido a ayudar a nuestros heridos. También está Giulia, la mujer de Salvatore, y, por supuesto, Bere, que corre hacia Franco en cuanto este sale del coche.

—Ven conmigo —le pido a Iride.

Ella mira a su hermano y este asiente. Parecía que estaba peor. Por lo que nos ha podido contar Marco cuando se ha despertado en mitad del trayecto hacia aquí, Enrico y Angelo descubrieron que ellos habían averiguado que estaban implicados en demasiada mierda con los chechenos. Así que planeaban quitárselos de encima, pero lo iban a hacer como si hubieran sido los rusos, para que comenzáramos una guerra y se rompiera la alianza que tanto nos había costado mantener hasta ahora.

Cojo de la mano a Iride y la llevo hasta el interior de la clínica. Entro en una de las salas en las que he mandado colocar su nombre y, justo debajo, el título de *Jefa de Enfermeras*.

—¿Qué significa todo esto? —pregunta mientras entramos.

El lugar es sencillo: una mesa con un ordenador, una serie de cuadros del lago Tahoe y un sofá cama muy cómodo.

—Lo único que significa es que tu esfuerzo ha sido recompensado y que vas a dirigir a las enfermeras de este lugar —le digo mientras la abrazo.

—¿Es algún tipo de chantaje para acostarte conmigo en ese sofá? —pregunta divertida.

Le muerdo el lóbulo de la oreja y ella grita, riéndose.

Voy al sofá, me siento, tiro de ella y hago que se quede en mi regazo. Busco en el chaleco que lleva puesto las aberturas y se lo quito. Después hago lo mismo con el mío. Meto la mano en el interior de mi chaqueta, saco una pequeña caja de terciopelo y la abro. Dentro hay un anillo, uno que pertenecía a mi madre y que lleva en nuestra familia más de cinco generaciones.

Iride lo mira y después a mí. Creo que está en *shock*.

—Iride, sé que apenas hemos tenido tiempo de conocernos, pero quiero tener el resto de mi vida para hacerlo. ¿Quieres casarte conmigo?

—No.

#24

ESTA NOCHE ES NOCHEBUENA

IRIDE

Miro a mi alrededor y apenas puedo creer lo que está sucediendo. Estamos en el salón de la mansión Cavalçanti celebrando la Navidad. Esta noche nos daremos los regalos y el mío será un «sí» a su proposición de matrimonio. Cuando me lo pidió, le dije que no simplemente porque me parecía una locura; creí que había sido la emoción del momento. Sin embargo, Tiero me ha demostrado cada día que sí me quiere, que está enamorado y que desea pasar el resto de su vida conmigo.

Mis padres entran en la gran mansión y veo cómo mamá mira todo a su alrededor. *Nonna* se acerca a la madre de Tiero y la abraza.

—¿Cómo estás? Hace tiempo que no nos vemos —le dice mi *nonna*.

La madre de Tiero le sonríe con una dulzura que sé que va a convertirla en una abuela excelente. Y no, no es que eso vaya a pasar pronto porque todavía no nos hemos acostado. Tiero me dijo que iba a esperar hasta que estuviéramos casados; quiere que pueda cumplir la promesa a mi padre.

Franco y Bere llegan de la mano. Ella luce un precioso vestido color champán y él no puede quitarle las manos de encima. Tras sentarnos todos a cenar, disfrutamos de una inmensa comida navideña. Nunca he sido tan feliz. Lorenzo no ha podido llegar a tiempo; está con Marco en alguna misión. Salvatore me ha asegurado que está perfectamente. Sin embargo, tengo miedo de que le ocurra algo. Creo que este sentimiento me va a acompañar a partir de ahora todos los días de mi vida porque los hombres más importantes se la juegan a cada minuto que pasan en el Outfit. Aun

así, no elegiría que fuese de otra manera porque los amo tal y como son.

Cuando retiran la cena y nos trasladamos a una sala decorada como si fuera una tienda de Navidad, me acerco a Salvatore.

—¿Pudiste hablar con ella? —me pregunta, y yo niego con la cabeza.

—Te dije que lo haría, pero han pasado cosas. Sin embargo, creo que es momento de que tú lo hagas.

—No sé, Iride —responde dubitativo—. ¿Y si me reconoce que se ha enamorado de otro hombre?

Suelto una carcajada y todos me miran.

—¿De verdad crees que la forma en la que te mira es inventada? —le contesto—. Porque te puedo asegurar que no lo es.

Giulia llega hasta donde estamos y se engancha al brazo de su marido.

—¿Puedo saber qué chiste le has contado? —le pregunta a Salvatore, apoyando la cabeza en su hombro.

He de decir que es una mujer espectacular y preciosa. Tiene una clase y un estilo que se nota con solo verla sonreír.

En su mano sostiene una copa de champán; la suya parece diferente, sin burbujas y de un tono más oscuro, me recuerda al que me daban de niña. Vuelvo a mirar la copa, vuelvo a mirar a Giulia; ella me mira y sonríe tímidamente.

Mierda, ¿está embarazada?

—Salvatore —le digo—, es momento de que hables con Giulia.

Ella nos mira extrañada y no entiende de qué hablamos.

—Id a un lugar tranquilo —propongo— y cuéntaselo. Pero, por favor, no te rías demasiado —le pido a Giulia, lo que hace que Salvatore frunza aún más el ceño.

Ambos se van y espero de todo corazón que sea capaz de atreverse, que mi nuevo amigo tenga el valor de decirle a su mujer en qué ha estado pensando.

—Iride —oigo la voz de Tiero llamarme—. Necesito hablar contigo.

Dejo mi copa de champán sobre la repisa de la chimenea y me acerco a él. Nos dirigimos al que fue el despacho de su padre y no puedo evitar pensar que en estas paredes creció el niño que se

convirtió en el hombre del que me he enamorado. Tiero se sienta en la silla y tira de mí para que me ponga en su regazo. Siempre le he dicho que es mi lugar favorito, y parece que también es el suyo.

—Voy a decirte algo y necesito que entiendas que es lo que tenía que hacer —suelta, y sus palabras me asustan.

—¿A qué te refieres? —le pregunto, y él besa mi cuello. Pone su mano alrededor de mi cintura y la otra sobre mi muslo. Puedo ver el tatuaje del arcoíris en su muñeca y sonrío. En algún momento espero que me cuente por qué se lo hizo.

—He hablado con Rosella. —Toda mi atención es acaparada por esas palabras.

—¿Has hablado con Sella? ¿Qué te ha dicho? ¿Dónde está?

—Lo que te voy a contar no puede salir de aquí. Franco y Salvatore están al corriente, pero nadie más puede saberlo. —Lo miro y alzo una ceja—. Bueno, sí, Bere también se va a enterar. Ya sé que Franco y tú no sois capaces de ocultarle nada. Y supongo que Giulia también estará al tanto. Somos un grupo bastante chismoso.

—Deja de decir cosas y cuéntame, por favor. ¿Qué has hablado con Sella?

—Ella está bien. Va a tener una niña. La va a llamar como tú, pero no creo que la puedas conocer nunca.

—¿Por qué? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Michael la intentó traicionar. Se agobió, la quiso abandonar, quiso volver a su anterior vida. Y ella —hace una pausa, me mira y prosigue—, ella lo ha asesinado. Ahora mismo tu hermano se está encargando de eso. Así que, de momento, no puede volver. Está exiliada de Chicago. La voy a ayudar en todo lo que pueda. No es posible borrar lo que hizo. Nos traicionó.

Lo miro y asiento. Las lágrimas llenan mis ojos, pero sé que es lo único que él puede hacer. Ella debería estar muerta. Así que el hecho de que la mantenga con vida, aunque sea alejada de nosotros, es lo mejor que podría pasarle. Así la pequeña podrá crecer en un mundo normal donde no tenga que casarse por un contrato.

Me acurruco en su pecho y dejo que me acaricie la espalda. Mi vestido se sube y mete la mano dentro de mi muslo. Estoy deseando

que me toque, pero sé que no lo va a hacer. Noto su dureza justo debajo de mi culo y me muevo. Quiero torturarlo tanto como él me tortura a mí con su falta de sexo.

—Tengo un regalo para ti —le digo.

Y le pido que me acompañe hasta donde está el salón con el árbol. Estamos solos. Todos siguen en la sala de al lado y logramos escabullirnos sin que nos vean, aunque, antes de cerrar la puerta, podemos escuchar cómo Giulia y Salvatore se ríen y ambos fruncimos el ceño; no llegamos a cerrar la puerta del todo para escuchar la conversación.

—¿En serio creías que te estaba poniendo los cuernos? —Se ríe Giulia.

—Es lo que parecía —se defiende Salvatore.

—Bueno. Pero que sepas que les voy a contar a todos que estabas pensando en que yo te era infiel cuando lo que estaba aprendiendo es *pole dance* para hacerte un baile en nuestro aniversario. Imbécil.

—Vale. No hace falta que se lo contemos a todo el mundo —se queja Salvatore.

—Oh, sí. Lo vamos a hacer.

No sé si le ha contado que está embarazada. No es mi momento para decirlo. Ni siquiera a Tiero. Así que simplemente cerramos la puerta y nos dirigimos hacia donde está el inmenso árbol. Justo al lado está el que normalmente se pone en casa de mis padres. Tiero insistió en que quería que las dos familias se juntaran y la imperfección que trae ese árbol hace que el momento sea perfecto.

Llegamos hasta donde están ambos árboles y nos sitúo él junto al suyo y yo a unos pasos frente a él, junto al de mis padres. Meto la mano, saco una caja y él me mira con una intensidad que hace que un escalofrío recorra mi cuerpo.

—Tiero —comienzo a decir—, sé que estoy enamorada de ti, que lo he estado desde el momento en el que te vi y no he querido reconocerlo. Te he odiado por apuntarme con un arma, pero también te he amado por la misma razón. Sé que es algo jodido de mi parte y que no tengo claro que las mariposas del estómago que siento cuando te veo no sean en realidad asesinas. La cuestión es

que —abro la caja y me pongo de rodillas—: Tiero Cavalçanti, ¿quieres casarte conmigo?

Tiero llega hasta a mí, coge el anillo, se lo pone y me alza. Me da un beso mientras me dice que sí.

—Sí, Iride. Quiero ser parte de esas mariposas asesinas y sustituirlas por las pataditas del bebé que quiero que tengamos juntos. Uno, dos, cien, los que sean, para que el mundo pueda ver lo mucho que te voy a amar el resto de mi vida.

Y así es como empezamos una vida juntos que comenzó como una guía de cómo conquistar a un mafioso, ¿debería escribir un libro?

Nota 24

LAGO TAHOE

TIERO (HACE 17 AÑOS)

Yo no quería venir aquí. El lago Tahoe es un lugar en el que, cuando vienes en verano, estás obligado a ponerte un bañador porque, si no, eres un bicho raro. Aun así, cuando me lo pongo, es todavía peor. ¿Por qué? Porque mi cuerpo se niega a hacer lo que le pido. Tengo la cara llena de granos, grasa por todos lados y no hay manera de deshacerme de ella. Me he muerto de hambre, he estado horas en el gimnasio y, por algún motivo, mi metabolismo se niega a cambiar. El médico dice que es tan solo una fase, un tema hormonal y no sé qué mierdas más. Sin embargo, ¿cómo le explico yo a las chicas que realmente no voy a ser así el resto de mi vida? O, peor aún, ¿y si lo soy? Salvatore y Franco ya tienen hasta cuadraditos. Por suerte, ellos no han venido a este viaje.

Camino hacia el embarcadero, esperando no encontrar a nadie. Hoy tienen una fiesta y se han ido a celebrar lo divertido que es ser adolescente en el lago Tahoe. Tengo quince y puedo asegurar que es una puta mierda ser adolescente en el lago Tahoe si no tienes el cuerpo adecuado.

Decido sentarme y que mis pies toquen el agua. Estoy un poco escondido tras unos juncos. Veo que hay unas casas y mi madre está hablando con una mujer mayor. Mi abuela también está allí. Parece que ellas se conocen, aunque a mí no me suenan. Pasa una de las barcas con los que supuestamente son mis amigos y me escondo para que no me vean. Lo único que acierto a escuchar es cómo ellos también están bajando la voz para que, en caso de que los escuche, no intente ir con ellos. Se avergüenzan de mí tanto como lo hago yo.

Eso provoca que una lágrima caiga por mi mejilla. No quiero que me vean llorar, ya es lo último que me faltaba. El gordo de granos que, además, es una nena llorona. Casi puedo ver los titulares.

Cuando por fin pasan de largo y se dirigen hacia la fiesta, vuelvo a sentarme y me doy cuenta de que hay una niña pequeña al principio del embarcadero que me mira con la cabecita ladeada. Lleva un bañador lleno de arcoíris de colores y frunce el ceño. Se acerca poco a poco y sigue sin hablar. Solo me mira.

Me limpio la cara y espero que no le diga a nadie que me ha visto llorar.

—¿Por qué estás aquí solo? —pregunta la pequeña.

Me encojo de hombros en respuesta. Ella se gira, cruza sus piernecitas y me mira.

—No deberías estar solo en el lago, puede ser peligroso. Mamá ha dicho que nunca puedo acercarme al agua yo sola.

Le sonrío. Es toda inocencia y me parece muy dulce.

—Cuando seas mayor, entenderás que, a veces, estar solo es mejor que estar rodeado de personas que no te quieren —le aseguro.

Ella frunce otra vez el ceño, intentando comprender mis palabras.

—¿Es por eso que estás triste? —inquiere—. ¿Es porque nadie te quiere?

Permanezco callado, pensando en sus palabras, y asiento. Porque es exactamente como me siento en este momento.

—Entonces, no lo entiendo. ¿Por qué no te quieren? No pareces un mal tipo.

Su desparpajo me hace reír. Y, por primera vez desde que hemos llegado a este maldito lugar, la sensación de que algo oprime mi pecho se relaja un poco.

—Supongo que tener este cuerpo y esta cara no ayudan —le intento explicar.

Me mira de arriba abajo y no lo entiende. Ella no ve nada feo en mí. Creo que no ve nada feo en el mundo. Ojalá no creciéramos y esa forma de ver el mundo no se disipara con los años.

—¿Es porque ninguna chica ha intentado darte un beso? Porque los he estado viendo, ¿sabes? Mamá dice que está feo espiar. Sin embargo, yo he visto a un chico y a una chica que se daban besos con lengua. Es asqueroso.

Sus palabras lo único que provocan en mí es una enorme carcajada que hace que ella se cabree y se ponga de pie. Cruza sus pequeños bracitos y no puedo evitar pensar en que es una niña adorable. Me doy cuenta de la mancha de su ojo en forma de corazón, que hace que, junto al color único de sus ojos, —como a tierra mojada—, piense en que se convertirá en una preciosa mujer algún día que espero encuentre a un buen hombre.

—¿Qué es tan divertido? —pregunta enfadada.

—No me estoy riendo de ti —le aseguro—. Es simplemente que, cuando seas mayor, tú también querrás besar a un chico.

—¡Arggg! No, yo no voy a querer hacer eso.

—Sí lo vas a querer hacer —insisto—. Y espero que sea un buen hombre.

—¿Tan importante es dar besos en la boca? —pregunta ella.

Asiento.

—Sí. Mi madre y mi padre lo han hecho toda la vida. Y siempre he sentido el amor solo con verlo —le contesto.

—Así que... —comienza ella a divagar— los besos en la boca demuestran que te pueden querer.

Me quedo pensando en sus palabras y asiento.

—Sí, creo que sí. Es una forma de demostrarle a otra persona que puede ser querida.

Ella sonríe, se acerca y, de la nada, me coge con sus manitas la cara y me planta un beso en los labios. Uno rápido, uno que no tiene nada que ver con lo sexual. Es algo simplemente tierno, espontáneo y que me deja totalmente petrificado.

—Bueno, pues ya tienes tu beso. Ya sabes que te pueden querer.

Dicho esto, se da la vuelta y corre por el embarcadero.

No me puedo creer que mi primer beso me lo haya dado una niña con un bañador lleno de arcoíris de colores. Sin embargo, puedo decir que no he sentido deseo ni vergüenza, solo he sentido esperanza. Esperanza de que alguien, de verdad, me pueda querer un día.

Diecisiete años después, esa misma niña volvió a salvarme, sin saber que ya lo había hecho una vez, y esta noche se va a convertir en mi mujer.

Epílogo

IRIDE

La primera vez que Tiero me dijo que iba a haber una ceremonia de iniciación, pensé que hablaba de algún tipo de fiesta. Ya sabes, algo elegante con copas, trajes caros y música suave de fondo. No imaginé que acabaría rodeada de todos los hombres del Outfit, que son como una mezcla entre modelos de Armani y villanos de película, ni que el aire olería tanto a poder como a peligro.

Estamos en una bodega subterránea, debajo del restaurante que sirve como tapadera del Outfit; uno de tantos. Es un lugar enorme, con columnas de mármol y una iluminación cálida que contrasta con la tensión que se respira. Pero no una tensión mala, sino esa electricidad que se siente cuando va a pasar algo importante.

Frente a nosotras, una larga mesa de madera que parece salida de una película de *El Padrino*. Tiero está en el centro, sentado, con esa calma suya que me atrae. No hay trono, pero si lo hubiera, él sería el único capaz de ocuparlo sin que pareciera ridículo. A su derecha está Franco, con esa sonrisa intimidante de siempre, y a su izquierda Salvatore, que lleva el ceño fruncido, como si la seriedad fuera su estado natural.

Nosotras —las mujeres— estamos detrás de una barandilla que separa la zona de los hombres. No es una barrera física realmente, pero sí una tradición. A mi lado está Bere, que no para de mover el abanico que se ha traído de casa porque dice que el aire está cargado de testosterona.

—Si estalla una pelea, me tapo los ojos —murmura en voz baja, y Giulia, la mujer de Salvatore, suelta una risita elegante.

—Por Dios, Bere, es una ceremonia, no un combate de boxeo —le dice mi madre sin poder ocultar que también está nerviosa.

—En este sitio nunca se sabe —responde ella, encogiéndose de hombros.

Yo, por mi parte, intento no morderme las uñas. Sé que para mi hermano esto es importante, más de lo que cualquiera podría imaginar. Lorenzo está en el centro del salón, de pie, con el traje negro que Tiero le regaló hace una semana. Nunca lo había visto tan serio ni tan adulto.

Detrás de mí, escucho la voz suave de mi *nonna*.

—Tu hermano se parece tanto a tu padre cuando tenía su edad… —susurra con ese tono nostálgico que me aprieta el pecho.

Mi madre le pasa un pañuelo de encaje y la madre de Tiero —mi suegra— se inclina hacia nosotras con una sonrisa llena de orgullo.

—Lorenzo va a ser un buen hombre. No hay duda —dice, y su voz es firme, como si ella pudiera haber visto el futuro.

—Tiene a quién parecerse —responde mi *nonna*, mirando de reojo a Tiero.

La tía abuela de Tiero, que está sentada entre ambas, asiente con una carcajada.

—Espero que el chico tenga menos drama que tu sobrino nieto.

Las tres se ríen y yo tengo que contenerme para no hacerlo también. Tiero levanta la vista en ese instante, como si hubiera sentido que nos estábamos burlando de él, y sus ojos se cruzan con los míos. Ese simple gesto basta para hacerme olvidar de qué estábamos hablando. Es increíble cómo un solo vistazo suyo puede hacer que el mundo se reduzca a un solo punto: él.

La ceremonia comienza. Uno de los capos veteranos —un hombre enorme con una cicatriz en la mejilla y voz de trueno— se adelanta y coloca frente a Lorenzo una vela encendida, una copa de vino y una pequeña estampa de un santo. A su lado está su mentor y amigo, Marco.

—Hoy, el Outfit te acepta como uno de los suyos —declara, y su voz retumba por las paredes de piedra—. Desde este momento, tu vida ya no te pertenece.

Bere se inclina hacia mí y susurra:

—Qué romántico.

Giulia le da un codazo tan elegante como preciso. Su redondeada tripa me hace sonreír.

—Cállate, por favor.

Yo trato de no reírme.

Tiero se levanta despacio. El silencio es tan absoluto que hasta el chisporroteo de la vela se escucha desde donde estoy. Se acerca a mi hermano y coloca una mano sobre su hombro. Mi padre tiene la suya sobre el otro, está justo detrás de Lorenzo.

—Lorenzo Marchesano —dice su nombre con solemnidad—. Hoy haces un juramento. No solo al Outfit, sino a la sangre que corre por tus venas. La lealtad no es una palabra, es una forma de vivir. Si un día la rompes, la misma familia que te acoge será la que te entierre.

Mi madre traga saliva. Mi abuela le toma la mano. Yo solo puedo mirar a mi hermano, que asiente con una seriedad que me parte el alma y me llena de orgullo al mismo tiempo.

—Lo juro —dice Lorenzo.

Tiero asiente y le pasa una navaja pequeña. Es parte del ritual. Mi hermano se pincha el dedo índice y deja caer una gota de sangre sobre la estampa. Luego la acerca al fuego de la vela, que se la devora en segundos.

—Tu sangre pertenece a la familia. Desde ahora, tu lealtad está sellada —dice Tiero, y le ofrece la copa de vino.

Lorenzo la bebe sin apartar la mirada. Después, Tiero le da una palmada en el hombro y lo abraza con fuerza. No hay muchas palabras después de eso, pero los hombres del Outfit comienzan a golpear la mesa en señal de aprobación. El sonido retumba por todo el salón como un trueno.

—¿Eso significa que ya está dentro? —pregunta Bere en voz baja.

—Sí —respondo sonriendo—. Ya es parte del Outfit.

Ella levanta el abanico con orgullo.

—Entonces, necesito una copa de champán. Esto hay que celebrarlo.

Giulia pone los ojos en blanco, pero ya está buscando con la mirada a un camarero.

La tensión se disuelve poco a poco. Los hombres se acercan a felicitar a Lorenzo. Franco lo abraza y le dice algo que no llego a

escuchar, pero por su sonrisa sé que es una broma. Salvatore le estrecha la mano con respeto.

Cuando todo parece más relajado, Tiero se acerca hasta donde estamos las mujeres. No suele hacerlo en público, pero hoy parece que ha decidido ignorar el protocolo.

—¿Qué tal lo he hecho? —pregunta con una media sonrisa que solo me muestra a mí.

—Has estado impresionante —le digo, intentando no ruborizarme.

—Yo también lo creo —añade su madre con orgullo, y Tiero arquea una ceja.

—Gracias, mamá —responde avergonzado, lo que provoca una carcajada general.

Mi abuela aprovecha para hablar con la tía abuela de Tiero.

—Nuestros nietos se entienden demasiado bien —comenta con picardía.

—Sí —responde la anciana con una sonrisa llena de secretos—. Como si estuviera escrito desde antes de que nacieran.

Y, por un instante, siento que tiene razón. Que este momento, con su ruido, sus risas y el eco del juramento de mi hermano aún flotando en el aire, es parte de algo más grande. Algo que empezó hace muchos años, en otro lago, con un beso inocente y una promesa que ninguno de los dos entendía del todo.

Lorenzo levanta la copa en alto.

—Por la familia —grita.

Todos repiten el brindis. Y mientras las copas chocan, Tiero se inclina hacia mí y susurra:

—Y ahora es momento de que nos vayamos para que pueda demostrarte, *amore mio*, lo mucho que te amo.

—¿No debes quedarte más?

—El único deber que tengo es con mi esposa —contesta, y me besa tiernamente—. Me encanta cuando podemos pasar tiempo a solas.

Entre la clínica y arreglar todo el tema de los chechenos hemos tenido un año muy movido. El único momento en que Tiero se negó a dejarme sola fue después de la boda, le dijo a todo el mundo que se iba una semana de luna de miel y, aunque le aseguré que

podíamos posponerla, él me dijo que jamás me pondría en segundo lugar.

—Puede que ya no tengamos mucho tiempo a solas.

Tiero frunce el ceño.

—¿Vas a animarte a hacer la carrera de Medicina? —me pregunta, y niego con la cabeza.

—Ven conmigo.

Tiero me da la mano y me saca de la celebración. Subimos las escaleras y me lleva hasta un despacho. Cierra la puerta, se sienta en el sofá que hay y tira de mí hasta que quedo en su regazo. Mi lugar favorito del mundo.

—¿Qué ocurre? —pregunta preocupado.

Saco mi móvil y le enseño mi Instagram, bueno, no el oficial, sino una cuenta paralela que tengo.

—Si vas a decirme que has estado coqueteando con otro por redes, debes saber que ese tipo está muerto —me asegura mientras me quita el teléfono y curiosea la cuenta.

No he publicado nada raro, ni siquiera salgo yo, solo hay fotos de batidos, videos de lugares a los que he ido o de mi despacho en la clínica.

—Mira quién me sigue y a quién sigo —le digo, y él se da cuenta de que solo me sigue una persona y yo solo sigo a una.

—¿Iride Jones? —murmura, y cuando me mira sé que lo ha entendido.

—Sé que Sella está desterrada, pero logramos encontrar una manera de comunicarnos y no quiero ocultártelo.

Tiero me besa y casi se me cae el teléfono cuando lo deja en mi regazo. Se pone de pie, va hasta la mesa, barre todo y me sitúa encima.

—Por un momento he pensado en ti con otro hombre y casi dejo de respirar —confiesa mientras me besa el cuello.

Se desabrocha el cinturón y yo me subo la falda del vestido. Cuando mete su mano entre mis muslos y se da cuenta de que no llevo bragas, suelta un gemido que me enciende.

—Te amo, y amo que seas mi mujer —murmura mientras frota mi centro.

Acabo de desabrochar sus pantalones, saco su polla y le quito la mano para sustituirla por la dureza que ahora empuja hacia mi interior. Cuando está metido hasta la empuñadura, con sus manos en mi culo apretándome contra él, apoya su frente en la mía y me mira.

—Necesito que ella vuelva —le pido mientras comienza a moverse.

—Hablaremos de ello más adelante —murmura, volviendo a penetrarme.

—No tengo mucho tiempo, quiero que ella esté aquí.

Mis palabras lo paralizan.

—¿Qué ocurre?

Su tono asustado me hace sonreír. Pongo una mano en su mejilla y lo beso tiernamente.

—No es nada malo, pero ¿recuerdas eso de las mariposas en el estómago que siento cuando estás conmigo? —le pregunto, y él asiente—. Pues ya no hay, ahora lo que voy a sentir son las pataditas de tu bebé durante los próximos ocho meses.

Agradecimientos

Aquí siempre me voy a quedar corta, porque hay gente en mi vida que, si desaparecieran, el mundo se me iría a la mierda. Y sí, vosotras sabéis perfectamente quiénes sois. Os quiero, perras

Y a vosotras, lectoras: gracias por seguir aquí, por dejarme entrar en vuestra vida, en vuestro sofá, en vuestro metro, en vuestro insomnio y en vuestra paz.

Gracias a las que me dais una oportunidad sin conocerme, y gracias —sobre todo— por regalarme algo tan jodidamente valioso como vuestro tiempo.

Es un honor. Y un chute de vida.

Os ailoviuuuuu más de lo que lo admitiría un mafioso.

¡Nos leemos en la siguiente!

Índice

#1. No dejes que tu padre decida tu futuro 9
Nota 1. El futuro siempre lo decide otro, hasta que aprendes a arrebatarlo 15
#2. Si te caes encima de él, sonríe como si lo hubieras planeado 21
Nota 2. Si alguien se me cae encima, lo aparto…, excepto a ella 27
#3. Los besos robados cuentan 31
Nota 3. No sabe cuándo callar. Ni falta que le hace 37
#4. Si un mafioso te mira como a una cría, habla como una mujer 43
Nota 4. No le tiembla el pulso. Ni siquiera ante mí 49
#5. Aprende a cocinar una buena tarta de manzana 55
Nota 5. Esa familia no llegará lejos…, pero ella podría 61
#6. Si te dan un número de emergencia, úsalo 67
Nota 6. Ella es parte del Outfit y por eso la protejo 73
#7. Si tropiezas dos veces con el mismo jefe, pregunta por qué 79
Nota 7. Una chica lista en un mundo de idiotas. Mala combinación 85
#8. No provoques… salvo que necesites una respuesta 91
Nota 8. No sé cuándo dejó de parecerme una niña 97
#9. Si te acusa de ladrona, devuélvele lo robado 103
Nota 9. ¿Me lo ha devuelto o me ha robado otro? 107
#10. Sonríe primero, entiende después 113
Nota 10. Esa sonrisa fue la advertencia que no supe leer 117
#11. Si actúa raro, sospecha 125
Nota 11. Tiene agallas, y eso, en nuestro mundo, se paga caro 133
#12. Cuando algo parece demasiado perfecto, revisa los cimientos 139
Nota 12. Las ratas pueden comerse los cimientos de una casa 145
#13. No hables de amor cuando hay secretos en la mesa 153

Nota 13. Demasiadas preguntas, demasiadas casualidades 157
#14. No te metas donde no te llaman… salvo si peligra quien quieres 163
Nota 14. Si no hay peligro no hay problema, ¿no? 169
#15. No desees al hombre de otra mujer 175
Nota 15. Me mintió. Pero la miro y solo veo lealtad 183
#16. Si te piden que traiciones, guarda silencio 187
Nota 16. El silencio me recuerda que no me es indiferente 193
#17. Tortúralo, aunque a ti también te duela 199
Nota 17. Su castigo fue mi tortura 205
#18. Si te llaman a declarar, no pienses en él 211
Nota 18. El miedo huele a sangre 219
#19. A veces odio el mundo en el que me hace vivir 223
Nota 19. A veces, el infierno es tu salvación 229
#20. Ya no voy a cerrar los ojos, somos iguales 235
Nota 20. No la quiero tras de mí, la quiero a mi lado 239
#21. El silencio puede ser más peligroso que un disparo 245
Nota 21. Hablar no es tan oscuro como callar 251
#22. Si el peligro te busca, no te escondas detrás de su sombra 259
Nota 22. Si lo pierdo, la pierdo 265
#23. No corras hacia el fuego si no estás dispuesta a quemarte 269
Nota 23. Terror navideño 277
#24. Esta noche es Nochebuena 283
Nota 24.
Epílogo 293
Agradecimientos 301